

García de Saura

HOUSTON, TENEMOS UNA MISIÓN INN-POSIBLE



zafiro[♥]

Índice

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Cuando Daniela, alias la Sweet, volvió a su casa tras una noche de juerga con Vera, alias Balay, jamás pensó que ocurriría algo que desarmaría su vida cotidiana. Una persona de su pasado ha regresado a su presente para darle una mala noticia y pedirle ayuda. Por fortuna, ella no está sola, sino que cuenta con la inestimable ayuda de su mejor amiga.

Esta nueva misión la llevará a conocer al hombre con el que siempre había soñado: Charles Daugherty, un descarado escocés de las tierras altas que la hará debatirse entre el deber y el deseo.

Romance, intriga, erotismo y mucho humor te esperan en esta trepidante historia, cuyo hilo conductor te sorprenderá y desvelará muchas incógnitas sin resolver.

**HOUSTON, TENEMOS UNA
MISIÓN
INN-POSIBLE**

García de Saura

*Dedicado a mis niñas,
a mis lectores
y a las personas con verdadera capacidad
de amar y ser amadas*

CAPÍTULO 1

Cuando el despertador suena a las seis, pienso si estamparlo o no contra la pared, pese a que sé que no es él el responsable de mi falta de sueño. La culpable tiene un nombre: Vera. Aún no sé cómo sigo dejándome arrastrar por ella y su embaucador «una más y nos vamos». Si me descuido, acabamos con todo el alcohol del local. Es tan inagotable que a veces me pregunto si no tendrá una esponja en lugar de un simple estómago.

¡Cómo me duele la cabeza! Con todo el esfuerzo del mundo, me levanto y me arrastro de forma literal hasta la cocina. Mientras pongo la tetera al fuego intento recordar el último fin de semana que me desperté sin resaca. ¡Ya lo sé! Fue hace unos meses, concretamente el día en que Claudia se marchó a Houston para reencontrarse con su Arthur. Lo hizo tras demostrar la verdad de lo que le había sucedido a su padre, resolviendo uno de los casos más extraños acontecidos en el país en los últimos tiempos. Vera y yo la ayudamos. La policía no quiso hacerlo; estaban seguros de que había sido un suicidio. La loca de *la Balay*, mote por el que cariñosamente la llamamos, y yo no dudamos en tenderle una mano. Fue entonces cuando la investigación nos llevó a Escocia y a Alemania. Aunque el primer viaje lo hizo ella sola a Houston, y allí fue donde conoció al amor de su vida. Recuerdo que hubo un malentendido entre ambos y él no quería saber nada de ella. Pero Claudia estaba segura de lo que sentía por él y se marchó en su busca. Como era de esperar, y como yo siempre he defendido, el amor triunfó por encima de todo lo demás. Arthur se rindió a sus verdaderos sentimientos y acabó pidiéndole matrimonio. ¡Cuánto la echo de menos! Sin ella, ya nada es lo mismo; ya no somos las tres mosqueteras, los Ángeles de Charlie sin Charlie. Creo que por eso Vera se empeña en convertirnos en barriles andantes repletos de alcohol cada noche, para intentar sobrellevar la marcha de

nuestra mejor amiga. La añoramos demasiado.

Pensar en Arthur conlleva que recuerde a Logan, el *highlander* que me tiré en Escocia. Bueno, *highlander*, lo que se dice *highlander* no era, pero a mí me bastaba con creerlo. Han pasado meses desde aquel loco viaje que realizamos las tres juntas y aún recuerdo lo bien que besaba, su pecho, sus fuertes brazos, su increíble rostro y su... Sólo de pensarlo, me sofoco y me arden las mejillas. Aunque mi cara no es lo único que arde: mi parte íntima acaba de hacer palmas de la emoción.

—No te me vengas arriba, que es sólo un recuerdo —le digo a mi entrepierna, impecablemente marcada por el pantalón de pijama corto que llevo puesto, sin ropa interior debajo. Siempre que la llevo así de marcada, me recuerda a la cara de un gato—. ¡No me mires así, que yo no tengo la culpa! —me defiendo—. Bueno, un poco sí. Pero a ver si te crees que es fácil encontrar un tío como él. Ya, ya lo sé... —La tetera silba, apago el fuego y lleno mi taza—. ¿Volver a ser virgen? —retomo la conversación—. ¡Qué exagerada eres! Tampoco creo que... ¿O sí? Debería consultarlo en internet. Aunque quizá también encuentre un post en el que diga que soy imbécil y que lo que debo hacer es cepillarme al primer tío que se me ponga a tiro. ¡Coño, que me he quemao! —bramo tras dar el primer sorbo.

A veces parezco un hombre, incapaz de hacer dos cosas a la vez. Corro hacia el fregadero y abro el grifo para dejar que el chorro de agua alivie el dolor de mi lengua.

—¡Vade, vade, buzcadé una zducción! —grito para poner fin a la discusión que aún tengo pendiente con mi entrepierna. Debo hacerlo o acabaré ardiendo en combustión espontánea. Y no es una metáfora.

El trabajo me pilla a escasos kilómetros de casa, pero como mi accidente doméstico me ha atrasado un poco, me apresuro para llegar a tiempo. Acelero y esquivo los coches con los que me cruzo de camino. Me encanta conducir, y aún más la velocidad. Siempre me he imaginado en una carrera, compitiendo con los mejores pilotos del mundo. La adrenalina, el riesgo, el pódium... Me concentro en mi figuración cuando, a falta de un par de manzanas de los estudios, un idiota se salta un «Stop». Clavo el pie en el freno rezando para que el coche que va detrás no acabe estampándose contra mi maletero. Mi inexistente plegaria funciona. He tenido suerte de que a estas horas no haya excesivo tráfico; de ser

en la hora punta, el coche habría acabado hecho un acordeón. Con el pulso acelerado del susto, descargo mi ira con todo tipo de insultos hacia el conductor, al tiempo que empotro la mano contra el claxon. Las chicas me apodan *la Sweet* por lo dulce que afirman que soy, excepto cuando conduzco. Cuando me pongo al volante saco lo peor de mí, y más cuando tengo una alta probabilidad de acabar atrapada entre un amasijo de hierros, como ha ocurrido en este caso. El hombre, lejos de amilanarse o de disculparse, me responde haciendo aspavientos, mirándome a través del espejo retrovisor.

—Conque ésas tenemos... ¡Te vas a enterar!

Con toda la rabia que siento, pongo el intermitente, acelero y me coloco a su altura. Él continúa con su retahíla, creyéndome la culpable y cargado de razones. De forma agresiva, me grita palabras que ni oigo ni quiero oír. Por la cabeza se me pasa dar un volantazo y echarlo de la carretera, tal y como hacen en las películas. Pero pronto cambio de idea cuando pienso que el seguro no me cubriría ni un solo céntimo. En su lugar, opto por algo mucho menos agresivo, aunque igual de eficaz. Miro a través de los espejos, no llevo a nadie detrás. Estoy a su altura, he logrado alcanzar su misma velocidad. La dirección del volante está controlada. Puedo hacerlo. Con la única intención de joderlo, lo miro de forma lasciva al tiempo que me meto el dedo en la boca y comienzo a lamerlo imitando una felación. Estoy tan metida en el papel que hasta dejo escapar unos gemidos que, obviamente, él no oye. Como era de esperar, mi plan funciona a la perfección. El hombre pone fin a los aspavientos y los gritos, para dar paso a la sorpresa. La misma que, imagino, deben de tener el resto de los conductores cuando lo ven perder el control, salirse del carril, invadir el arcén y dar un frenazo en seco para no acabar estampándose contra unos árboles que hay al otro lado.

—Daniela: 1 - Mamón: 0 —suelto pisando a fondo el acelerador para dejarlo atrás, sonriendo de modo triunfal.

A las siete y media en punto, ficho en la máquina que hay nada más entrar por la puerta de empleados. Saludo a algunos compañeros con los que me cruzo en los pasillos hasta que llego a maquillaje, el lugar donde cada día doy rienda suelta a mi gran pasión en los estudios de la nueva televisión valenciana.

Sobre la repisa, donde descansan los artículos de cosmética y los utensilios que usamos para maquillar, está la orden del día con el nombre de las personas a

las que debo preparar. La miro tras guardar mi bolso en el armarito que hay justo debajo. No puedo evitar soltar una risita burlona cuando veo el apellido de una de ellas: Braga. Al parecer, es un político muy importante. Concretamente, y según pone en la hoja, es el mismísimo consejero o *conseller* de Economía Sostenible, Sectores Productivos, Comercio y Trabajo. ¡Como si yo supiese quién es, con lo poco que me interesa la política!

—Buenos días, Daniela —me saluda al entrar Germán, uno de los ayudantes de dirección.

—Buenos días. Veo que hoy tenemos a alguien importante —comento ondeando la hoja que aún sostengo en la mano.

—Así es. De eso vengo a hablarte. —Su rostro es más serio de lo habitual—. El *conseller* es un hombre de armas tomar. Debes llevar cuidado.

—¿Qué quieres decir?

—Es un hombre demasiado estricto al que se le ha subido el poder a la cabeza. Las malas lenguas dicen que el cargo que ocupa no es su mayor aspiración.

—Y ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Ha pedido que se lo maquille exclusivamente con productos de alta calidad.

—¿Acaso cree que usamos productos de los chinos? —pregunto molesta. Yo misma pedí personalmente trabajar con las mejores firmas.

—Es un capullo integral, por eso venía a advertirte. Sé que eres amable con todo el mundo, pero te pido que con él lo seas aún más. Ten paciencia. ¿De acuerdo?

—Tranquilo, haré todo lo que esté en mi mano para que don Delicado se sienta cómodo. —Entre su apellido y su especial petición, tengo claro que es gay. Aunque me cuesta creer que haya alguno tan idiota: todos los que conozco son un encanto.

—Está previsto que llegue dentro de media hora —afirma Germán mirándose el reloj de la muñeca—. Comienza con Encarna, que enseguida viene. Y gracias, Daniela.

—A ti por avisarme —contesto condescendiente justo antes de verlo desaparecer por la puerta.

Mientras espero a Encarna, la periodista y presentadora de las noticias

matinales, escribo un mensaje a Vera para contarle a quién voy a conocer. Si es alguien tan importante, doy por sentado que vendrá acompañado de guardaespaldas, y sé cuánto le ponen. Mientras lo hago, observo que su última conexión fue de madrugada, justo cuando nos despedimos y nos marchamos del último local. Me sorprende al comprobar que no se ha conectado hoy, y mucho más al ver que no me contesta, pues suele hacerlo al instante. «Ésta se ha quedado durmiendo, como si la viera», pienso mientras vuelvo a escribirle un nuevo mensaje exigiéndole que se levante con la amenaza de ir personalmente a darle un azote en el culo como no lo haga.

—Buenos días, guapa —me saluda Encarna en cuanto entra por la puerta.

—Buenos días, preciosa. Ya me ha dicho Germán quién nos visita hoy. ¿Nerviosa? —pregunto guardándome el móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

Ella se acomoda en el sillón blanco de maquillaje.

—Mira, no te lo voy a negar. Un poco sí.

—Es normal, no todos los días recibimos a alguien tan importante.

—No es por su cargo, que para eso estoy más que preparada, sino por lo que sé de él. Es un tío que no se muerde la lengua, y mucho menos con su numerosa lista de intransigencias.

—Ya veo que es la joya de la corona —comento en tono irónico mientras le limpio la cara antes de empezar a maquillarla.

—Es el bulldog del partido. Sus ideas son tan retrógradas y arcaicas que he tenido que modificar la entrevista más de diez veces.

—¿Tan antiguo es?

—Demasiado para la edad que tiene. Apenas sobrepasa los cuarenta y, sin embargo, parece haber nacido en la posguerra. Procede de una familia muy severa y disciplinada, así que supongo que él ha heredado sus ideales. ¿Sabías que pidió que lo entrevistara Pedro?

—¿Por qué?

—Porque el muy capullo es un machista redomado. El motivo de su visita no es otro más que darse golpes de pecho por creerse el responsable de haber conseguido que una empresa muy importante haya elegido Valencia como lugar para abrir su única sucursal en España. ¡Como si no supiésemos de quién depende!

—Pues yo no lo sé —afirmo aplicándole la base.

—¡No me puedo creer que no lo sepas!

—No me gusta la política; no es lo mío —me defiendo.

—Debes saber de todo un poco, Daniela, si quieres estar al día de lo que ocurre a tu alrededor.

—Puede que tengas razón, pero es que es un tema que me aburre.

—Ya veo. Bueno, a lo que iba, que el muy capullo del *conseller* se negó a que fuese una mujer quien lo entrevistara. Creerá que los temas de negocios son sólo cosa de hombres. Germán tuvo que hacer malabares para convencerlo —continúa—. Entiendo que no a todo el mundo le guste la política —me mira para dejar claro que se refiere a mí—, pero soy una profesional y me documento mucho antes de cualquier entrevista.

—Eso no lo dudo.

—Te digo yo que ese tío es misógino. No es la primera cosa que he oído de él. Según dicen, es de los que piensan que el lugar de una mujer es la cocina, y que para darle libertad sólo hay que ampliársela.

—¡Qué imbécil!

—Mucho.

—Es raro que un gay sea tan estricto, ¿no crees?

—¿Gay? Ese hombre es la reivindicación personalizada de la heterosexualidad.

—Entonces es un capullo.

—Y no sabes cuánto. Pero no sabe con quién se ha topado.

—¿Qué tienes pensado?

—Me he preparado a conciencia la entrevista que voy a hacerle. Pienso demostrarle que las mujeres valemos para mucho más que para cocinar o llevar una casa adelante.

—¡Di que sí, dale su merecido! —la animo cuando acabo de maquillarla.

—Cuenta con ello. Gracias, Daniela. Perfecto, como siempre —comenta mirándose en el espejo rodeado de bombillas que tiene delante.

—Me alegro de que te guste.

»¡Suerte! —le deseo justo antes de verla lanzarme un beso al aire desde la puerta.

Mientras aguardo la llegada de don Misógino tras la marcha de la encantadora Encarna, aprovecho para volver a mirar el móvil. Vera sigue sin

conectarse. Una de dos: o se ha dejado el teléfono en casa, cosa que dudo bastante, o sigue frita. Si es la segunda, me va a oír. Busco su número en la agenda y la llamo. Un tono, dos tonos, tres...

—¡Así va el país! ¿Se dan cuenta, señores? A esto es a lo que se dedica la juventud hoy día, un fiel reflejo del futuro que nos espera. Difícil tarea, la mía...

—*Conseller*, permítame que le presente a...

—¿Cree que me interesa saber su nombre? Ya sé que es la persona que me va a pringar la cara de polvos; con eso tengo más que suficiente.

Germán, que es quien lo acompaña, junto a dos enormes guardaespaldas trajeados, me mira pidiéndome paciencia al tiempo que lo invita a tomar asiento en mi sillón. La entrada del consejero me ha pillado tan de sorpresa que me guardo el móvil, al igual que los insultos que le diría y que prefiero mantener a buen recaudo en mi mente.

—Buenos días —lo saludo, no sin esfuerzo.

—Espero que, además de hablar por teléfono, sepa hacer su trabajo —replica con la mayor antipatía que he oído jamás.

«Para ser un hombre pequeño, hay que ver la cantidad de mala leche que guarda. Eso, sin contar lo feo que es, el condenado», pienso para mis adentros. Estoy por clavarle un pincel en el ojo, aunque no creo que alguien como él se merezca que me quede sin empleo.

—Está en las mejores manos —afirmo intentando aparentar seguridad. En tan sólo unos segundos ha conseguido secarme la boca, y no precisamente por enamoramiento.

—Permítame que lo dude. Aunque, antes de que me maquille un maricón, que a saber dónde mete los dedos, prefiero que lo haga una mujer. —«¡A ti te metía yo el estuche de colorete en la garganta para que dejaras de decir sandeces!»—. Supongo que, si la han cogido para trabajar en la televisión, al menos tendrá experiencia.

—Para su tranquilidad, lo informo de que llevo más de diez años dedicándome a esta profesión.

—¡A cualquier cosa la llaman profesión! No creo que pintarraजार caras pueda catalogarse como tal. Si hubiese estudiado no estaría aquí, señorita.

Alzo ligeramente la mirada para encontrarme con los ojos de Germán, que permanece atento y mudo ante la grotesca escena de la que está siendo testigo

junto a los dos enormes guardaespaldas. Con un leve parpadeo, me pide que sea fuerte y que aguante todo lo que pueda. Instintivamente, me muerdo con fuerza el labio inferior.

—¿Cree que no lo he hecho? —retomo la conversación.

—¿Me va a decir que ha estudiado una carrera para hacer lo que hace? No me haga reír...

Respiro hondo. Muy hondo. Megahondo.

—Hay otras profesiones mucho peores, ¿no cree?

—Por eso mismo, el lugar que les corresponde a las mujeres es en casa, limpiando y criando a los hijos. Ése es su sitio; lo ha sido siempre y debería seguir siéndolo. Y no pasar todo el día fuera ocupando puestos que deberían ser exclusivamente para hombres. Por no hablar de la juventud y la indecencia que hay hoy día. ¡Al menos usted va tapada, y no como la mayoría de las jóvenes, que lo único que hacen es provocar a los hombres! ¡Se están perdiendo los valores y la decencia!

Germán vuelve a rogarme con la mirada que no entre en su juego.

—¿Está usted casado? —pregunto sin saber muy bien por qué lo hago.

—Por supuesto que sí. Mi esposa, a la que respeto y venero por encima de todas las cosas, está en casa, como debe ser —suelta orgulloso de sí mismo y de su egocéntrico machismo.

«Pobre mujer..., debe de ser horrible vivir con un hombre así», pienso justo antes de pedirle que cierre la boca con la excusa de poder maquillarle esa zona. Por un instante, el *conseller* logra acallar su infame lengua, y es entonces cuando en mi mente me recreo imaginando qué le haría. Odia tanto a las mujeres que lo castigaría pagándole con su propia moneda. Le pondría rímel, una brillante sombra de ojos y un marcado colorete. Mis divertidos pensamientos me arrancan una socarrona sonrisa, y más aún cuando caigo en la cuenta de que se apellida Braga. «¡Eso sí que debe de ser duro..., odiar a las mujeres y tener un apellido tan femenino!», cavilo mientras mis manos actúan por sí solas, sin que mi cerebro logre dirigir las. «¡Joder, joder, joder!», suelto para mis adentros en cuanto me percató de que, de tanto imaginarlo, al final le he puesto colorete de verdad. Estoy tan nerviosa que no sé cómo solucionarlo. Los tres pares de ojos que me vigilan tampoco ayudan mucho a la labor. Me planteo quitarle el maquillaje y comenzar de nuevo, pero eso sería darle la razón y una prueba de

mi devastadora derrota. Como mejor puedo, me apresuro a retirarle la mayor parte, aunque no logro hacerlo en su totalidad. Le aplico más polvos para matizar el color y, finalmente, logro disimular en gran medida mi error.

—Señor Braga, está usted listo —afirmo cuando acabo, rezando para mis adentros porque en plató lo iluminen y lo enfoquen de manera que pueda paliarse mi descuido.

—¡Ya está bien! —brama de mala gana.

—Que tenga un buen día. —«Y te atropelle un tranvía.» Esto último me lo guardo para mí.

En cuanto vuelvo a quedarme a solas, repaso una vez más la lista. Después de Tere, la chica del tiempo, debo comenzar con el equipo del magazín de media mañana. Entre las visitas, los tertulianos y los presentadores, tengo a más de doce personas a las que maquillar, y con ellos me paso el resto de la jornada hasta que llega el mediodía, momento en el que me dirijo al comedor de los estudios.

Óscar, el cámara más divertido y dicharachero de todos, me hace señales en cuanto me ve aparecer por la puerta. Está sentado junto al resto del equipo, un pequeño grupo al que me siento orgullosa de pertenecer por lo bien que nos llevamos.

—Aquí está la protagonista de la anécdota del día —me anuncia en cuanto llego hasta ellos con mi bandeja de comida en la mano.

Todos me miran y sonrían.

—¿Qué anécdota? —pregunto tomando asiento.

—La visita del *conseller* pasará a la historia gracias a ti.

—¿A mí?

—Todos apoyamos lo que has hecho. Ese tío no se merecía otra cosa.

«¡El colorette!» Ahora soy yo la que se pone colorada al recordar mi error.

—Puedo explicarlo —digo en un vano intento por defenderme.

Los muy sinvergüenzas han empezado a aplaudirme sin dejar de reír.

—No tienes nada que explicar —comenta Rosana, una realizadora con la que también me llevo muy bien—. Aunque debo decirte que jamás habría pensado que serías capaz de hacerlo.

—Pero lo que pasó en realidad fue...

—Que le echaste ovarios y le diste a ese tío lo que merecía. Sólo espero que

los de arriba no hagan una montaña de esto y lo dejen correr.

A estas alturas ya no sé si comer o clavarme el tenedor en la mano.

—¿No le enfocaste con el foco central?

—Lo hice. Pero, al acabar la entrevista, el sinvergüenza este le hizo un zum —afirma señalando a Óscar—, y no pude resistirme a emitirlo. Apenas fue un segundo, pero pasará a los anales de la historia. Más de uno habría pagado por ver esa cara llenando toda la pantalla de la televisión.

—¡Dios mío!

—Tranquila, si no te han dicho nada, no creo ni que se hayan enterado.

—No tenéis remedio —claudico dejándome contagiado por sus risas. No es la primera vez que hacen una trastada así y nunca ha pasado a mayores.

Cuando acabamos de comer, me despido de los chicos, ficho en la máquina mi hora de salida y me dirijo al aparcamiento del personal. Mientras camino, vuelvo a mirar el móvil. Vera sigue sin dar señales de vida. Pulso el botón de rellamada. Los tonos suenan como lo hacen mis pasos hacia el coche, que tengo al fondo del parking. Pero el teléfono casi se me cae en cuanto compruebo quién está junto a él. Parece inquieto, no deja de moverse y de frotarse las manos.

—¿Qué haces aquí? —pregunto cuando ambos nos encontramos a escasos metros.

Es la primera vez que lo veo en persona; lo conocí a través de las fotos que Vera nos enseñó.

—Daniela, tienes que ayudarme.

—¿Ayudarte? —pregunto incrédula—. ¡Eso deberías haberlo pensado cuando nos vendiste, Vic!

Vic es el antiguo novio de Vera, un tipo chulo dedicado a la mala vida que no dudó en dar información a quien no debía a cambio de dinero. Ella le dio pasaporte en cuanto la Princess le contó lo que había hecho. Desde entonces, no hemos sabido nada de él, ni ganas que hemos tenido.

—¿Cómo sabes dónde trabajo? —inquiero.

—Las mujeres tenéis la fea costumbre de contárselo todo a vuestras parejas. —Por desgracia, así es, aunque no pienso darle la razón—. Siento mucho lo que hice, pero tienes que ayudarme —dice cogiéndome del brazo.

—Y ¿por qué debería hacerlo? —bramo soltándome de sus garras en un rápido gesto—. ¡Nos traicionaste, pusiste nuestras vidas en peligro y no te

importó! Exactamente lo mismo que ahora me importa a mí lo que a ti te pase. ¡Déjame en paz, Vic! ¡Y no vuelvas a molestarme!

Me siento furiosa, indignada, cabreada y no sé cuántas cosas más. ¿Cómo se atreve a pedirme tal cosa? Avanzo rápida para marcharme de su lado cuanto antes. Me pongo enferma sólo de verlo. Llego hasta el coche. Pulso el botón de la llave. Pero cuando voy a abrir la puerta, Vic me lo impide haciendo fuerza con la mano. Me giro para mirarlo con toda la rabia y la inquina que siento hacia él. Es un caradura, un fresco que sería capaz de vender su alma al mismísimo diablo a cambio de dinero sin importarle las consecuencias que ello pudiera tener. Un chivato que...

—Daniela, tienes que ayudarme. Han secuestrado a Vera.

CAPÍTULO 2

Apenas he dormido en toda la noche y llevo unas ojeras que me llegan al suelo. He logrado excusarme un par de días en el trabajo alegando motivos personales. Por suerte, Rosana ha intercedido por mí y me los han concedido. En el aeropuerto acaban de anunciar la llegada del vuelo desde Madrid. Es el de Claudia. Ayer, nada más terminar de hablar con Vic, la llamé pidiéndole que viniera cuanto antes. Aún no sabe nada, y aunque no me fue fácil convencerla, accedió a hacerlo sin adelantarle nada de lo que ocurre.

—¡Daniela! —Claudia me llama mientras corre hacia mí tirando de su maleta.

—¡Princess! —la saludo con la mano.

»¿Qué tal el vuelo? —pregunto cuando ambas nos fundimos en un cálido abrazo.

—Largo. No sé a qué esperan para inventar la teletransportación.

Intento sonreír con su broma, pero sólo consigo regalarle una leve sonrisa.

—¡Qué guapa estás! —digo al verla de cerca. Al menos, una de las dos lo está.

—Tú también estás...

—¡Princess! —la corto inclinando levemente la cabeza y alzando las cejas.

—Vale, estás hecha una mierda.

—¡Vaya, yo también te quiero! —me defiendo.

—¡Ay, yo sí que te quiero! Ven aquí —Emocionada, vuelve a estrecharme entre sus brazos—. Os he echado mucho de menos.

—Y nosotras a ti.

—¿Y la Balay?, ¿no ha podido venir? —pregunta cogiéndose a mi brazo para dirigimos hacia el coche.

—Por eso te he llamado.

—¿Qué pasa?, ¿os habéis peleado?

—Ojalá.

—¿Qué quieres decir? Daniela, para. —Me obliga a detenerme—. Dime qué pasa.

—Mejor te lo cuento en casa, ¿vale?

Claudia accede a esperar a que lleguemos a mi piso, aunque sabe que lo que le escondo es algo gordo. No suelo ocultar mis sentimientos. En más de una ocasión he tenido que oír eso de que soy como un libro abierto, y creo firmemente que tienen razón. Tal vez con el tiempo acabe aprendiéndolo.

Ya en mi casa, y sentadas a la mesa del salón frente a unos cafés con hielo, comienzo a relatarle a Claudia todo lo que sucedió ayer.

—¿¿Secuestrada?! ¿¿Nuestra Vera?! —grita sin salir de su asombro.

—Sí. Perdona que no te lo dijese cuando te llamé, pero no quería que el vuelo se te hiciera eterno. Además, no podías hacer nada desde Houston y...

—Pero ¿por qué? ¿Por qué han cogido a Vera? Están en la cárcel, no puede ser que...

—Ha sido por Vic.

—¿Vic?

—Sí.

—¿Ese impresentable? ¿Otra vez nos ha vendido? —Claudia está fuera de sus casillas.

—No es eso exactamente. Escucha. Vic vino a verme al trabajo. Estaba desesperado...

—Y más que lo va a estar cuando me lo cruce.

—Tenía miedo de que alguien pudiera oírnos y fuimos a tu apartamento.

—¿Qué pasa?, ¿no hay más sitios en Valencia, que tienes que llevarlo a mi casa?

—No sabía qué hacer, me puse nerviosa y me dio miedo traerlo a casa —me excuso.

—Tienes razón, lo siento. Sigue.

—Gracias, porque a este paso se nos hace de noche.

—Vale, vale. Ya me callo.

—Como te decía, fuimos a tu apartamento, siempre llevo una copia de las

llaves de vuestras casas y... Por cierto, antes de que me interrumpas de nuevo, está todo en orden. —Me regala una falsa sonrisa y yo continuo—: Me contó que anda metido en apuestas ilegales y que debe mucho dinero a unos rusos. Ellos son los que tienen a Vera.

—Y ¿qué pinta ella en todo esto?

—Al parecer, los rusos pertenecen a un clan mafioso afincado aquí desde hace años. Son prestamistas y organizadores de apuestas ilegales, a las que Vic es asiduo. Él nunca los ha visto en persona y no sabe quiénes son.

—Y ¿cómo sabe que son rusos?

—Eso mismo le pregunté yo —afirmo dando un trago al café—, pero él me aseguró que lo son, pues la persona que los puso en contacto, que según él es de su confianza, así se lo dijo. Nunca ha hablado con ellos ni los ha visto. Y sólo tiene el e-mail de la persona que hace de enlace: una prostituta.

—¿Y el dinero?

—Lo dejan en una de las taquillas de un famoso gimnasio que hay en el centro. Es el procedimiento habitual, al parecer. Y, antes de que me preguntes —digo alzando un dedo—, te diré que ya he estado allí esta mañana y no he visto nada raro. Los dueños son unos chicos jóvenes, muy cachas, por cierto, y que no tienen nada que ver con ningún ruso.

—¿Cómo estás tan segura?

—¿Estás dudando de mis capacidades, Princess?

—¡No! Perdona, es que no quiero que haya ningún cabo suelto. Sigue.

—La ludopatía de Vic sobrepasó los límites y acabó debiéndoles demasiado dinero. Dinero que, por supuesto, no tiene. Hace unos días, unos hombres, a los que no pudo verles la cara, lo cogieron al salir de su casa y se lo llevaron en una furgoneta. Con la cabeza cubierta por un pasamontañas, lo condujeron a un lugar oscuro y desconocido para él y le dieron una paliza hasta casi matarlo.

—¡Qué lástima que no lo hicieran!

—Eso mismo pensé yo. El caso es que lo torturaron —continuo—, hasta que, medio inconsciente por el dolor, él les habló de Vera y de una amiga suya que había heredado una fortuna...

—¿De mí? —cuestiona señalándose.

—No te nombró, si es lo que quieres saber. Pero sí lo hizo con Vera. Les habló de ella y de la herencia de una amiga suya. —La señalo—. Ésa fue su

salvación, y lo soltaron con su promesa de que reuniría el dinero en la semana de plazo que le concedieron para devolverlo.

—Y ¿qué pasó después?

—Vic me aseguró que en esa semana hizo todo lo posible por conseguir el dinero por otros medios, pero que le fue imposible. Y entonces fue a ver a Vera. Ella le dio pasaporte, se negó a ayudarlo, y mucho menos a ponerte a ti en un aprieto por él.

—¡Ésa es nuestra Vera!

—Sí. El problema es que, cumplido el plazo y sin rastro del dinero, los rusos cogieron ayer a Vera como moneda de cambio para asegurarse de que Vic lograra devolverles lo que les debe. Le han vuelto a dar otra semana de plazo. Y, si no lo consigue, Vera...

Soy incapaz de terminar la frase. El nudo que tengo en la garganta me lo impide. De nuevo las lágrimas invaden mis ojos como lo han estado haciendo desde mi encuentro con Vic.

Claudia me consuela abrazándome.

—Le daré lo que piden —comenta de pronto.

—Me temo que eso no servirá de nada —afirmo separándome y levantándome a por una servilleta con la que limpiarme la cara—. Vic debe mucho más dinero que lo que tú has heredado.

—¿Tanto?

—Estuve a tu lado en la lectura del testamento y por eso sé que estoy en lo cierto —le recuerdo volviendo a tomar asiento—. Y así se lo hice saber a él.

—Pues hablaré con Arthur. Tal vez él pueda...

—¿De verdad quieres meterlo en esto?

—Lo cierto es que no. Pero si Vera nos necesita...

—Ella nos necesita, pero no creo que arruinar a Arthur sea la mejor opción. No te lo perdonaría nunca. Además de que no podemos asegurar que cumplan el trato.

—¡Joder! Pues iremos a la policía.

—¡No! Las instrucciones son muy claras: nada de policía o el trato se rompe. En eso fue muy claro. Además, tú misma sabes lo mal que se portaron con lo de tu padre.

—Ahí tienes razón. Y ¿qué podemos hacer? Me estoy quedando sin recursos.

—Le he dado tantas vueltas que lo único que se me ocurre es que nos encarguemos nosotras.

—Sweet, este asunto es mucho más feo que lo de mi padre.

—Lo sé, pero no se me ocurre otra forma de dar con ella.

—¿Has pensado en algo?

—Descartado el gimnasio, el apartamento de Vera, al que fui ayer y no vi nada fuera de lo normal, sólo nos queda dar con la prostituta. Vic ha intentado ponerse en contacto con ella, pero ésta le ha dejado bien claro que no quieren saber nada de él hasta que consiga el dinero. Yo también lo he hecho haciéndome pasar por un posible cliente como él y no me ha contestado.

—Y ¿cómo damos con ella entonces?

—Tirando de los hilos, ha averiguado que trabaja en La Mansión.

—¿La Mansión?

—Es un chalet situado a las afueras de la ciudad. Espera —digo levantándome y yendo hacia la entrada para coger de mi bolso un pequeño papel dibujado con el que regreso—. Mira esto. Es un croquis que Vic me hizo de cómo llegar. Él no ha estado nunca, pero me asegura que es allí donde trabaja la puta.

—Y ¿a qué estás esperando? ¡Vamos cuanto antes!

—¡No podemos presentarnos allí como si nada!

—¿Por qué no? Llegamos, preguntamos por...

—Exacto. ¿Por quién?

—Pues por una rusa.

—¿Y si son todas rusas? No sabemos cómo es ni qué aspecto tiene. Es como ir a ciegas. Además, entrar allí no debe de ser fácil. Según me contó, La Mansión está dirigida por una madame muy estricta a la que llaman *Lamer*.

—¿*Lamer*?

—Sí, ya sabes: «la madre» en francés.

—*La Mère*.

—Y ¿yo qué he dicho? Bueno, sigo. Al parecer —continúo—, esa mujer lo dirige todo, lleva años regentándola, y nada ni nadie que cruce su puerta puede hacerlo sin su supervisión. Ella es la que lo maneja todo. Imagino que también llevará un control exhaustivo de sus fulanas.

—Interesante —afirma Claudia con el ceño fruncido pensando en algo que no

logro adivinar.

—¿Qué se te está ocurriendo?

—¿Sabemos, al menos, qué tipo de putas son?

—De las que se acuestan.

—¡Coño, Sweet, hasta ahí llego!

—¡Es que no entiendo qué quieres decir!

—A ver, si se trata de una mansión apartada y no de un prostíbulo común y corriente, igual estamos hablando de prostitución de lujo, con clientes influyentes y de una alta clase social.

—¿Y?

—Supongo que a ellas se les exigirá tener un nivel cultural medio-alto y un determinado estilo, nada que ver con la vulgaridad, claro. Me las imagino vistiendo a la moda, elegantes y con cierto porte. Vamos, lo que viene siendo una chica *inn*.

—¿*Inn*?

—¡Joder, Sweet, estás *empaná*!

—¡Perdone usted si no estoy puesta en putas ni en idiomas! Claro, como la señorita vive en Estados Unidos... —digo con retintín.

—Una chica *inn* es eso: una chica actual, a la moda, elegante, sofisticada... Ya me entiendes. —Asiento—. Pero bueno, ahora centrémonos en lo importante. Debemos ir a La Mansión.

—Lo sé, pero no sé cómo hacerlo. No sé cómo plantearle el tema a la madame.

—Nadie tiene que saber que somos nosotras.

—Y ¿cómo piensas presentarte entonces? ¿Llamamos a la puerta y decimos: «¡Hola, venimos a ser putas!»?

—Ya veo que lo vas pillando.

—¡Tú estás loca!

Pero Claudia no se achanta ni se inmuta ante mi comentario, sino todo lo contrario. En su rostro veo la tranquilidad, la seguridad y la firmeza que siente, en contraste con lo que debe de reflejar el mío. Me tomo unos segundos para recapacitar acerca de su proposición. En realidad, no tenemos otra alternativa mejor y puede que esté en lo cierto. Puede que infiltrarnos allí haciéndonos pasar por prostitutas sea lo mejor para dar con el contacto. E incluso puede que con la

propia Vera. Si es allí donde la retienen, tal vez la encontremos y las probabilidades de salvarla se multipliquen. Además de que, pensándolo fríamente, no me vendría mal darle alguna alegría a cierto *gato* que conozco.

—Pues no te negaré que necesito un buen polvo —confieso al cabo de un rato.

—¿Se puede saber desde cuándo no mojas?

—Desde Escocia.

—¡No jodas!

—He ahí el problema —afirmo ladeando la cabeza.

—Vaya, lo siento.

—Yo más. Supongo que tú no habrás parado.

—Mejor me callo. —Sus ojos la delatan.

—No hace falta que me digas nada. Sólo hay que ver lo guapa que estás. Y sabiendo cómo calza Arthur...

—¡Oye! ¿Cómo sabes...? —De nuevo la miro inclinando la cabeza y alzando las cejas. Conoce de sobra la respuesta a esa pregunta: nuestro viaje a Haddington y a Heidelberg—. Ya —admite.

—Sin palabras —resoplo.

—Sin palabras —remata.

—¿Te hace feliz?

—Y ¿a quién no?

—Me refiero a él, no a su... ya me entiendes.

—Los dos —confiesa.

—Me alegro por ti.

—Lo sé.

Ambas nos quedamos un breve instante en silencio. Un silencio que no daría lugar si estuviese Vera con nosotras, con su alocada verborrea, con sus picarones comentarios o sus divertidas salidas. Cierro los ojos con fuerza, invadida una vez más por la tristeza y la rabia.

—Espero que tengas ropa lo suficientemente sexy —suelta de pronto sacándome de mi estado melancólico. Claudia siempre ha sido mucho más fuerte que yo y sabe animarte en situaciones que, para cualquier otra persona, sería difícil o imposible.

—¿Pretendes salir de marcha con lo que tenemos encima? —pregunto sin

comprenderla.

—Vamos a ir a La Mansión esta misma noche —propone sin levantar la vista del croquis—. Sólo vamos a echar una ojeada, pero por si acaso nos vemos en un aprieto y es necesario, iremos preparadas para la ocasión.

—Igual tienes razón. Aunque lo de convertirnos en putas quizá deberíamos matizarlo un poco.

—¡Si hay que ser putas, seremos putas! —declara dejando el papelito sobre la mesa—. Anda, levanta ese culo respingón que tienes y hazme algo de comer, que me muero por volver a probar la comida de aquí. Dime que tienes jamón, por tu madre.

—Te has vuelto muy mandona, ¿lo sabías? —digo levantándome para seguirla en dirección a la cocina.

—Es lo que tiene vivir con un vaquero. Tarde o temprano, todo se pega —afirma con una sonrisa picarona.

—Daremos con ella, ¿verdad? —pregunto muerta de miedo ante su entereza.

—Te doy mi palabra, Sweet —asegura volviéndose hacia mí y agarrándome por los brazos—. Hemos hecho esto antes, y sé que podemos lograr lo que nos proponemos. Sólo tienes que confiar y creer en ti. ¿Podrás?

—Ahora que estás conmigo, sí.

—Siempre juntas, Sweet. Siempre juntas.

CAPÍTULO 3

Dormir un rato la siesta me reconforta bastante. He podido hacerlo más de tres horas y de un tirón. Tanto es así que ni siquiera me he movido, y al levantarme llevo la marca de la funda de la almohada en un lado de la cara.

—Hola, cebra —me saluda Claudia nada más verme aparecer en el salón.

—¿Por qué no me has despertado? —Son casi las nueve de la noche.

—Necesitabas descansar, y yo te necesito al cien por cien.

—¿Tú no has logrado dormir?

—El *jet lag* sólo me ha permitido echar una cabezadita. Venga, tómate algo que te espabile, que tenemos que arreglarnos e irnos.

Obedezco cada una de sus palabras y, al cabo de un poco más de una hora, las dos estamos en la entrada de mi piso, perfectamente arregladas y dispuestas a todo. Su fuerza es cuanto necesitaba para seguir adelante.

—¿Cómo tienes pensado hacerlo? —digo cogiendo el bolso y las llaves.

—No lo sé. Algo se nos ocurrirá.

—Te advierto que no pienso acostarme con nadie que no me guste —afirmo cerrando la puerta.

—Y yo te recuerdo que las putas no pueden elegir —asegura pulsando el botón del ascensor.

—Hemos quedado en que somos chicas *inn* —aclaro.

—Y putas.

—Está bien. Somos putas —admito en el instante en que ascensor se abre, con el presidente de la comunidad y su esposa en el interior. Es el típico matrimonio metomentodo que todo lo sabe y que se cree superior al resto por el mero hecho de haber sido elegido para presidir el edificio. Por supuesto, nunca reconocerán que obtuvieron el cargo porque a nadie le interesaba cargar con esa

responsabilidad—. Buenas noches —saludo entrando con la cabeza bien alta.

Los dos primeros pisos los bajamos en silencio. Claudia agacha la cabeza para ocultar su risita por la pillada. Al contrario que la mujer del presidente, que nos mira escandalizada aferrándose al brazo de su marido, del que tira para obligarlo a guardar las distancias. En la siguiente planta por la que pasamos, la señora no aguanta más y nos suelta:

—Ahora entiendo muchas cosas. —El tono con que lo dice lleva tal desprecio que hasta la Princess alza la vista para preguntarme con la mirada quién se ha creído esa tía que es.

Tengo dos opciones: mandarla a la mierda o pagarle con su misma moneda. Opto por la segunda.

—Señor presidente —llamo su atención en un tono más meloso de lo normal —, no olvide que tenemos pendiente eso que usted ya sabe. Esta semana puede venir a mi casa cuando quiera, excepto de noche, que tengo turno. —Hace unos días le pedí que viniera a ver un problema con la tubería del baño del piso de arriba, algo que, por supuesto, me niego a aclarar.

Claudia ya no necesita agachar la cabeza para disimular que se está descojonando con mi salida. Ha pillado mi intención y me mira orgullosa. En cambio, a la primera dama del edificio, a la que los siete colores del arco iris se le han subido a la cabeza, le ha sentado como esperaba, algo que me deja bien claro con su soberbia y su repulsiva mirada.

—Claro, esta semana me paso sin falta —responde él tras un sonoro carraspeo.

—Tú no tienes que ir a casa de nadie —le recrimina ella.

—Si lo desea, señora presidenta —medio entre ambos—, usted también puede venir. Tal vez podamos llegar a un acuerdo. ¿Le parece? —digo insinuándome.

—Yo estaré también en su casa esta semana —interviene la Princess para caldear un poco más el ambiente—. Cuantos más seamos, mejor, ¿no?

La mujer ya no sabe qué hacer ni qué decir. Está a punto de explotar cuando el ascensor se abre y mi amiga y yo salimos partiéndonos de risa. Por el reflejo del cristal de la puerta del edificio, observo cómo aguardan en el interior discutiendo entre ellos. Sé que la disputa va para largo, como también sé que acabo de convertirme en la comidilla del barrio.

Claudia es la encargada de indicarme por dónde debo ir, siguiendo las directrices que marca el croquis de Vic.

—Estoy por pedirte que me dejes a mí conducir —se queja.

—Ya sabías a lo que te exponías al subirte. Tú encárgate de guiarme y punto.

—Eres consciente de lo que te transformas al volante, ¿verdad? Me tienes agarrada como si fuese una vieja. Gira aquí a la derecha.

Pongo el intermitente y acato su indicación. Nos adentramos en una carretera secundaria que desconozco por completo. El camino está oscuro; la última farola acabamos de dejarla atrás.

—¿Estás segura de que es por aquí?

—Sabes lo que me fastidia que me hagas esa pregunta, ¿no?

—Perdona, pero es que no creo que este camino de piedras pueda llevar a un lugar de lujo.

—Te sorprendería saber los lugares a los que un camino de piedras puede llevarte.

—¿Te estás poniendo filosófica?

—¡No! Es que me ha venido a la mente cierto sendero que...

—¡Princess, no es el momento de ponerme los dientes largos!

—Perdona, perdona, tienes razón. En la siguiente calle a la izquierda.

—¿A esto lo llamas calle? —pregunto al ver caminos y más caminos de grava y arena—. ¿Aquí no saben lo que es el asfalto?

—Estás muy quejica.

—Son los nervios.

—Lo sé. Haz el favor de calmarte.

—¿Tú no estás nerviosa?

—Mucho.

—Pues, tía, cualquiera lo diría.

—Aquí es. Mira, ésta está asfaltada. —La miro con reproche.

—Y ¿cuál es la casa? —pregunto parándome al principio de la empinada calle.

En ella hay tres grandes chalets, uno a la izquierda, otro a la derecha, y un tercero al fondo.

—Según el dibujo, es ésa —asegura señalando el chalet rojo de la izquierda.

A pocos metros del portón, aparco y apago el motor. Hay demasiado silencio

y la poca luz que hay proviene de las tres parcelas amuralladas.

—¿Y si no es ésta? —pregunto saliendo del coche.

—Sweet, que al final cobras —me advierte cerrando su puerta.

—Sólo quiero ayudar... y asegurarnos de que es la correcta.

—Pues sólo hay una manera de averiguarlo. ¿Preparada?

—No, pero da igual —digo encaminándome junto a ella hacia la casa.

El sonido que hacen nuestros tacones al pisar sobre la adoquinada acera rompe la tranquilidad que se respira en la calle. Me cuesta creer que un lugar tan sosegado pueda ser visitado a menudo por clientes.

—¿Ves algo? —formula mientras buscamos un orificio o agujero que nos permita asomarnos al interior.

—Yo no veo una mierda.

—Sweet, ¡esa boca! —me riñe en voz baja, casi en un susurro.

—Estoy nerviosa, ¿qué quieres? —me defiende en el mismo tono que ella.

—Se supone que somos putas refinadas, ¿recuerdas?

—¿Las putas no dicen tacos?

—Y ¿cómo quieres que lo sepa, coño?

—Joder, pues eso. Es tontería que lo intentemos así. No vamos a ver nada.

—Tienes razón. Llama —me exige.

—¿Que llame yo? Llama tú.

—¡No puedes echarte atrás ahora!

—No me echo atrás.

—Pues alguna tendrá que hacerlo.

—Lo echamos a suertes. ¿Pares o nones? —pregunto escondiendo una mano atrás.

Pero Claudia no me da tiempo ni siquiera a comenzar la cuenta atrás. Su dedo ya presiona el botón del timbre.

—¡Joder, joder, joder! —digo sacudiendo las manos como si las llevase mojadas y las agitara para secarlas.

—¡Calla, coño!

—¿Quién es? —Una mujer nos responde al otro lado del telefonillo.

—Buenas noches, somos Cactus y Burbuja.

—¿Quién?

—¿Qué dices, tía? —le pregunto absorta. Aún sigo cuchicheando.

—Es lo primero que se me ha venido a la cabeza. Se nos ha olvidado inventarnos unos nombres.

—¿Y tenías que elegir a las Supernenas de los dibujos animados?

—¿Quién ha dicho que es? —insiste la mujer.

—Queríamos hablar con la propietaria de la casa —responde Claudia.

—Soy yo. Dígame qué desea, por favor.

—A mí me da que nos hemos equivocado —susurro.

—¿Ahora vas de pitonisa?

—No, joder. Pero ¿y si no es aquí? ¿Y si esa mujer no es puta?

—La madame no tiene por qué ser puta —me aclara.

—¿Ah, no? Y ¿qué hace?

—Oiga, dígame que desea o cuelgo. —La mujer comienza a impacientarse.

—¿Es usted la Madre? —le pregunta.

—Oiga, si lo que quiere es hacer una encuesta, dígale a su jefe que no son horas de venir a molestar. Lo siento, pero debo colgar. Y no vuelva a llamar o avisaré a la policía —amenaza antes de colgar.

—Vale, no es aquí —afirma contundente.

—Muy aguda. Te lo he dicho.

Claudia va a rechistar cuando un BMW oscuro de alta cilindrada aparece al principio de la calle. Las dos guardamos silencio observándolo. El conductor, un hombre de mediana edad, también se nos queda mirando al pasar por nuestro lado en dirección calle arriba. Al llegar a la última casa, detiene el vehículo y, frente al portón, da tres veces la larga con las luces. Segundos después, la puerta se abre y el coche se adentra en la parcela.

—¡Corre! —exige Claudia apresurándose por alcanzar al hombre.

—¿Adónde vas, loca?

—Que corras, te digo.

—Ya voy. ¡Pero espérame, tía, que con estos tacones no puedo!

—Corre o no llegaremos a tiempo —me apremia cogiéndome de la mano para tirar de mí.

—¿No pensarás...?

La puerta está a punto de cerrarse, apenas le queda un metro para que lo haga del todo. Dudo si llegaremos o no a tiempo, con tacones no es fácil correr. Pero en el último segundo hacemos un esprint y logramos colarnos.

—¿Eres consciente... de que nos pueden detener... por allanamiento de morada? —la riño en voz baja, con la lengua fuera por la carrera.

—Calla y escóndete —dice tirando una vez más de mí para ocultarnos tras unos matorrales—. Casi no lo logramos.

—¿Se puede saber... cómo es posible... que yo esté que me ahogo... y tú tan fresca como una lechuga? —Aún me falta el aire, y la postura en cuclillas tampoco es que ayude mucho.

—Monto a caballo, ¿recuerdas?

—No hace falta que me des explicaciones... Te capto.

—Algo me dice que es aquí —susurra asomándose por encima del seto.

—Como sea tu mismo instinto... que nos ha llevado a la otra casa..., estamos apañadas.

—Mira.

Imitándola, me asomo para ver cómo el hombre misterioso aparca en el lateral de la vivienda junto a otros coches de alta gama antes de dirigirse hacia la puerta de entrada. Al llegar a ella, la golpea dando tres toques con los nudillos. Alguien a quien no logramos ver le abre y lo invita a pasar al interior.

—Creo que tienes razón. Es aquí —afirmo aún con el corazón retumbando en el pecho.

—Nadie espera que le abran dando las luces cuando llega a su casa. Lo normal es abrir con el mando.

—¿Te parece bien que nos repongamos un poco antes de llamar?

—No vamos a llamar a ninguna parte.

—¿Ya no vamos a ser putas?

—Sweet, nos hemos colado. ¿Cómo quieres que llamemos si ya estamos dentro?

—Tú y tu manía de jugar a detectives. Si llego a saberlo, no me arreglo y no me pongo estos taconazos.

—Debíamos venir preparadas, ¿recuerdas?

—Vale, lo capto. Improvisación. Y ¿qué hacemos ahora?

—Echemos un vistazo.

—Así me gusta, que me avises con tiempo. Por cierto, hagámoslo ya, que tengo el tanga clavado en el alma.

—Yo también —confiesa incorporándose y haciendo el gesto para sacárselo

del culo. Yo la imito.

Sigilosamente, nos dirigimos hacia el lateral derecho de la casa, justo al otro lado del aparcamiento. Al torcer la esquina, vemos luces provenientes de uno de los ventanales de la planta baja. Claudia me detiene y me indica con un gesto que me agache. Obedezco y camino unos pasos por delante de ella.

—Sweet, menudo culo estás echando —cuchichea en voz baja.

Me paro en seco y me giro para mirármelo con temor.

—No me jodas.

—Ocupa todo mi campo de visión, así que tú me dirás.

—Si ya sabía yo que tener mi vida sexual cancelada por falta de personal tendría sus consecuencias —me quejo.

—No digas tonterías. Eso es cuestión de constitución.

—¿Ah, sí? Y ¿se puede saber en qué artículo de la Constitución dice que yo debo ser la gorda de las dos?

—¡Calla y tira! —me riñe haciéndome el gesto con la mano.

Una vez agazapadas bajo la ventana, oímos una tenue música que proviene del interior. Despacito al estilo Fonsi, nos asomamos para intentar ver algo. Debemos hacerlo con cuidado si no queremos ser descubiertas. El local es bastante oscuro y elegante. Apenas hay nadie, tan sólo una camarera limpiando la barra y un hombre sentado frente a ella.

—Princess, me estoy pensando lo de ser putas —susurro.

—Luego no quieres tener telarañas.

—Tía, no me veo echándole mano al paquete a un tío que no conozca, y mucho menos si no me gusta.

—¿Dónde está la Daniela que se abalanzó sobre el *highlander*? —me acusa.

—Me la dejé en Escocia —me justifico.

—Pues ve sacándola porque nos va a hacer falta.

—¿Crees que los clientes serán tan guapos como Logan?

—Eso es imposible.

—Imposible es esta misión. No lo veo, Princess, no lo veo.

—Hemos quedado que, si había que ser puta, se era, ¿recuerdas?

—Lo sé, pero esto es pedir demasiado. Si puedo escoger, elijo seguir siendo espía.

—No lo hacemos por nosotras.

—Lo sé. ¡Joder! ¡Maldito Vic!

—Eso es lo que necesitamos, que saques esa parte de ti. Como cuando conduces y te conviertes en...

—Señoritas, hagan el favor de acompañarme. —La voz grave de un hombre nos corta en seco. Está de pie junto a nosotras.

Ambas giramos el cuello, pero sólo vemos sus piernas. Poco a poco, alzamos la vista y le hacemos un chequeo. Tardamos más de lo previsto. Es el hombre del BMW, y es ¡enorme! Jamás me había topado antes con un «armario empotrado» con patas tan grande.

—¿Adónde? —pregunta Claudia.

—Las órdenes las doy yo. ¡Vengan! —Su tono es tan autoritario y firme que obedecemos sin rechistar.

Las dos caminamos tras él, agarradas del brazo. Me tiembla hasta el alma, y sé que ella está igual de nerviosa. No sé adónde nos lleva y mucho menos qué va a hacernos. Al menos sabemos que no es ruso; por el acento, más bien apostaría a que es de Asturias o alrededores. En silencio, lo seguimos hasta una puerta en la parte trasera de la gran casa. El hombre, con cara de pocos amigos, o tal vez ninguno, nos «invita» a pasar al interior. Aquí la música es apenas perceptible, y tampoco se oyen voces. Nos adentramos en un pasillo largo, poco iluminado y con varias puertas a ambos lados.

—Esperen aquí —ordena señalándonos la primera de la derecha.

La Princess y yo cumplimos lo que nos dice sin pronunciar una sola palabra y francamente asustadas. Para mi sorpresa, y en contra de lo que me había imaginado que sería, un calabozo o mazmorra donde retenernos, el lugar al que nos ha traído es un elegante despacho, decorado con regios muebles de madera maciza en color oscuro. Por fortuna, mi alocada imaginación, fruto de leer tanta novela de época, se ha equivocado una vez más.

—¡Hala, ya estamos dentro, y sin llamar al timbre! —suelto sin pensar.

—¿Crees que nos dejarán?

—¿Ser putas? He olvidado el currículum en casa. —No sé de dónde saco las fuerzas para el humor.

—Digo soltarnos.

—¡No me asustes, Princess, que te veo venir! ¿Cómo nos van a retener aquí a la fuerza? —Al pronunciar la frase en voz alta, me percaté realmente del

peligro que estamos corriendo. Puede que no estemos en ninguna celda, pero cabe la posibilidad de que nos aten a las sillas que hay frente al escritorio—. No hemos hecho nada —me justifico—. Además, ellos creen que tú tienes el dinero.

—¿Me estás utilizando de comodín?

—¡Yo qué sé, se me acaba de ocurrir! ¿No ves que no puedo pensar con claridad?

—Chist, calla; viene alguien.

El sonido de unos tacones golpeando contra el suelo de mármol es cada vez más próximo. Debe de ser la propietaria, la Mère. No viene sola, creo que la acompaña el grandullón. El corazón me late a mil por hora, lo siento retumbándome en el pecho, tal y como lo haría un tambor. La mujer, una señora de apariencia elegante y cerca de convertirse en sexagenaria, aparece en el despacho seguida del guardaespaldas. Sin mirarnos y con paso firme, pasa por nuestro lado hasta llegar al otro lado de la mesa, donde se sienta en un sillón oscuro de piel.

—Marlo, déjanos solas y cierra la puerta —le ordena de un modo seco y cortante al gigante. También le hace un leve movimiento de muñeca, que él acata sin rechistar—. Sentaos —nos dicta a nosotras de igual forma que a su empleado.

Obediente, me dirijo hacia la silla que tengo a mi derecha, la misma en la que segundos antes me he imaginado maniatada. Una vez tomo asiento y dejo a un lado mis arriesgados pensamientos, me percató de que Claudia sigue en pie, pálida y firme como una roca.

—Princess, siéntate —murmuro.

Pero ella sigue estática sin apartar la vista de la mujer. En su cara puedo ver la dureza con que la mira, como si sintiera rabia y dolor al mismo tiempo. Vuelvo a pedirle que se siente. Y ella vuelve a ignorarme. «¿Qué está haciendo?» Temo que su terquedad y su reacción puedan ponernos en peligro aún más de lo que ya lo estamos. Observo a la madame y corroboro mis sospechas; está molesta por la insubordinación de mi amiga. Ambas mujeres se miran desafiantes. Ninguna parece estar dispuesta a ceder. Estoy siendo testigo de un duro y silencioso enfrentamiento que sospecho no traerá nada bueno. La tensión podría cortarse con un cuchillo. El silencio es aterrador..., hasta que Claudia decirle romperlo:

—¿Qué haces aquí, mamá?

CAPÍTULO 4

La madre de Claudia la abandonó a ella y a su padre hace más de diez años. Lo hizo por un profesor de baile del que se enamoró profundamente y por el que decidió dejar atrás su anterior vida, incluida su familia. En todo ese tiempo no hubo ni una llamada ni un solo encuentro, ni siquiera una postal. Fueron diez años sin saber nada de ella hasta que, tras el fallecimiento de su padre, la encontró en la que era su casa familiar, buscando algún tipo de documento en el despacho de éste. Por lo que más tarde nos contó, su encuentro fue corto y muy duro para ella. Tal y como, imagino, lo está siendo ahora.

«¿Qué haces aquí, mamá?» han sido sus primeras palabras.

—¿No crees que debería ser yo quien hiciese esa pregunta? —replica la Mère.

—Esto ya lo hemos vivido.

—Siéntate —insiste.

—No hasta que me digas qué haces aquí.

—¡Claudia, siéntate de una puta vez! —brama con firmeza.

Ella obedece finalmente. Yo me habría caído de culo nada más verla.

—¿Cómo has dado conmigo?

—Todos los caminos llevan a Roma —responde mi amiga en tono mordaz.

—Tengo mucho trabajo. ¿Vas a decirme la verdad o doy por finalizada la visita?

—¿La misma verdad que le dijiste a papá?

—Todo tiene una explicación, hija.

—¡No se te ocurra llamarme así: tú no eres digna de ser madre de nadie!

Los reproches dejan paso al silencio. Un silencio cortante que evidencia el carácter y el dolor que sienten ambas. Ahora corroboro y comprendo de dónde le

viene a la Princess su otro apodo de *Bug*, o sea, bicho.

—Mira, Claudia, tengo un asunto muy importante entre manos, y ahora no es momento de...

—¿De hablar con tu hija? ¿De darme las explicaciones que merezco, o de por qué eres una puta?

—¡Basta! No soy prostituta —se defiende.

—Tienes razón, eres madame. ¿Cómo te llaman? Ah, sí, la Mère. La Madre. Resulta irónico, ¿no crees?

—Ya te he dicho que hay una explicación, pero ahora me es imposible dártela, créeme.

—Claro. El trabajo y ser la madre de las fulanas es más importante que ser madre de tu *única y verdadera* hija —replica Claudia enfatizando esas dos palabras.

—No creas todo lo que ves.

—¿Lo que veo o lo que es? Ahora va a resultar que estoy ciega. ¡Esto es el colmo!

—No es eso lo que quiero decir.

—Y ¿qué diablos quieres decir, mamá? ¿Acaso me vas a negar que has pasado de mí todos estos años? ¿Y que regentas un puticlub?

—Lo segundo sí es cierto.

—¡Por fin una verdad!

—¿La verdad? —pregunta la mujer fuera de sí—. ¡Tú no sabes nada de la verdad!

Claudia se agarra fuerte a los brazos de la silla, dejando sus nudillos blancos.

—¡Dímela! —la reta. El ambiente es extremadamente tenso.

—Si has venido en busca de respuestas, ya te he dicho que éste no es el mejor momento.

—Para ti nunca lo es —le reprocha.

—Si no vas a responder a mi pregunta, debo dar por finalizada esta conversación —dice la mujer, empujando hacia atrás su silla con la firme intención de incorporarse.

—¡Estamos aquí por Vera! —intervengo para impedir que se marche ahora que estamos tan cerca.

La Mère me mira por primera vez desde que entró por la puerta.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—Sweet, ¿qué haces? —me riñe Claudia.

No quiero perder esta oportunidad. Sé que tienen mucho de que hablar, pero el motivo por el que hemos venido corre más prisa.

—Señora, estamos aquí porque han secuestrado a Vera.

—¿Secuestrado? —Su cara de asombro e interés me invita a seguir.

—La tienen unos rusos por una deuda económica de su exnovio. La están utilizando como moneda de cambio. Y, según él mismo me contó, su único contacto con ellos trabaja aquí.

—Eso es imposible —se defiende.

—No intento atacarla, pero él nos ha traído hasta aquí. Esa mujer es nuestra única esperanza de dar con ella.

—Todas mis chicas pasan un exhaustivo control y ninguna de ellas pertenece a ninguna mafia rusa.

—¿Tienes alguna rusa? —pregunta Claudia.

—Dos —responde ella tras dudar si contestarle o no.

—Y ¿cómo sabes que no estamos en lo cierto?

—Todo lo que aquí sucede pasa por mí y...

—Señora la Mère —insisto—, necesitamos localizar al contacto para que nos lleve hasta Vera. Su vida está en peligro y el tiempo no corre a nuestro favor.

—Y ¿qué tenéis pensado?

Claudia y yo nos miramos. En sus ojos puedo ver la rabia que siente, pero una de las dos debe sincerarse con su madre.

—Habíamos pensado infiltrarnos de putas —suelto sin pensar.

—¿Qué?! ¿Se os ha ido la cabeza?!

—Coño, Sweet —me riñe mi amiga—, si lo sueltas así, no nos dejará.

—¡Por supuesto que no! —sostiene la Mère.

—¿Tú sí puedes ser puta y nosotras no? —masculla la Princess.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que yo no soy puta?

—¡Dejadlo ya! —me interpongo de nuevo. Empiezo a hartarme de este duelo personal—. Sé que tenéis mucho de que hablar, pero se trata de la vida de Vera. Así que haced el favor de dejar para otro día vuestras rencillas, que no nos conducen a ninguna parte. Tenemos que hacer algo y tenemos que hacerlo ya. Y no puedo hacerlo sola, os necesito a las dos.

Madre e hija me miran en silencio, la una recapacitando y analizando mis palabras, mientras que la otra lo hace absorta y sorprendida por mi actitud y mi valentía. Esta última, Claudia, acaba posando su mano sobre la mía en señal de rendición.

—Contadme todo lo que sabéis —nos apremia su madre al cabo de unos segundos.

Durante un buen rato le explico a la mujer con todo lujo de detalles lo que sabemos. Ella es nuestra única baza para poder localizar a Vera, y tenerla de nuestro lado es imprescindible. Claudia, que al principio se muestra reticente, acaba transigiendo y uniéndose a mí en facilitarle todos los datos de que disponemos.

—Dejadme pensarlo un momento —nos pide la Mère al acabar nuestro relato.

La señora, con los codos apoyados sobre la mesa, se echa las manos a la cara durante unos segundos. Las dos guardamos silencio a la espera de una idea que pueda ayudarnos a localizar al contacto. Sé que esto está siendo doblemente duro para Claudia. No sólo existe el temor por Vera, sino que, además, debe sumarle la tensión que aún hay patente entre ella y su madre. Esta vez soy yo quien la coge de la mano y se la aprieto para mostrarle todo mi apoyo. Ella me lo agradece con un suave estrujón y una tímida sonrisa.

—Está bien —suelta de pronto la Mère—. Os ayudaré. Trabajaréis para mí, pero no como unas de mis chicas, sino de camareras. Lo haréis bajo mi entera supervisión y sólo con mis condiciones. La confidencialidad y el placer del cliente son puntos imprescindibles e inamovibles de este negocio. Nada de móviles. Nada de cuchicheos ni miradas extrañas. Mis clientes son personas influyentes y muy muy conocidas, por eso sólo trabajo con personal cualificado y profesional. Exijo elegancia, saber estar y clase. Espero que estéis a la altura. —Claudia está a punto de decir algo, pero yo se lo impido dándole un nuevo apretón en la mano—. Cualquier duda que tengáis, debéis acudir siempre a mí. Conoceréis a las chicas, yo misma os las presentaré, pero llevad cuidado y no seáis demasiado evidentes. La jornada comienza a las once de la noche y termina con el último cliente. El resto de las horas podéis hacer o ir a donde queráis. Eso es todo. ¿Lo tomáis o lo dejáis?

—Lo tomamos —me apresuro a responder por las dos.

—¿Claudia?

—Ya lo has oído, ¿no?

—Si vas a trabajar para mí, al menos hazlo en calidad de empleada —le reprocha—. Si he decidido ayudaros es por Vera, pero debes prometerme que te centrarás en ello y no en nuestros problemas personales. A cambio, te doy mi palabra de que, cuando todo acabe, contestaré a todas y cada una de las preguntas que quieras hacerme. ¿Aceptas el trato?

Mi amiga se toma su tiempo para contestar.

—Acepto —afirma pactando una tregua, al menos de momento.

—Está bien. Se hace tarde —nos informa la mujer levantándose—. Esta noche recibimos una visita muy importante y debo asegurarme de que todo está preparado.

La Mère nos hace de guía por La Mansión tras nuestro acuerdo. De vuelta al pasillo, nos señala un despacho contiguo al suyo: la sala de control, repleta de cámaras, desde donde el grandullón debe de habernos visto haciendo el ganso en el jardín. Al otro lado hay dos puertas que pasamos por alto para dirigirnos directamente hacia el salón principal, el mismo que hemos visto minutos antes a través de la ventana. Lejos de parecer un antro de sexo y lujuria salvaje, se trata de un lugar elegante, estudiado y decorado hasta el último detalle en tonos negros, platas y malvas. La sala es mucho más grande de lo que a simple vista había imaginado. Está dividida en varios departamentos. El primero, según nos explica la madre de Claudia, es la zona donde se recibe a los clientes. Es un espacio dedicado a la primera copa, al primer contacto, compuesto por sillones de piel en color negro con sus respectivas mesas blancas de centro iluminadas en su interior. Sobre ellos, unas refinadas lámparas de araña con luz tenue cuelgan del techo, aportando un toque distinguido. La barra, situada a la izquierda, es también igual de lujosa que el resto, acotada por numerosos taburetes tapizados en piel blanca y cuerpo metalizado. El buen gusto y la calidad están representados en cada rincón, en cada metro cuadrado. No debe de haber sido económico montar algo así.

—Os presento a Luisa, nuestra principal camarera —nos indica la Mère cuando llegamos hasta la chica que hay tras la barra. Es una joven castaña, de cara alegre y mirada simpática. Está sola, ya no hay rastro del cliente con el que la hemos visto antes a través de la ventana—. Luisa, ellas son Princess y Sweet

—indica señalándonos—. Van a estar a prueba un tiempo aquí contigo —continúa—. Voy a terminar de enseñarles La Mansión y enseguida estarán de vuelta. Ponlas al día, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, la Mère. Mucho gusto, chicas.

—Igualmente —respondo.

—Un placer. Hasta ahora —se despide Claudia para continuar la ruta.

—Parece maja —cuchicheo a mi amiga mientras caminamos tras su rígida y estirada madre.

El hecho de que la llamen por el título que ostenta confirma lo estricta que me advirtió Vic que sería.

—No hemos venido a hacer amigos, ¿recuerdas? —me riñe Claudia.

—Princess, no me toques las narices. Precisamente estamos aquí por eso. ¿O acaso piensas sacar información comportándote como una estúpida?

—¡Yo no soy estúpida! —se defiende.

—Pues no te comportes como tal.

Sé por lo que debe de estar pasando, pero una de las dos tiene que mantener la cabeza fría.

—Ésta es la zona de las batallas —nos interrumpe su madre al llegar al otro extremo de la sala, justo detrás de donde se encuentran los sillones.

—¿Las batallas? —pregunto curiosa.

—Mira —dice señalando al suelo, a unos metros de donde nos encontramos.

Su dedo apunta hacia dos *jacuzzis* soterrados bajo un suelo de cristal, en medio de una especie de habitación abierta acotada por cuatro columnas engalanadas. Uno de ellos, con agua limpia y cristalina e iluminado desde el interior, otorga un halo mágico al lugar con su reflejo agitándose en el techo. El oscuro, en cambio, no logro ver bien qué contiene.

—Seguidme, los clientes están a punto de llegar y debemos darnos prisa —nos apremia.

El siguiente apartado que nos muestra es una sala de juego, al que se accede tras cruzar una tupida y recia cortina de terciopelo de color rojo. Es un salón al más puro estilo de un casino de Las Vegas, con suelo enmoquetado y diferentes mesas donde fundirse la cartera. Según nos cuenta la madame, es una zona que no suele usarse mucho, pues sólo se utiliza en contadas ocasiones y con clientes especiales.

—Tienes que reconocer que tu madre tiene un gusto exquisito —le susurro a Claudia mientras seguimos a la Mère de vuelta al pasillo.

—Sweet, no estarás intentando hacer de alcahueta entre mi madre y yo, ¿verdad?

—¿Yo? Jamás se me ocurriría tal cosa —me defiendo..., y miento.

Las puertas que habíamos dejado atrás, frente a su despacho y la sala de control, son estancias de uso exclusivo para empleados. Tras la primera que pasamos, están las taquillas y los baños de las chicas. La segunda es la cocina, donde nos las encontramos a todas.

—Chicas, éstas son Princess y Sweet —nos presenta—. Ellas son Conxa, Olga, Alicia, Anaís, Alexia y Marilyn. —Las aludidas nos saludan con la mano y con el habitual «hola». Nosotras hacemos lo mismo—. Estarán unos días de prueba con Luisa —continúa—. Vienen recomendadas por un cliente muy importante, así que confío en que estarán a la altura. Espero que les deis la acogida que se merecen. —Todas asienten—. Ellas os ayudarán en lo que necesitéis —nos dice a Claudia y a mí—. A cambio, vosotras atenderéis todos los servicios que os soliciten. ¿Alguna pregunta? —Negamos con la cabeza—. Perfecto —dice mirándose el reloj—. ¡Todo el mundo a trabajar! Vosotras, venid conmigo.

Tras despedirnos de las chicas con un simple gesto de la mano, la Princess y yo seguimos a la madame de vuelta a las taquillas.

—Señora, ¿puedo preguntarle algo?

—Claro, dime.

—¿Qué hay arriba?

Claudia pone los ojos en blanco al oírme.

—Arriba están las *suites*, a las que no debéis subir a no ser que se os pida que lo hagáis.

—Y ¿cómo son?

Madre e hija suspiran al mismo tiempo. Se parecen más de lo que ambas están dispuestas a reconocer. Además, me importa un bledo lo que puedan pensar de mí. Quiero saberlo todo de este lugar.

—Hay tres tipos de habitaciones, todas ellas con baño y *jacuzzi* privados. La funcionalidad de cada tipo depende de lo que requiera el cliente.

—¿En qué se diferencian?

—Siento no tener tiempo para contestarte ahora. Debemos darnos prisa, uno de mis mejores clientes está a punto de llegar con unos amigos. Otro día, ¿te parece?

—Está bien —transijo.

En realidad, también quiero saber de quién se trata, pero decido callarme y esperar a que llegue para averiguarlo.

—Vuestras taquillas son éstas —dice posicionándose frente a las dos últimas de la derecha—. Dentro tenéis todo lo necesario. Debo marcharme. Sed prudentes y no olvidéis lo que os he dicho.

—Gracias, señora.

—Daniela, cuando estemos a solas, y sólo en esas circunstancias, puedes llamarme Paqui.

—Se lo agradezco.

—Tened cuidado y mucha suerte.

Claudia resopla poniendo los ojos en blanco en cuanto su madre se marcha. Sé que para ella esto no está resultando fácil. Pero también sé que la misión acaba de empezar y que debemos tener fe y fuerza para seguir adelante. Y así se lo hago saber en cuanto nos quedamos a solas y comienzo a sacar de mi taquilla el... ¿uniforme?

CAPÍTULO 5

—No pretenderá que me ponga esto, ¿no? —pregunto al ver el supermegaultraminivestido negro y blanco que debo ponerme. No le quito ojo mientras estudio la forma de enfundármelo—. Mi bikini tiene más tela que esto.

—Deja de quejarte y pónitelo —me riñe Claudia.

—Claro, como a ti no te está tan ceñido como a mí —me defiendo al comprobar lo bien que le queda a ella.

—¡Ni se te ocurra volver a lo mismo de antes!

—Te recuerdo que fuiste tú quien me dijo lo del culo gordo.

—Lo tenías en mi trompa, ¿qué querías? Desde mi posición era enorme —se justifica.

—Te odio.

—Sabes que no. Aunque tal vez deberías replantearte lo de montar a caballo —dice mirándose en el espejo, girando de un lado a otro para comprobar lo guapa que está.

—¿Eso va con doble intención?

—Así me gusta, que las pillas al vuelo —se mofa.

—No quiero saber nada más. Eres un pendón verbenero, que lo sepas.

Claudia ríe a carcajadas, y yo no tardo en unirme a ella.

—Para no ser putas, enseñamos más carne que ellas —me quejo mirándome yo también mientras intento abrocharme la cremallera.

—Anda, déjame —dice ofreciéndose para cerrarla—. Mete la barriga o no acabaremos nunca.

—O meto la barriga o respiro. Las dos cosas no puedo.

—Tienes que hacer algo de deporte, tía.

—¿Montar a caballo?

—Por ejemplo.

—Voy a tener que irme a Escocia en busca de Logan.

—No digas tonterías. Con la de hombres que hay aquí.

—Ninguno como él, créeme.

—Te creo, te creo.

Luisa sigue tras la barra cuando nosotras llegamos. La Princess lo hace con paso firme, mientras que yo lo hago dándome tirones del bajo del vestido. Tras un nuevo saludo, la primera nos explica con paciencia y amabilidad dónde está cada cosa. Claudia no tarda en hacerse con todo enseguida debido a sus años de experiencia como camarera. En cambio, yo, que lo más que he hecho ha sido llevarme la cena de la cocina al salón, me encuentro como un niño en una cacharrería.

—Tranquila, lo harás bien —me susurra la Princess para darme ánimos.

—¿Tú crees? Sólo soy experta en estar al otro lado de la barra, ya lo sabes.

—Puedes hacerlo. Y si tienes dudas, aquí me tienes. ¿Preparada?

—No, pero sí.

—Así me gusta, con las ideas claras —se mofa.

La música que suena de fondo, pese a no haberla oído antes, es buena y me gusta. Sus tranquilos acordes acompañan a la voz de la Princess mientras me explica el funcionamiento de la cafetera. No tenía ni idea de la cantidad de botones que tenía este cacharro.

—Menuda noche interesante nos espera —comenta Luisa desde la otra punta de la barra.

—¿Sabes quién viene?

—Sweet —me riñe en un susurro la Princess—, eso ni se pregunta.

—¿Por qué no? Tía, ¿y si es el ruso?

—Sweet, me estás poniendo de los nervios. Para o nos meterás en un buen lío.

—Perdona, bonita, pero en un lío ya estamos —me defiendo.

—Si no me equivoco —dice la simpática jefa de camareras al acercarse a nosotras—, los clientes de esta noche están de muy buen ver y son unos cachas de cuidado.

—Pensaba que aquí sólo venían hombres casados o mayores.

—Nadie ha dicho que estén solteros —replica con una picarona sonrisa.

—Sweet, pareces nueva —añade la Princess, haciéndome una seña para que deje de ser tan ingenua.

—En los sitios donde hemos trabajado antes no era lo común —me defiendo simulando haber estado empleada en la mitad de los puticlubs de toda Valencia.

—Ya me ha dicho Princess que lleva años dedicándose a esto.

—Y está en lo cierto. Es la mejor en lo suyo, mejorando lo presente —argumento.

—A ti te veo un poco más perdida. No te ofendas.

—No, tranquila. Es que lo mío siempre han sido las relaciones públicas.

—Entiendo —dice arqueando las cejas—. Pues ahora tienes la oportunidad de retomar viejos hábitos, porque mira lo que entra por la puerta.

Su comentario me hace pensar que tal vez para ella cualquier hombre sea digno de revista. Me cuesta creer que un tío guapo vaya a lugares como éste y que...

—¡Se me acaban de caer las bragas al suelo! —suelto nada más ver a los dos que acaban de entrar, acompañados de la Mère.

—¿Quieres hacer el favor de disimular? —cuchichea la Princess. Luisa sonrío.

—Me he venido arriba, lo siento.

No he podido contenerme, y mucho menos al asimilar lo que ven mis ojos. He salido miles de veces de marcha, pero pocas me he cruzado con hombres así. «Con razón no los veía», pienso al considerar dónde estoy. Uno de ellos llama tanto mi atención que tengo que detenerme un segundo para recordarme que debo respirar. Impecablemente vestido con un traje chaqueta, al igual que el resto de los hombres que, tras él, hacen su entrada en el salón, pronto se convierte en mi único objetivo. Tiene un estilo que lo diferencia claramente de los demás, por no hablar de su vigoroso cuerpo, que su entallado traje no logra esconder. Es moreno y luce una barba que me recuerda inevitablemente a Logan y, por consiguiente, a mi último encuentro íntimo.

—Pellízcame para que sepa que esto no es un sueño —le pido a Claudia tirándole del vestido y de algo más.

—¡Au! Pero no me pellizques tú a mí. ¿Quieres estarte quieta?

—Tía, que esto no es bueno para mi salud. Que te recuerdo que hace mucho tiempo que no mojo.

—La que te va a mojar voy a ser yo con lo primero que pille como no pares.

—Nuestro turno, seguidme —nos anuncia Luisa cogiendo una bandeja con una mano para dirigirse hacia la zona de los sofás, donde ya aguardan casi todos sentados. La muy pécora ni se ha inmutado al verlos entrar; está claro que es toda una profesional.

Claudia coge otra bandeja y, sujetándola de igual forma, la sigue a unos pasos. Yo intento hacer lo mismo colocando una sola mano debajo. Lo he visto hacer muchas veces, pero debo de tener párkinson o algo parecido, porque la muy condenada se me resiste tambaleándose sin parar.

—Estate quieta, mamona —le susurro entre dientes sin apartar la vista de ella.

—Buenas noches, señores. Soy Luisa y esta noche seré una de sus camareras. Me acompañan Princess y Sweet —anuncia.

—Buenas noches —los saluda Claudia de forma profesional.

Cuando llega mi turno, pongo una pose sexy para saludar, pero me quedo sin habla al ver al mismísimo *conseller* de Trabajo. Me pongo tan nerviosa que la bandeja se me resbala de entre los dedos. Procurando que no caiga al suelo, me inclino para sujetarla con ambas manos, con tan mala pata que acabo perdiendo el equilibrio y estampando la cara en el paquete de uno de los dos hombres que aún están de pie. Si creía que no podía hacer más el ridículo, estaba completamente equivocada.

—Disculpe —me apresuro a decir.

El hombre, al que no me atrevo ni a mirar a la cara, hace ademán de ayudarme, aunque antes de que ni él mismo se percate, yo ya estoy de vuelta en la barra.

—Joder, acabamos de llegar y ya estás al lío —dice uno de los hombres.

—Tranquilo, que aún falta lo mejor —se mofa el *conseller*, secundado por las risas de los otros.

Claudia y Luisa les toman nota mentalmente de lo que les piden antes de regresar.

—Para no querer tocar el paquete a ningún tío, bien que te has lucido —se mofa mi amiga cuando llega a mi lado.

—Espero no haberle quitado el carnet de padre.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta al tiempo que coloca unos primeros vasos

sobre la bandeja.

—¿Ves ese tío de ahí? —digo volviéndome un segundo para señalarlo con la mirada.

—Sí. ¿Quién es?

—Es el *conseller* de Trabajo y no sé qué más. Lo siento, es que tiene más títulos que el Rey. Es un embustero y un misógino con lengua envenenada al que ayer conocí en el trabajo.

—¡No jodas!

—Se pasó todo el tiempo menospreciando mi profesión y defendiendo la decencia por encima de todo, y ahora mira dónde está.

—Ay, Sweet, lo que te queda por aprender aún. ¿No sabes el dicho ese de «dime de qué presumes...»?

—¿«... y te diré lo tonto que pareces»?

—Así no era el refrán.

—Me importa una mierda. Ese tío es un mamón y peor persona. Princess, no puede verme aquí o todo se irá al traste.

—A ver cómo te digo esto. Darse cuenta de que estás, se ha dado. Todos, en verdad. Pero si lo que te preocupa es que te haya reconocido, yo apostarí a que no. Además, con la pinta que llevamos, nadie lo haría.

—No puedo arriesgarme. Ahora vuelvo —digo alejándome.

Mientras ella y Luisa les preparan las bebidas, me dirijo hacia el despacho de la Mère para hablar con ella. Necesito pedirle otro puesto de trabajo, al menos por esta noche. No la encuentro allí ni tampoco en la sala de control. En la cocina sólo está Alexia, que me asegura no haberla visto desde que nos marchamos juntas de allí. En el vestuario tampoco parece haber nadie, pero cuando voy a salir, una voz susurrante llama mi atención. Proviene de la zona de las duchas, situada al fondo, donde me dirijo con la esperanza de encontrarla. Sin embargo, conforme me acerco, me doy cuenta de que no es ella, sino alguien que está hablando en... ¡ruso! Con cuidado de no ser descubierta, vuelvo sobre mis pasos para abrir mi taquilla con la clave y sacar el móvil. No estoy muy lejos, por lo que espero que la grabadora pueda captar, al menos, lo que resta de conversación. Decido quedarme donde estoy; si me descubre, podré al menos disimular. Noto nerviosismo en el tono que emplea. No es la única; mi corazón está a punto de estallar con tanto acontecimiento junto. Parece estar

convenciendo o discutiendo con la persona que está al otro lado del teléfono. Algo parecido a «sí, dañá» es lo último que la oigo decir antes de darme cuenta de que viene hacia mí. ¡Si se refiere a hacer daño a Vera, eso no es lo acordado, aún nos quedan seis días para dar con ella!

—¿Estabas espiando? —pregunta con un marcado acento ruso y una molestia clara por saberse descubierta.

—Esto..., no, claro que no. Estaba...

—Es *brroma* —ríe.

Conxa es una mujer que impone a simple vista. Es castaña y alta, con unas curvas definidas y un cuerpo fibroso que, sumado a su risa malvada y su voz grave, logra ponerme los pelos de punta.

—Claro —murmuro sin saber muy bien qué decir.

—¿Cuál *erra* tu *nombrre*?

—Sweet —respondo tras decidirlo en un par de segundos.

—En esta *prrofesión* es *mejorr* el anonimato, ¿eh?

—¿Puedo preguntarte cuál es el tuyo?

—Puedes, *perro* si te lo *dijerra*, después *tendrrría* que *matarrte*.

Me aferro a la puerta de la taquilla para no caerme. Esta gente no se anda con chiquitas.

—Déjalo, entonces.

—¡Es *brroma*! *Humorr rruso*.

«Ah, qué bien. Pues yo estoy que me parto, vamos...»

—Adopté ese *nombrre porrrque* el mío es un poco más complicado de *prronunsiarr*.

—No creo que sea para tanto. —Igual, si logro sacárselo, pueda sonarle a Vic de algo.

—Avdotyá.

—Hiciste bien. —Sonrío condescendiente, aparentando tranquilidad—. ¿Puedo preguntarte algo?

—*Disparra*. —Su jerga me está matando.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Más del que *quisierra*.

—¿No te gusta?

—Yo no he dicho eso.

—Comprendo. O sea, que sí.

—No existe el *trabajo perfecto*. —A mí el mío me encanta, pero no pienso contradecirla.

—Y ¿eres la única rusa?

—No, Olga también es de mi país.

—Deduzco que igualmente oculta su nombre verdadero.

—*Deduses* bien. Tengo que *dejararte*, debo *prepararme para* la batalla.

—¿Así es como lo llamáis?

—¿*Quieres parrtisiparr*? —pregunta examinándome de arriba abajo.

—¿Yo? No, gracias. Lo mío es poner copas.

—*Hases* bien. No *creo* que *podrías ganarme*.

—¿Ganarte? ¡Qué va! —digo pensando en mi abandonado *gato*, con el que ayer tuve una última conversación matutina.

—Chica lista. Nos vemos, Sweet.

—Hasta luego, Conxa —me despido viéndola marchar.

En cuanto me quedo a solas, deajo salir el aire que llevo reteniendo desde que entré por la puerta. Un hondo suspiro que el móvil también se ha encargado de recoger. Cierro la taquilla y me dirijo a hurtadillas al salón principal. De la Mère sigue sin haber ni rastro. Los hombres charlan animados entre sí mientras las chicas continúan preparándoles aún más bebidas.

—Tengo novedades —susurro al llegar junto a Claudia.

—¿Vas a dejar de ser camarera para ser puta?

—Princess, esto es serio.

—Perdona. Dime.

—Ya sé quiénes son las rusas. Son Conxa y Olga.

—Habría jurado que serían Alexia y Marilyn.

—Yo también. Pero he pillado a Conxa hablando en el vestuario. Ha dicho algo de dañar. He grabado todo lo que he podido con el móvil.

—¿Dañar? Está bien, en cuanto lleguemos a tu piso, lo comprobamos. Yo aún no he averiguado mucho con Luisa. Necesito más tiempo.

—Tú al menos puedes atender las mesas. Yo no sé ni qué hacer. No he localizado a tu madre, y no puedo arriesgarme a que el *conseller* me reconozca.

Claudia deja lo que está haciendo para coger un paño limpio e impregnarlo de ginebra.

—Anda, toma. Limpia los cubiertos.

—¿Con ginebra? ¿Te has vuelto loca?

—Sweet, tú entiendes de lo tuyo y yo de lo mío. Hazme caso y frota —exige mientras retoma la preparación de las comandas—. Te mantendrá ocupada y podrás disimular que haces algo de provecho.

Tras regalarle una mueca por lo ridícula que me parece su orden, me pongo manos a la obra. Una de dos: o los dejo relucientes o les mato el brillo. No obstante, cuál es mi sorpresa cuando veo lo resplandeciente que queda la primera cucharilla de café. Claudia me observa de reajo. Yo me limito a reconocerle, con un rápido gesto, que estaba en lo cierto.

Una música erótica sonando de pronto más alta de lo habitual anuncia la entrada de dos de las chicas, envueltas en una fina bata de seda. Son Marilyn y Alexia, que, desfilando como modelos de pasarela y regalando miradas insinuantes a los clientes, caminan ante ellos, agasajadas con sus vítores y sus comentarios obscenos. «Debo aprender a andar así», pienso al sentirme como un pato a su lado. Las luces de la sala se atenúan casi por completo, a diferencia de la zona de los *jacuzzis*, que se ilumina con potencia.

—Disimula un poco —me riñe en un susurro la Princess.

—Lo intento, tía, lo intento.

—Pues inténtalo más fuerte.

—Estoy muy mal, Princess. Hasta ellas me parecen sexis —digo sin apartarles la vista.

—En cuanto lleguemos a casa, además de lo que hemos acordado, tú y yo tenemos que hablar. O pones remedio a lo tuyo —añade mirándome mi parte íntima— o tendremos un problema.

—¡Tenemos una misión! ¿Recuerdas?

—Me da a mí que, como no te centres en tu propia misión, la nuestra se irá al traste.

—¡Qué exagerada eres!

—Tú no te has visto la cara.

—¿Tanto se me nota?

—Sweet, frota, que ya hablaremos —remata marchándose con la bandeja cargada en la mano mientras yo me quedo recapacitando sobre la doble tarea que tengo pendiente y la forma de llevarla a cabo.

CAPÍTULO 6

Las chicas se despojan de sus batas y, completamente desnudas, se introducen en el *jacuzzi* oscuro, ese que no pude ver con claridad la primera vez. Van completamente depiladas y con el pelo recogido en un moño alto. Observadas por los clientes, que no dejan de animarlas mientras beben de sus copas, comienzan a luchar entre ellas. ¡La batalla! Las palabras de Conxa en el vestuario adquieren ahora otro sentido. Mis ojos no dan abasto a tanto giro, empujón y refriega entre ambas mujeres, pringándose de lo que parece ser barro, al tiempo que dejan escapar sonoros jadeos debido al esfuerzo que hacen. «¡Dios mío, quién fuera puta!», pienso al contemplar una imagen tan sexy y lujuriosa como la que tengo ante mí. La batalla, para mi desgracia, finaliza antes de lo esperado cuando Alexia logra capuzar a Marilyn dentro del barro, momento en el que esta última abandona el *jacuzzi* y es sustituida por la pelirroja Anaís. Ella es la más dulce de todas y la más parecida a mí en constitución. Su duelo, a diferencia del primero, es mucho más rápido. Y no porque sea menos fuerte que su contrincante, que también, sino porque, al parecer, Alexia la conoce lo suficiente para saber cuál es su punto débil: las cosquillas. Con sonoras y estridentes risas, la pelirroja pierde el combate antes de lo esperado, y es nuevamente reemplazada por la morena Alicia. Me imagino que deben de pasárselo bomba y de nuevo las envidio.

Tras ella van entrando una a una el resto de las chicas, hasta que llega el momento de la final. Conxa y Olga son las que han logrado llegar invictas hasta aquí. Ambas son más fuertes y más grandes que el resto. Sus retadoras miradas, a diferencia de las otras, me deja claro que para ellas es algo especial, como si se lo tomaran mucho más en serio. Los clientes se dejan arrastrar por sus alaridos en cada esfuerzo, animándolas e incluso apostando entre ellos quién será la

vencedora. Deben de ir ya, al menos, por la cuarta copa. He perdido la cuenta. Luisa y Claudia están teniendo trabajo más que de sobra con ellos. Al contrario que yo, que no dejo de frotar cubiertos como si me fuese la vida en ello. En cada envite de las chicas, doy una refriega intensa al cubierto que en ese instante tenga entre las manos. Me imagino enfrentándome a Conxa y la cantidad de mamporros que le daría. Uno por cada minuto que tienen a Vera.

—Vas a acabar puliéndolos. —Una voz masculina me interrumpe. Estaba a punto de tumbar a la rusa. En mi mente, claro.

—De eso se trata —me defiendo, volviendo la vista hacia él. ¡Dios mío! ¡Es el tío macizo con barba que he visto cuando entraba!—. Si necesita algo, las chicas lo atenderán con gusto allí —le indico señalando con el mentón la zona donde están sus amigos.

No es que no quiera servirle, pero como le dé por pedirme un cóctel de esos raros, me voy a meter en un lío.

—Allí no tengo lo que quiero —responde sin apartar sus increíbles ojos azules de los míos. La iluminación de la barra los hace parecer aún más intensos.

«Madre mía, si le dijese yo lo que quiero, se caía de espaldas...»

—¿No le gusta la batalla? —pregunto incrédula. A mí me tiene absorta. Él también, para qué negarlo.

—No es eso. Es sólo que necesito alejarme de esos burros un rato.

—¿Usted no es como ellos? No me refiero a lo de burro, quiero decir que...

«¡Cálmate, Daniela, que te estás luciendo, hija!»

—En eso tampoco nos parecemos —se apiada.

Ahí tiene razón. Ninguno le llega ni a la suela de los zapatos.

—Su secreto está a salvo conmigo —confieso con una sonrisa tímida.

«Si me abalanzo sobre él, se notará mucho, ¿no?»

—¿Me pones un agua con gas, por favor? Con hielo y limón.

—Claro —afirmo dejando a un lado la dichosa cubertería.

Mientras preparo lo que me ha pedido, siento cómo me observa sin apartar la vista de mí. Mi diva interior se me ha venido arriba, y con una amplia sonrisa le sirvo su bebida.

—Aquí tiene.

—Gracias. Disculpa que te vigile de este modo, pero quería asegurarme de que esta vez no ibas a echarme cianuro o cualquier otro veneno en la copa para

librarte de mí —suelta antes de meterse una pastilla en la boca y dar un buen trago al vaso—. Con un cabezazo en mis partes he tenido más que suficiente.

¡¡¡Dios mío, trágame y escúpeme en el Caribe!!! ¿Cómo puedo tener tan mala suerte?

—Lamento muchísimo lo de antes —me excuso sintiendo cada una de mis palabras—. No sé lo que me ha pasado. He tropezado y...

—Tranquila, es broma. Sé que ha sido un accidente.

¿Hoy es el día de las bromas? Pues a mí no me hacen ni puñetera gracia, vaya por delante.

—¿Le duele mucho?

—Espero que deje de hacerlo en cinco minutos.

—Yo también —manifiesto ruborizada volviendo a mi quehacer de abrillantamiento.

La batalla continúa y yo intento por todos los medios centrarme en ella. No me resulta fácil, pues, para mi sorpresa, el morenazo bromista de ojos azules parece estar más interesado en la responsable de su suplicio que en el duelo que se debate al fondo de la sala. Cada pocos segundos, aprovecha para dar un trago a su bebida y, de paso, clavar la vista en mí. Su mirada es tan intensa que, sin darme cuenta, acabo limpiando varias veces la misma cuchara.

—¿Sabes quién va a ganar? —pregunta al cabo de un rato.

—No tengo ni idea.

—Está muy claro.

—¿Cómo está tan seguro?

Dudo mucho que el combate esté amañado. Y, de ser así, espero que pierda la rusa.

—Sólo hay que ver la fuerza que tiene la más grande de las dos.

—Le sorprendería ver la fuerza que puede llegar a tener la gente pequeña —digo acordándome de la pobre Vera. Estoy segura de que, de estar en ese *jacuzzi*, sería la vencedora.

Mi respuesta parece haberle sorprendido. Eso, o que le encanta examinarme y estudiarme sin amilanarse lo más mínimo.

Conxa da un grito tan fuerte que llama nuestra atención e interrumpe de un plumazo mis pensamientos. Tal y como él ha presagiado, ella es la vencedora. Lo celebra alzando los brazos y gritando algo que no logro entender. Me

pregunto cuál será el premio. ¿Tirárselos a todos? Viniendo de ella, me creo cualquier cosa.

Marlo aparece en ese instante en el salón empujando una camilla engalanada por los cuatro costados que deja en el pasillo formado entre unos sillones y otros. Olga y él se marchan, mientras que Conxa, cual diosa del Olimpo caminando sobre algodones, camina frente a los clientes hasta llegar a la camilla, en la que se tumba cubierta de barro. Curiosa, observo la escena, y más aún cuando uno de ellos se levanta. ¿Va a darle un masaje?

—No —suelta de pronto mi único y exclusivo consumidor.

—No, ¿qué?

—No es precisamente un masaje lo que va a darle.

—¿Cómo sabes...?

—Pareces un libro abierto. Y, para que no estés en desventaja, me presento. Soy Charles Daugherty, aunque todos me llaman Dau —dice ofreciéndome la mano.

—Hablas muy bien español; no pareces inglés —afirmo devolviéndole el gesto.

—No he dicho que lo fuera.

¡Hoy estoy que me salgo! Todo esto me está sobrepasando y no debería intimar con los clientes; eso fue lo pactado. Creo que lo mejor será que me centre en los cubiertos, me olvide de él y deje de meter la pata.

—Nací en Escocia —manifiesta—. Aunque mi abuela paterna era española.

El corazón me da un vuelco, y la entrepierna un pellizco de los buenos. ¿Olvidarme de él? ¡Y un cuerno! Con sólo esas tres palabras acaba de ganarse toda mi atención, mi corazón, mi cuerpo y mi alma. Vale, igual me he pasado, pero ahora mismo no estoy en posición de escoger.

—¿De qué parte de Escocia? —pregunto curiosa.

—De Braemar, un pequeño pueblo del norte.

—¿Eres de las Highlands?

Me tiemblan las piernas. Todo, en verdad. Aun así, sigo frotando los malditos cubiertos.

—¿Las conoces?

—Todo lo que se puede conocer un lugar sin haberlo visitado. Mi sueño es ir algún día. El año pasado estuve a punto de hacerlo, pero tuve que conformarme

con un solo día en Haddington.

—¿Has estado en Escocia? —Su rostro muestra gratitud y asombro al mismo tiempo.

—Acabo de decírtelo.

Dau curva los labios, obsequiándome con una sonrisa que acaba por aniquilarme y convertirme en su más ferviente fan.

—Pues espero que pronto puedas cumplir tu sueño.

—Gracias. Yo también.

Sin pretenderlo siquiera, comienzo a reírme. Debe de pensar que estoy loca, yo también lo haría. Pero es que me es imposible evitarlo. Mi situación es de chiste. Estoy en un puticlub de lujo, con gente influyente y frente al hombre de mis sueños. Y todo ello por frotar unos cubiertos que, a estas alturas, estoy convencida de que se han transformado en la más y mejor lámpara maravillosa de Aladino.

El primer hombre que segundos antes se había levantado del sillón es seguido por otro señor trajeado de mayor edad. Ambos, uno a cada lado de la camilla, se inclinan hacia la rusa y comienzan a lamerle el líquido marrón que embadurna casi todo su cuerpo. ¡Chocolate! Puede que no me gusten los políticos o quienquiera que sean esos tipos, y que odie a Conxa con todas mis fuerzas, lo cual es inevitable, pero, por el amor de Dios, lo que estoy contemplando es demasiado fuerte para mí. La escena es tan erótica que temo arder en combustión espontánea. Entre risas, a los dos hombres se les suman otros tres. Son seis en total contando a Conxa. En esta segunda tanda está el *conseller*. Un primero comienza a lamerle el pezón ante la atenta mirada del resto, seguido de un segundo, que hace lo propio con el otro pecho. Los gemidos de Conxa acallan la suave música de fondo que ahora suena sin cesar. El líquido marrón comienza a desaparecer, mostrando el verdadero color de su blanca piel. El *conseller*, que no parece dispuesto a perderse nada de la fiesta, es el encargado de probar el plato principal, haciéndose con la entrepierna. Ella jadea y separa los muslos para él en respuesta. El falso misógino entiende su proposición y no tarda en llegar a su parte íntima para chuparla y lamerla sin pudor. Los vítores han dejado paso al silencio, un silencio que sólo llenan los gemidos de Conxa, la suave música y los sonoros resoplidos de todos ellos. La escena es tan erótica que, por mucho que la odie, acabo deseando ser ella.

—¿Te gusta lo que ves?

—Sí. Digo..., no. —Ya no sé ni qué decir. No me he dado cuenta de que llevo babeando un buen rato. Siento cómo el calor llega a mis mejillas—. ¿Quieres tomar algo más? —Necesito desviar el tema.

—Sí.

—Dime.

—A ti.

CAPÍTULO 7

La enésima cuchara que froto resbala de entre mis dedos y cae encima de las otras. Temblorosa, alzo la vista hacia sus vigilantes ojos, que me observan como si fuese una presa a la que dar caza. Su mirada no trata de ocultar el deseo que siente. Puedo verlo incluso con poca luz. Es tan intensa que siento como si me atravesara el ceñido vestido y pudiese verme completamente desnuda y expuesta para él. El corazón me late a mil por hora. Respiro de forma agitada y noto cómo la tela oprime mis pechos, que asoman insinuantes, tal y como lo hace mi anhelo. Llevo demasiado tiempo sin estar con un hombre, demasiado tiempo sin sentir una caricia o un simple roce. Estoy tan excitada que incluso me falta el aire. No llevo ningún pantalón, pero me acuerdo de mi abandonado y solitario *gato*. El ambiente está cargado de erotismo, tanto, que logra secarme la boca. Sin importarme las consecuencias, cojo su vaso y me bebo de un solo trago todo lo que queda.

—Sweet —digo con dificultad al tiempo que se lo devuelvo, ya vacío.

—Es con gas —afirma mirando de soslayo el botellín.

—Es mi nombre.

—Estás de broma...

«Más bien cachonda», pero eso me lo guardo.

—¿Acaso me ves sonreír? —pregunto cruzando una pierna por delante de la otra. Necesito que al menos la fricción alivie en cierto modo mi necesidad y acalle al dichoso *gato*.

—Jamás habría apostado por ese nombre. Aunque he de reconocer que te va como anillo al dedo —confiesa con una arrebatadora mirada.

Los jadeos de Conxa aumentan al tiempo que el chocolate va desapareciendo de su piel. Yo intento centrarme en lo que Dau me ha dicho, pero no puedo evitar

seguir observando a los tres hombres lamiendo el cuerpo de la rusa ante la atenta mirada del resto. Más tarde, mi vista se recrea volando hacia las entrepiernas de los clientes. Están todos empalmados. Noto el sudor cayéndome por la nuca. Vuelvo a cruzarme de piernas para cambiar de postura, pero me tiemblan tanto que acabo curvando la espalda y apoyándome en la barra. «Sólo me faltaba acabar cayéndome al suelo. ¡Aguanta, Daniela!» Mi animada conversación conmigo misma es aniquilada por lo que, una vez más, contemplan mis ojos. Conxa, sintiéndose reina y único objeto de deseo de los hombres que la rodean, arquea su cuerpo sobre la camilla pidiendo «más» a voz en grito. Como una diosa del Olimpo, sus palabras son acatadas por cada uno de ellos, y pronto comienzan a oírse crujidos de cremalleras. La lujuria se apodera por momentos de cada uno de nosotros y nadie es capaz de pronunciar una sola palabra. Todos los ojos están centrados única y exclusivamente en ella, el objeto y la finalidad de sus masturbaciones, que no se hacen de rogar. Deseo, sexo, gemidos cargados de placer y hondos jadeos en su honor. Lo que empieza siendo un simple espectáculo de lucha acaba convirtiéndose en la escena más brutal y erótica que jamás haya vivido. Resuellos cargados de erotismo, de fuertes movimientos e impúdicas masturbaciones bajo un manto etéreo de perversión en el que nos sentimos envueltos y del que no podemos escapar. Siento que voy a estallar de placer. La vista se me nubla. La cintura se me dobla aún más y me agarro con más firmeza a la barra.

—¿Te ocurre algo? —pregunta Dau con sonrisa ladina.

—No, tranquilo. Es sólo un dolor de barriga —finjo simulando molestia.

—Si quieres, te llevo a Urgencias —propone cambiando por completo el semblante.

—No, gracias. Se me pasará enseguida.

En realidad, no creo que el tiempo de mi particular recuperación sea corto. Al contrario. Los latigazos de mis latidos concentrados en la entrepierna comienzan a rozar el dolor.

—Cálmate, mamón —murmuro entre dientes dirigiéndome a mi *gato*. Su reclamo es tan grande y notorio que empiezo a dudar si comenzar a llamarlo *tigretón*.

Los clientes siguen dándolo todo, disfrutando de la confidencialidad y la libertad que les aporta La Mansión. Ahora entiendo la exclusividad y las normas

tan estrictas de las que nos ha hablado la Mère. Cuando ya creo que nada me va a sorprender, observo cómo el primero de los hombres que se ha abalanzado sobre la rusa restriega su polla contra el costado de ella para untarla de chocolate y ofrecérsela. «Fóllatela», le exige con voz ronca. Ella se la introduce en la boca y comienza a lamerla, saboreando hasta la última gota sin dejar de mirarlo a los ojos. ¡No puedo más! La cabeza me da vueltas y tengo a mi *felino* maullando sin parar. Debo marcharme de aquí.

—¿Adónde vas? —me pregunta Dau cogiéndome del brazo, impidiéndome llevar a cabo mis intenciones.

Lo miro incapaz de contestar. Una dama no debería responder a ciertas preguntas, aunque ahora mismo sería capaz de hacer cualquier cosa con la que lograr perder ese apelativo. No puedo pensar con claridad. Nuestras miradas se cruzan una vez más y veo en sus ojos lo mismo que hay en los de cada uno de los que estamos en esta sala: un brutal deseo. Un deseo obsceno cargado de lascivia que nos tiene hechizados a todos. Me deshago de él incapaz de articular palabra, haciendo uso del poco raciocinio que me queda y que me recuerda el verdadero motivo por el que estoy aquí. De soslayo, veo a Claudia, pero no me detengo a darle explicaciones. Me conoce e imagino que debe de saber qué me ocurre. Cruzo el largo pasillo hasta alcanzar la puerta trasera, la misma por la que entramos la primera vez. ¡Aire puro! Mis pulmones lo acogen con alivio mientras camino sin rumbo fijo hacia el fondo de la parcela. El corazón me late con tal fuerza que siento sus latidos marcando mis pasos sobre la grava. Sólo cuando llego frente al muro me detengo. Lo hago apoyándome en el tronco de un enorme olivo que se erige majestuoso y ajeno a todo cuanto sucede tras las paredes que tengo a mi espalda. Demasiada información, demasiado sexo a mi alrededor, y yo sin poder catar. ¡Es de locos!

—¿Te encuentras bien? —oigo a Dau tras de mí. Este hombre es terco como una mula.

—Sí, es sólo que... me he mareado —miento de nuevo, volviéndome hacia él.

—No tienes por qué fingir.

¿Qué pretende? ¿Que le diga que tengo tanta falta que casi me da un infarto? ¡Hasta ahí podíamos llegar!

—No veo por qué debería hacerlo —me defiendo con la esperanza de que se

olvide de mí y vuelva adentro con el resto. Tenerlo tan cerca aquí, en esta penumbra y con mis partes íntimas palpitando, no me está resultando nada fácil.

—Quiero volver a verte.

¡Ay, mi madre, esto no ayuda!

—¿Por qué? —pregunto apoyándome de nuevo en el árbol.

—Porque sí.

—Eso no es una respuesta.

—Es la verdadera.

—Y escueta.

—Voy a estar unos días en la ciudad y quiero que nos veamos.

—Me temo que no va a ser posible —digo para autoconvencerme de que hago lo correcto. Debo concentrarme en la misión y no poner en riesgo la vida de Vera.

—Hablaré con la Mère.

—No necesitas hablar con nadie. Es imposible.

—Pagaré tu precio encantado.

—¿Cómo dices? —pregunto asimilando lo que acaba de darme a entender.

Me siento como Vivian en *Pretty Woman*.

—Si vas a estar conmigo, quiero que lo hagas en exclusiva.

—¿Has dicho «pagar»?

—Puedo pagar la cantidad que me pidas. Sólo serán unos días, así que supongo que podré permitírmelo.

—¡No, no puedes! —bramo fuera de mí.

No tengo claro si darle un tortazo o abalanzarme sobre él. Yo le haría un favor y me lo cepillaría gratis.

—¿Tanto vales?

—¡Millones! —Al menos, es lo que me dice siempre mi madre.

Dau me hace un chequeo de arriba abajo intentando calcular mentalmente mi precio. Sé que debería estar molesta por su descaró, pero me está mirando con tal deseo que temo acabar haciéndole un descuento.

—La exclusividad bien merece ser pagada. Pero, sin ánimo de ofender, me parece que es un poco excesivo. ¿No crees?

Que alguien me explique cómo salir del lío en el que me estoy metiendo, porque mi cordura parece haberse esfumado.

—Perdona, es la costumbre. Hablaba en pesetas.

—Entiendo —murmura con una picarona sonrisa.

—De todas formas, son muchas, así que...

—Si tanto conoces a los escoceses —añade con una ceja enarcada, sabiéndose absoluto controlador de la situación—, deberías saber que somos muy perseverantes y no paramos hasta conseguir lo que queremos.

¿Por qué ha tenido que recordarme que es *highlander*? Respiro hondo para no tener que oír a mi mente calenturienta, que se empeña en mostrarme una imagen de él desnudo con un simple *kilt*.

—Que tengas buen viaje, Dau —digo encaminándome hacia el interior de La Mansión, logrando sacar las pocas fuerzas que me quedan.

—¿Por qué no quieres? —insiste.

—No estoy en mi mejor momento —afirmo sin detenerme.

—¿Puedo preguntar por qué? —Camina un par de pasos tras de mí. Me da que el muy cabezota incansable no se va a dar por vencido.

—Puedes, pero no te daré una respuesta.

—Pues vendré a verte —persiste.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —lo increpo volviéndome hacia él—. ¿No sabes aceptar un no por respuesta?

«Bien hecho, Daniela. Dale su merecido.»

—No, si se trata de ti —confiesa acercándose aún más.

—¡Si no me conoces de nada!

—Eso es lo que intento remediar. —Sus manos rodean mi cintura.

—Esta semana es imposible. Tal vez la que viene.

—La que viene no estaré aquí.

—Pues yo esta semana no puedo comprometerme con nadie, y menos las veinticuatro horas del día.

—Yo tampoco.

Su entrepierna roza la mía. Voy a arder en combustión espontánea.

—¡Te va a salir muy caro!

—Eso no es problema.

—Hablamos de un millón —suelto recordando la deuda de Vic.

«¿Qué estoy haciendo?»

—Acepto —afirma rozando mis labios.

«¡Para esto, Daniela!»

—Pues yo también —respondo en un susurro.

Dau se adueña de mi boca con el permiso que acabo de concederle. Rodeada por sus fuertes brazos, me rindo ante él y su inconcebible influjo, olvidándome de mi juicio y mi cordura. Su beso es intenso, ardiente, salvaje. Obligándome a chocar con su cuerpo, me empuja y me restriega contra la dureza de su polla. Su lengua invade el interior de mi boca con descaro, mostrándome en cada envite su poder y la firme convicción de su deseo.

—Acabamos de sellar nuestro acuerdo. No lo olvides, esta semana eres mía. Mañana volveré a por ti —remata alejándose y dirigiéndose hacia la zona de aparcamiento.

Sin poder dar un solo paso, e intentando recobrar el aliento, me quedo plantada viéndolo marchar. Y no lo hace solo. Mi capacidad de pensar va con él. ¿Qué acaba de pasar?

CAPÍTULO 8

El sonido del móvil me despierta a las nueve de la mañana. Apenas hemos dormido tres horas. Tras mi encuentro con Dau, me encerré en los vestuarios de La Mansión y no salí hasta pasado un buen rato. A mi regreso a la barra, la mayoría de los clientes habían subido a las habitaciones, incluido el *conseller*, mientras que el resto tonteaban en el salón con las chicas que habían regresado una vez acabado el espectáculo. El cansancio que Claudia y yo arrastrábamos al acabar la jornada era tan grande que no tuvimos oportunidad de comentar lo ocurrido.

—¿Diga?

—Daniela, tienes que venir urgentemente. —Es Germán.

—¿Qué ha pasado? —pregunto frotándome los ojos y levantándome para no despertar a la Princess, que duerme plácida a mi lado.

—Virginia se ha puesto enferma. Un virus, creo. Debes venir cuanto antes. Hoy tenemos una visita importante en plató.

—Germán, apenas he dormido y no sé si...

—Daniela, por favor. Sólo serán unas tres horas, puede que menos. Pero tienes que venir. Te lo compensaré, te lo prometo.

Su tono de voz suena tan desesperado que acabo cediendo y dándole mi palabra de que estaré ahí dentro de pocos minutos.

Hoy no necesito cruzarme con ningún mal conductor; la falta de sueño y el horrible dolor de cabeza que arrastro me impiden sacar mi parte Sweet. Por fortuna, la ciudad parece dormir y el tráfico está mucho más tranquilo que ayer, pese a que el sol ya lleva tiempo brillando con fuerza. El mismo brillo que desprenden las luces de la sala de maquillaje. Aún sigo llevando las gafas de sol incluso dentro de ella. Germán entra como un rayo cuando guardo mis cosas en

el armario.

—¡Gracias, rubia! —dice radiante juntando las palmas de las manos.

—Me debes uno de los gordos —replico señalándolo.

—Trato hecho. Están en dirección y ya vienen hacia aquí. —Germán da por sentado que he mirado la orden del día y que sé de quién habla—. Ah, y no se te ocurra repetir lo del *conseller*.

—¿Tú también te enteraste?

—La pregunta sería quién no. Aunque lo importante es que él no lo sepa.

—A ver si por un perro que maté...

—Ya vienen. Te dejo. Gracias —susurra antes de marcharse.

Mientras me coloco la bata oigo al mismísimo director de la cadena. Debe de ser alguien muy importante para que se haya molestado en...

—Buenos días, Daniela. Vamos un poco justos de tiempo, así que... Dentro de diez minutos vuelvo a por estos dos señores. Trátales como se merecen. Cualquier cosa que necesitéis, me lo decís. Hasta ahora.

Como una exhalación y a la velocidad del rayo, tal y como ha entrado, el director se marcha. Apenas me ha dado tiempo a levantar la cabeza y verlo cuando...

—Hola, soy Cayetano —se adelanta ofreciéndome la mano.

Es el mismísimo Cayetano Martínez de Irujo, duque de Arjona y conde de Salvatierra, hijo de la duquesa de Alba, dueño de un buen currículum de numerosas conquistas de famosas y mucho más alto de lo que parecía en las revistas. La boca se me abre tanto que temo golpearme las sandalias con la mandíbula.

—Un placer tenerlo aquí. Soy Daniela —digo nerviosa estrechándole la mano.

—Bonito nombre. Le presento al culpable de que esté aquí —responde volviéndose y echándole la mano al hombro para invitarlo a dar un paso al frente —, el señor Daugherty.

Las estatuas de Pompeya se quedan en mantilla al lado de cómo me quedo yo al ver a Dau. Está imponente a la luz del día, con un nuevo traje impecable que se adapta a la perfección a su escultural cuerpo. Trago saliva, incapaz de decir nada.

—Daniela. Bonito nombre —menciona saludándome de igual forma que su

predecesor.

—Gracias —susurro estrechándole la mano para aparentar normalidad.

Sin embargo, nuestro saludo dista mucho de ser normal. Nuestras manos se entrelazan mucho más tiempo de lo habitual, un tiempo en el que sus ojos buscan los míos, ocultos aún tras los cristales oscuros de las gafas de sol, aunque ambos sabemos que se encuentran y se confiesan lo que nuestras bocas se niegan a decir.

—¿Trabaja usted con gafas de sol? —suelta de pronto, ganándose mi reprobadora mirada, que le muestro al quitármelas. No voy maquillada; eso también acojona.

—Me han sacado de la cama para sustituir a mi compañera —respondo arrepintiéndome en cuanto digo la última palabra. No debería haberle dado ninguna explicación.

—¿Trasnochó mucho anoche? —increpa de mala gana. Ambos sabemos lo que conlleva esa pregunta.

—Si lo que le preocupa es si soy capaz de hacer bien mi trabajo, puede estar tranquilo —me defiendo. El duque nos observa atónito.

—Pues espero que le paguen como se merece —suelta Dau en tono mordaz, cargado de reproche.

—Es bueno saber que a personas como usted les preocupe mi salario.

—No debe de ser mucho cuando hace horas extras.

—Don Cayetano, comenzaré por usted —digo señalándole el sillón para, de paso, ignorar a Dau—. Estoy segura de que en plató esperan ansiosos al más importante de los dos —remato rabiosa.

El duque, asombrado por la situación de la que está siendo testigo, toma asiento en silencio. Pronto comienzo mi trabajo con él mientras noto cómo mi Edward Lewis particular tiene la mirada fija en cada movimiento que hago. No me resulta fácil.

Cuando acabo, no sin esfuerzo, el señor de Irujo me agradece mi trabajo antes de levantarse y despedirse de nosotros con la excusa de ir al baño. Dau y yo volvemos a quedarnos a solas por segunda vez en unas horas. A diferencia del famoso duque, a él sólo le hago un gesto con la mano para que se siente en el sillón mientras preparo los productos. En realidad, necesito este instante para reponerme y hacer recuento de la situación. Desde que ha entrado por la puerta

no ha hecho otra cosa más que reprocharme mi comportamiento, cuando es él el que me ha juzgado sin ni siquiera haberme dado la oportunidad de explicarme.

—¿Rompiste nuestro acuerdo? —pregunta aprovechando la intimidad que se nos ha concedido.

Yo trato de centrarme en hacer mi trabajo y comienzo a aplicarle la base.

—Respóndeme —me exige molesto por mi silencio.

Furiosa por su descaro, reclino en un rápido gesto el asiento de cuero hasta dejarlo tumbado a mi merced mientras lo amenazo con la brocha. Dau se asusta por mi reacción y por el habitual temor a caerse de espaldas, más que por el arma de destrucción masiva que llevo en la mano.

—¿Acaso te importa lo que haga con mi vida? —mascullo.

—Por alguna extraña razón que desconozco, sí —confiesa derritiéndome con la mirada.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho: no lo sé.

Desarmada por su contundente y «esclarecedora» respuesta, vuelvo a elevar el respaldo del sillón hasta dejarlo en posición vertical. Entiendo perfectamente lo que ha querido decir. Yo tampoco sé por qué me gusta tanto.

—¡No te muevas! —le exijo.

Como buena profesional que soy, retomo mi trabajo. Aunque no lo hago de forma relajada. Su sola presencia me impone y me pone nerviosa, y aún mucho más su cercanía.

—Relájate —le pido al pasarle la esponja por la frente. Su ceño fruncido no ayuda.

—Me es imposible contigo.

—Tranquilo, no tardaré mucho.

—No es precisamente prisa lo que tengo.

—Te esperan en plató.

—Que esperen.

—¿Eres igual de caprichoso para todo? —pregunto deteniéndome para mirarlo a los ojos.

—Sólo con lo que quiero —confiesa con voz grave y endiabladamente sexy.

Desvío la vista y guardo silencio un instante. Necesito reponerme. Las intensas luces iluminan su delicada piel mientras la voy cubriendo de una fina

capa de maquillaje. Me tomo mi tiempo en hacerlo, pasando la esponja con suavidad, despacio, deleitándome con la belleza de su rostro tan viril y masculino. La distancia que hay entre ambos es tan pequeña que hasta puedo sentir los latidos de su corazón. Son rápidos y agitados como los míos. Trago saliva y dejo escapar un suspiro para intentar cumplir con mi obligación sin dejarme llevar por lo que realmente estoy sintiendo.

—Anoche te dije que no es el mejor momento —acerto a decir cuando me obligo a pensar en hacer lo correcto.

—¿Por qué? ¿Tienes novio? Si es así, dímelo y no volveré a molestarte.

Su pregunta me hace recapacitar un instante. Tal vez mentirle sea la mejor opción para lograr olvidarme de él y centrarme en la misión. ¡Sí, eso es lo que voy a hacer!

—No tengo novio —respondo para mi propia sorpresa. «¡Ole yo!»

Dau sonrío satisfecho.

—Quiero verte hoy. En cuanto acabes aquí, te vendrás conmigo.

—¿No puedes preguntar las cosas? ¿Tienes que ordenarlas? —replico deteniéndome otra vez. Es más terco de lo que yo pensaba.

—Sé que quieres lo mismo que yo.

—Tú no sabes lo que yo quiero.

—Sí. A mí. Aunque, por una razón que desconozco, te empeñes en no reconocerlo.

—Ya estás.

—Claro que sí. Estoy dispuesto a...

—Ya estás listo. He acabado mi trabajo. Puedes irte —manifiesto volviéndome para no tener que ver cómo se marcha.

Pero Dau se niega a hacerlo.

—Mírame —exige de pie tras de mí.

Lo hago a través del espejo para no tener que girarme y lograr resistirme a su influjo. No lo consigo. Es tan hermoso que ni el reflejo es capaz de restarle atractivo.

—¿Qué te lo impide, Dani? —Nunca me ha gustado que me llamen así, pero en su boca y con su voz...

—Hay tantas respuestas a esa pregunta que no sabría por dónde empezar —susurro.

—Sean cuales sean, olvídalas. Sé que tú también...

—¡Tú no sabes nada! —lo interrumpo volviéndome hacia él con unas ganas irrefrenables de gritar y llorar hasta caer rendida.

Dau coge mi rostro entre las manos y, sin mediar palabra, apresa mis labios. Su beso es, una vez más, salvaje, aunque en esta ocasión viene cargado de ternura. Hambriento de mí, me abraza y me aferra a él al tiempo que su lengua invade el interior de mi boca sin ser invitada, arrollando cuanto encuentra a su paso y con la firmeza de quien toma lo que quiere por el mero hecho de que lo desea.

—Tu cuerpo habla por ti otra vez —susurra en mi boca.

Una vez más tiene razón. Una vez más no logro esconder lo que su sola presencia me hace sentir. Dau me besa de nuevo y yo cierro los ojos para aferrarme a su nuca y atraerlo más a mí. No sólo quiero que sea mi cuerpo el que hable por mí; quiero que mi mente deshonesto forme parte ineludible del juego.

—Te recogeré en el parking a las siete —anuncia seguro de sí mismo—. Ya conozco tu mundo. Hoy conocerás el mío. Ah, y ponte guapa, a donde vamos habrá cientos de ojos observándote —sentencia regalándome una última caricia antes de desaparecer ante mis ojos, negándome así cualquier posibilidad de rebatirle siquiera en un leve susurro.

* * *

Claudia ya está despierta cuando regreso llena de dudas a mi apartamento.

—¡Por fin! —suelta nada más verme aparecer por la puerta.

—¿Sabemos algo de Vera? —pregunto apresurándome por llegar a la mesa del salón, a la que está sentada.

—Aún no, pero puede que lo sepamos muy pronto. Pon tu móvil frente al mío y salgamos de dudas.

Claudia abre la aplicación de traducción en su teléfono y yo preparo también el mío. Por fortuna, mi teléfono es de última generación y el sonido es bastante claro. El resultado nos deja sin aliento.

«Aún no tengo el dinero. Espero que llegue a tiempo. No me gustaría que... Estoy en ello. Volveré a intentarlo. Sí, ya sé que sólo faltan cinco días. En cuanto sepa algo, te llamo. Yo también. Adiós.»

—¡Es Conxa! ¡Conxa es el contacto! —digo con todo el temor que siento.

—Creo que esto aclara nuestras dudas.

—Al menos sabemos que el «daña» que oí no significaba lo que parecía. Era un simple «adiós».

—Ya, pero eso no resta importancia a lo que están haciendo.

—Hay que avisar a tu madre.

—¡Eh, un momento! ¿Quién ha dicho que debemos comunicarle cada paso que demos?

—Fue lo que acordamos en su despacho, ¿recuerdas?

—Ya, pero...

—Sé que esto no está siendo fácil para ninguna de las dos, y mucho menos para ti. Imagino por lo que debes de estar pasando al saber que es...

—Puedes decirlo: es una madame.

—No sabes cuánto lo siento, Princess.

—No te preocupes. —Claudia es tan fuerte que incluso se permite el lujo de darme ánimos—. ¿Sabes qué? —añade tras una breve pausa—. Habría preferido mil veces que lo del profesor de bachata hubiese sido cierto.

—Y ¿cómo sabes que no fue él quien la metió en esto?

—Sweet, por favor —me riñe alzando una ceja.

—¿Qué? Peores cosas se han visto. La vida da mil vueltas y nunca se sabe dónde puede acabar uno.

—¿Crees que por eso no volvió a casa? ¿Qué tal vez se avergonzaba de lo que era realmente? —Puedo ver cómo la humedad invade sus ojos por mucho que se empeñe en no dejarse vencer por la tristeza.

—Eso lo sabrás cuando hables con ella. Recuerda que te lo ha prometido —la consuelo tomándole la mano.

—Lo sé.

—Me tienes para lo que necesites. Estoy contigo en esto y en todo lo que haga falta.

—Lo sé, y no sabes cómo te lo agradezco. Venga, vamos al lío —dice limpiándose los ojos y recolocándose en la silla—. Ahora es Vera quien nos necesita.

—Bien, porque te quiero al cien por cien. Siento que nos estamos acercando al meollo de la cuestión. Tu madre quizá pueda ayudarnos. Y, sinceramente, me

da miedo enfrentarme a la rusa.

—Y ¿qué esperas que haga mi madre?

—No lo sé. Tal vez pueda robarle el móvil o mandarle el encargo a Marlo.
¿Quién sabe?

—¡Está bien, me rindo! —claudica mostrándome las palmas de las manos en señal de rendición—. Vamos a hablar con ella.

—Gracias.

—Dámelas cuando acabemos con toda esta locura. Por cierto, ¿qué tal en el trabajo? He leído la nota que me has dejado junto a la cafetera.

—¡Hum! ¡Buena idea! ¿Quieres un café? —pregunto yendo hacia la cocina a prepararme uno y, de paso, esquivar su pregunta.

—No, he desayunado hace un rato. ¡Eh, un momento! Tú escondes algo.

—¿Yo? No sé de qué me hablas —digo intentando ocultar la imparable curvatura de mis labios.

—¡Si hasta te has puesto colorada! Sweet, que nos conocemos.
¡Desembucha! —ordena.

El café humea dentro de la taza cuando regreso a la mesa con ella.

—Me han propuesto una cita —confieso.

—El morenazo de la barra —afirma sin dudar.

—¿Cómo lo sabes?

—Tía, a veces te mataría. ¡Hasta un ciego pudo verlo! Te estuvo comiendo con los ojos durante toda la noche.

—No estuvo toda la noche.

—Es cierto. Hubo un momento en que le perdí la pista. Entiende que estuve demasiado ocupada viendo el... espectáculo.

—Calla, fue tremendo. Aún me tiemblan las piernas.

Ambas reímos picaronas.

—Mira que he visto cosas en mi vida, pero como lo de anoche, nunca.

—Yo menos —aseguro.

—Y ¿qué hay de ti y el morenazo?

—No te lo vas a creer... Es *highlander*.

—¡Venga ya!

—Te lo juro —afirmo emocionada—. El muy cabezota está empeñado en quedar conmigo, pero yo...

—¿Tú qué?

—Princess, no creo que deba ir. Debemos centrarnos en la misión y...

—¡Pero ¿tú estás tonta o qué te pasa?! —grita de pronto—. ¡No puedes desaprovechar la oportunidad de quitarte las telarañas!

—Pues cuando te ponga al corriente te caes de culo.

—No creo que sea para tanto.

—¡Ay, Princess, que sí! Que anoche perdí la cabeza. Me ofreció dinero a cambio de pasar una semana con él antes de volver a su país.

—¿Ése se piensa que esto es *Pretty Woman*? ¡Va..., estás de coña!

—Qué más quisiera yo.

—¿No le dijiste que eras camarera?

—Más bien frotacubiertos, pero no.

—Supongo que lo mandarías a paseo.

—Supones mal.

—¡¡¡¿Perdona?!!!

—Me lie, tía, me lie... Lo que ocurrió en La Mansión me volvió loca, salí a tomar el aire, la noche me confundió y... acepté su propuesta.

—¡Dios mío, eres PutaNieves! —suelta un segundo antes de reír a carcajadas.

Yo intento reñirla dándole un suave golpe en el brazo, pero pronto me contagio y me uno a ella.

—Estoy loca, ¿verdad?

—¿Loca? ¡Eres mi ídolo!

—Princess, hablamos de que me he vendido como una puta.

—¿No habíamos quedado que si había que ser puta se era?

—Eso fue para entrar en La Mansión.

—O para salir, según se mire...

—Si mis padres se enteran de esto, me desheredan, ya te lo digo.

—Yo te borraba directamente del libro de familia —se burla de nuevo.

—No hará falta, porque no pienso irme a ninguna parte.

—¡De eso nada, monada!

—Si crees que te voy a dejar sola en la misión es que no me conoces.

—La misión no requiere estar veinticuatro horas y, humanamente hablando, es imposible.

—Ya, pero...

—Deja de poner excusas y cuéntamelo todo, Julia Roberts —me apremia—. Te me estás volviendo un pendón, y me encanta.

Entre gestos y miradas cómplices, le cuento mis dos encuentros con Dau. Es al oírme hablar cuando me doy cuenta de lo mucho que me gusta y cuánto deseo quedar con él. Claudia, que me conoce incluso mejor que yo misma a veces, no tarda en animarme a que acuda a la cita pese a mi insistencia de que no es lo correcto. La parte Bug de mi amiga no tarda en salir y, cuando me doy cuenta, me la encuentro amenazándome con no hablarme si rehúso quedar con él.

—Y ¿qué pasará después? Se largará y yo seré una simple conquista más que añadir a su larga lista.

—¿Qué hay de malo en ello?

—No es lo que quiero, Princess, ya lo sabes.

—Sweet, cariño —dice cogiéndome la mano—, no creo que debas dejar pasar una oportunidad así. Sé que no es lo que quieres, pero sí quizá lo que debes. Tienes que desvirgarte de nuevo, y a mí no me vendría mal un poco de intimidad. Echo de menos a cierto vaquero —afirma guiñándome un ojo.

—¡Haberlo dicho antes! Me habría ido de paseo o...

—A paseo te voy a mandar yo como no quedes con ese tío. Vamos a ir a ver a mi madre, la ponemos al corriente y nos tomamos la tarde libre. La necesitamos, Sweet. Y sé que Vera lo entenderá.

—Tal vez tengas razón.

—Por cierto, ¿adónde va a llevarte?

—No tengo ni idea. Pero me dijo que me pusiera guapa, que habría cientos de ojos observándome.

—¿Va a quedar contigo o a exhibirte?

—Eso mismo pensé yo.

—Está claro que donde va a llevarte habrá mucha gente. Te ayudaré a encontrar el *look* más *inn*. Déjalo en mis manos.

—Gracias, Princess —murmuro feliz y orgullosa por primera vez en dos días.

* * *

La visita a La Mansión la hacemos al cabo de unos minutos. A la vuelta tenemos pensado comer en algún restaurante, que no sea el habitual para que no nos recuerde todo el tiempo a Vera, y después aprovechar para echar una cabezada antes de mi cita con Dau. Marlo es el encargado de abrirnos y de comunicarnos que la Mère no se encuentra allí.

—¿Dónde está? —pregunta Claudia.

—Nunca dice adónde va. Sólo sé que no volverá hasta la noche.

—Pero necesitamos hablar con ella —intervengo.

—Tengo orden de no molestarla a no ser que sea algo urgente.

—Te aseguro que esto lo es —afirmo con firmeza.

Marlo nos mira a ambas debatiéndose entre ayudarnos o no.

—Esperad aquí un momento —remata alejándose unos pasos para hacer una llamada.

Las dos nos miramos con la esperanza de que podamos dar con ella cuanto antes. Su ayuda puede ser crucial ahora que ya sabemos quién es el contacto. El guardaespaldas regresa junto a nosotras a los pocos segundos.

—Lo siento, chicas. La Mère no puede atenderos, y me ordena que os diga de su parte que no hace falta que vengáis esta noche.

—Y ¿eso a qué viene? —inquire la Princess.

—No puedo contestarte a eso. Sólo sé lo que os acabo de decir.

Mi amiga me mira dispuesta a reprocharme haber venido cuando, adelantándome a sus palabras, le pregunto a Marlo si podemos entrar.

—No veo por qué no. Podéis venir siempre que queráis, como el resto de las chicas.

—Perfecto —digo tirando de una desconcertada Claudia—. Por cierto —digo volviéndome un segundo hacia él—, ¿puedes al menos decirle que nos llame cuando venga?

—Sí, claro, cuenta con ello.

—Gracias, Marlo —contesto retomando la marcha.

Nada más entrar oímos voces que provienen de la cocina, adonde me dirijo sin titubear.

—¿Se puede saber qué haces? —cuchichea Claudia a dos pasos de mí.

—Tal vez ellas sepan dónde está tu madre.

—Das por hecho que nos interesa dónde esté.

—Princess —digo parándome y volviéndome hacia ella—, intenta centrarte. ¿Qué te pasa ahora?

—¿Te has parado a pensar que Marlo tiene su número de teléfono y yo no?

Su pregunta me pilla por sorpresa. No he caído en eso, y me imagino lo duro que debe de ser para ella.

—Lo siento mucho, tía. Tienes razón. Pero he creído que tal vez sea un buen momento para hablar con las chicas y, con un poco de suerte, sacarles algo de información.

—Es buena idea. Y arriesgada, ahora que sabemos quién es.

—Llevaremos cuidado. Y, en cuanto a tu madre, le pediremos su número a Marlo cuando salgamos.

—No. Es algo que debe darme ella —dice con un melancólico suspiro.

—Tienes razón. Si no quieres entrar, lo entenderé. Puedes esperarme en el coche o...

—¿Se te ha ido la pinza? No pienso dejarte sola con esas arpías —asegura volviendo a ser la mujer fuerte de siempre—. Sigue, veamos qué podemos sonsacarles.

Orgullosa de su entereza, retomo la marcha hacia la cocina, donde saludo a las chicas nada más entrar por la puerta.

—¡Hola, Sweet! —responde la pelirroja Anaís.

—*Hombrre*, las *barrwomen* se dignan a *aparreser* —suelta Conxa con desdén.

Me cuesta la vida tener que ponerle buena cara. Olga y Alicia también están con ellas.

—No le hagáis caso. Hoy se ha levantado con el pie torcido —aclara Anaís, invitándonos a tomar asiento.

—Lo entendería si hubiese sido ella quien perdió la batalla —suelta Claudia, incapaz de contenerse. Mi amiga, como siempre, yendo directa al grano.

—Eso mismo pienso yo. Me faltó esto *parra derribarrla* —añade Olga haciendo el gesto con los dedos pulgar e índice.

—*Siemprre dises* lo mismo, *perrro* nunca consigues *ganarrme*. —La prepotencia de Conxa me pone los pelos de punta.

—Algún día te vas a llevar una sorpresa —interviene Alicia socarrona.

—Eso nunca va a *susederr*.

—Quizá sea porque no has encontrado una rival en condiciones —apostilla la Princess.

¿Qué hace? ¿Se ha vuelto loca? Estas dos son capaces de enfrentarse en el *jacuzzi* ahora mismo.

—¿*Quierres prrobarr, barrwoman?* —la reta.

—Chicas, haya paz —media Anaís.

—*Siemprre* estás en medio —espetta Olga.

—Y vosotras siempre estáis liándola. ¿Qué os han hecho las pobres chicas?

—Ya saltó la defensora de las causas perdidas. ¿No ves que estamos de coña? —En esta ocasión, es Alicia la que salta.

A estas alturas tengo claro que las dos rusas y ella forman un equipo infranqueable.

—Doña *perrfumes* se toma todo lo que *desimos siemprre* como algo *perrsonal* —dice Conxa.

—Porque siempre estáis discutiendo. Y ya cansa —se defiende Anaís.

—No discutimos —aclara Olga—, sólo nos... comunicamos.

—¿Os parece una forma correcta de comunicarse echaros cosas en cara y retaros a ver cuál de vosotras es más fuerte, más guapa o consigue más clientes? ¡Es increíble!

—*Forrrma parrte* del juego. Y, sí, es lo que *hasen* las amigas.

—Lo que te pasa es que sigues molesta con *nosotrras* por *haberrnos* metido con tu Tomasillo —explica Conxa.

—Eso, y que tienes poco aguante —se une Alicia—. No estarías así si reconocieras que tenemos razón y que Tom Cruise, por mucho que te guste, está viejo y es un pequeñajo que tiene la altura de un bache.

—¡Os odio! —grita Anaís, dolida ante las risotadas de las tres arpías.

Yo estoy a punto de decir algo cuando Claudia me toca la pierna por debajo de la mesa. Es la señal que usa para tomar ella la palabra y disculparse ante todas por tener que irnos. Pese a que desconozco el motivo de nuestra repentina marcha, me uno a ella en la despedida y la sigo hacia el aparcamiento. Una vez a solas en el coche, y sin necesidad de tener que pedirle explicaciones, mi princesa y bicho amiga me suelta:

—No vamos a sacarles nada a esas tres. Tú ganas. A partir de ahora, lo dejaremos en manos de mi madre. Sólo espero que no tarde en dignarse a

llamarnos.

—Lo hará.

—Arranca, tengo hambre y debemos acudir a una cita —afirma abrochándose el cinturón con su firmeza habitual.

CAPÍTULO 9

Estoy tan nerviosa mientras conduzco hacia los estudios de la cadena que esta vez soy yo la que se lleva varias pitadas de otros conductores. No les contesto; tienen toda la razón del mundo. Mi mente es un hervidero de ideas rondando sin rumbo ni paradero fijo. Por fortuna, llego sana y salva al aparcamiento. La barrera se abre y en cuanto paso por las primeras plazas lo veo. Está imponente, de brazos y piernas cruzados y apoyado en un flamante 4×4 negro. Creo que es un Porsche. Las gafas de sol no me dejan verle los ojos, aunque la sonrisa que me regala me es más que suficiente. Me pregunto a qué se dedica realmente, pues, hasta donde la memoria me alcanza, no es un dato del que disponga aún. Cuando vino anoche, lo hizo acompañado de gente importante, entre ellos, el *conseller*, y esta mañana con el mismísimo duque de...

—¡Joder! —bramo cuando oigo el golpe que acabo de darle al coche de Germán. Me va a matar.

—¿Estás bien? —Dau ha llegado hasta mí tan rápido que la escena de *Crepúsculo* me viene a la mente.

—Sí, creo. —Me miro y me toco la cara. Reconocimiento hecho; parece que estoy entera—. No sé qué me ha pasado.

Él me quita el cinturón y me ayuda a salir del coche. La cabeza me da vueltas, aunque algo me dice que no es por el golpe. Estar de nuevo entre sus brazos y dejarse embriagar por su inconfundible olor a hombre haría perder el juicio a cualquiera.

—Estás temblando —dice abrazándome aún con más fuerza.

—Del susto —manifiesto. En realidad, el recuento creo que va por: Dau: 99 % - Susto: 1 %.

—¿No sabes que las distracciones no son buenas para conducir? —se mofa.

Su semblante ha cambiado en cuanto ha comprobado que no tengo nada roto.

—El coche y tú os habéis interpuesto en mi camino. Yo soy el daño colateral. Mi comentario lo hace reír, y su risa consigue relajarme a mí.

—Hola —susurro embaucada por su intensa mirada, que ahora logro ver a través de los cristales. ¿No le duele la cara de ser tan guapo?

—Hola, Dani. —«¡Ay, Dios! Qué bonito suena en su boca.»

Sus labios no se demoran en encontrarse con los míos. De nuevo, su beso es suave, intenso y muy muy sexy. Si éste es el premio por estamparme contra un vehículo, no me importaría ponerme a jugar a los autos de choque con todos los coches del aparcamiento. Rodeo con los brazos su ancha cintura y me derrito al notar lo duro que está. La intensidad de su beso aumenta y yo lo abrazo con más fuerza. Ladeo la cabeza sin separar mi boca de la suya, a la que apreso con un deseo que me cosquillea todos los poros de mi piel. Claudia tenía razón, debo sentirme orgullosa de estar con un hombre como él. Un hombre capaz de hacerme sentir bella cuando apenas he dormido, e incluso sin maquillar, como ha ocurrido esta misma mañana. Dau se gira y, apoyándose en la puerta trasera de mi coche, me agarra de la cintura y tira de mí para volver a besarme. El movimiento es tan rápido que acabo estampándome contra su pecho. Hoy la cosa está más accidentada de lo normal. Pero en esta ocasión no he dañado nada, sino todo lo contrario. Su pecho es igual de duro que su espalda y, si me descuido, soy yo la que se rompe el chasis. ¡Este hombre es pura fibra! Mi pulso se dispara como lo hacen mis latidos. Me está poniendo a cien y sólo nos estamos besando. Respiro de forma acelerada, y más aún cuando siento su dura entrepierna presionando contra mi bajo vientre. Lo apreso por la nuca. Quiero sentirlo con más fuerza. Quiero que me penetre con su lengua hasta entrelazarla con la mía y formar una sola. Quiero que me hinche los labios hasta dejarlos enrojecidos. Y lo quiero ya. Pero, de pronto, un hondo jadeo proveniente de lo más profundo de su garganta me aparta de él. Su semblante cambia. La rabia y el dolor se interponen entre nosotros, y unas duras palabras ponen fin al increíble momento:

—No puedo seguir.

Lo observo sin saber bien qué decir. Aún estoy exhausta y mantengo su fantástico sabor en mi interior. Me llevo la mano a la boca, que sigue percibiendo su tacto y la pasión con la que me ha besado. Con los ojos puestos en los suyos, le hago la pregunta que no me atrevo a pronunciar.

—Tenemos que irnos o llegaremos tarde —dice él.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa —sentencia con una triunfal sonrisa cruzándole la cara, antes de subirse a mi coche para dejarlo bien aparcado ante mi desconcertada mirada.

Ya en su 4×4, le envió un mensaje a Germán contándole que he sido yo la que ha abollado su Peugeot. Un «Ya hablaremos. Estamos en paz» es la respuesta que obtengo, y la que logra calmarme, al menos, hasta que regreso a la realidad y me reafirmo en que tengo una cita con el hombre más increíble que jamás he conocido.

—Por cierto, estás preciosa.

—Gracias —digo en un susurro.

Claudia ha acertado de lleno con el vestido que ha elegido: uno rojo sencillo de cuello barco que complemento con unos zapatos a juego. Lo de la melena suelta cayendo sobre mi espalda ha sido cosa mía.

—Vas a llamar la atención de todos los asistentes.

—¿Asistentes adónde? —pregunto curiosa. Tanto misterio no tranquiliza mucho.

—Si te lo digo, me perdería tu cara al verlo, y eso es algo que no quiero perderme por nada del mundo.

—Das por hecho que me va a gustar.

—Por supuesto —afirma sonriendo, seguro de sí mismo. Su firmeza me produce un cosquilleo que me recorre todo el cuerpo.

Sin apenas darme cuenta, nos alejamos de la ciudad hasta llegar a un lugar precioso que nunca había visitado y del que ni siquiera sabía de su existencia.

—Bienvenida al monasterio de San Miguel de los Reyes —se adelanta una vez más Dau en contestar. Esta vez no lo culpo: la cara de asombro con la que observo a través de la ventana el jardín por el que pasamos y la fachada delantera con sus dos campanarios lo dice todo.

—¿Me has traído aquí para rezar? —pregunto al percatarme de lo que acaba de decir.

Él sonrío.

—Actualmente es la Biblioteca Valenciana.

—¿Cómo sabías que adoro leer?

—No lo sabía.

—¿Entonces? —Ahora sí que no entiendo nada.

—Tal vez sería mejor si dejaras de hacer preguntas y simplemente te dejaras sorprender.

—Anota esto: soy mujer y curiosa de nacimiento.

De nuevo, le hago reír. Me encanta su risa.

—Anota tú esto: cada segundo que paso contigo me gustas más —remata bajando del coche.

Su declaración me ha hecho tan feliz que me quedaría donde estoy un rato más sólo para mi regocijo. Pero un aparcacoches me abre la puerta y me veo obligada a bajar.

Ya en el interior, un grupo de azafatas nos saludan y nos dan la bienvenida. Una de ellas, sin dejar de sonreír en ningún momento, nos hace de guía por varias estancias hasta llegar a un concurrido jardín interior. En esta ocasión sí que me detengo y me permito unos segundos para contemplar cuanto ven mis ojos. Es un patio interior, rodeado de columnas y arcos, y engalanado con infinitas guirnaldas de luces blancas. Multitud de personas, todas ellas vestidas de gala para la ocasión, charlan entre sí, agrupados y acordonados por bajos muros de recortados setos. Pero lo que más me impresiona y logra ponerme los pelos de punta es la banda de gaiteros que tocan al otro lado del patio, ataviados con la habitual vestimenta escocesa y, como no podía ser menos, con el famoso *kilt*. La escena me parece tan bonita que no puedo evitar emocionarme. De pronto me siento como si me hallara a miles de kilómetros de aquí, como si pisara mi tierra favorita y estuviera cumpliendo mi mayor sueño. Tal vez el marco no sea todo lo medieval que debería ni estemos sobre suelo escocés, pero mi corazón late como si fuese una realidad. Una realidad que acaba transformada en lágrimas de felicidad.

—Ésta es la cara que no quería perderme por nada del mundo —confiesa Dau mientras me mira orgulloso.

Sonrío ruborizada mientras me limpio las lágrimas de la cara en un rápido gesto.

—¡Dau, por fin has llegado! —nos interrumpe un hombre que camina hacia nosotros, más contento de lo normal y con un vaso en la mano. Su cara me es familiar, y no tardo en ubicarlo en La Mansión: es uno de los que probaron el

chocolate de Conxa.

—Tenía algo importante que hacer —afirma él seguro de sí mismo.

Tras golpear en la espalda a mi *highlander* favorito en un ademán típico masculino, el hombre se me queda mirando. Lo hace de forma descarada, e intuyo por qué.

—Bueno, nos vemos luego, Manuel —dice Dau abrazándome por la cintura y tirando de mí hacia el jardín.

—Eh, ¿dónde están tus modales? —lo para el otro en seco con la mano en el pecho—. ¿No vas a presentarme a la señorita? —La forma en que me mira y su horrible aliento a whisky me pone los pelos de punta.

Aunque molesto por su descaro, finalmente Dau accede a su petición.

—Daniela, te presento a Manuel Hernández, mano derecha del *conseller*, el señor Braga.

—Un placer conocerlo —digo limitándome a inclinar levemente la cabeza, sin moverme del lado de Dau.

—El placer es mío, te lo aseguro —responde comiéndome con la mirada.

Con atrevimiento y descaro, da un paso hacia mí. Pero Dau, adelantándose a sus intenciones, me agarra por la cintura y logra excusarse para adentrarnos en el jardín.

—Creo que me ha reconocido —murmuro temblando como una hoja.

Dau entiende mi miedo y, sin dudarle un solo instante, me guía hasta un lugar apartado del oscuro claustro que rodea el jardín.

—Me importa una mierda lo que piense de ti —afirma al detenerse tras una de las columnas.

—¿Y si les dice a todos que...?

—¿Que eres camarera?

—¿Lo sabías?

—Independientemente de que seas un libro abierto, que lo eres, me gusta observar a la gente. Suelo hacerlo para asegurarme de quién me rodeo.

—Entonces ¿por qué me ofreciste dinero?

—Me faltaba sólo una pieza para completar el puzle.

—¿Es eso lo que soy para ti? ¿Un juego? —pregunto molesta.

—No voy a discutir por ese imbécil.

—Contéstame, Dau —le exijo.

—Dani —susurra abalanzándose sobre mí y haciéndome retroceder hasta que doy con mi espalda en la fría columna—, no te conozco y eso es lo que intento remediar. —Sus labios casi rozan los míos y su mano reposa de nuevo en mi cintura—. Me fijé en ti en cuanto puse un pie en La Mansión, a la que me vi obligado a ir. En España es muy común acabar celebrando un trato yendo a esa clase de sitios. En mi país lo hacemos bebiendo hasta caer borrachos.

—¿Por qué me trataste como a una puta?

—No creo que lo hiciera. Ya te he dicho que fue sólo para descartar.

—Y ¿no era más fácil preguntar?

—Las personas somos más sinceras cuando se nos obliga a llegar al límite.

—Y ¿cuál es el tuyo?

—En este momento estoy en él —afirma comiéndome con la mirada.

Ambos guardamos silencio. En sus ojos puedo ver que está siendo sincero conmigo y que sus palabras son ciertas. Si he de ser franca conmigo misma, debo reconocer que fui yo la que le mintió desde el principio, la que le ocultó no sólo mi verdadero nombre, sino también mi profesión y el verdadero motivo que me llevó hasta él. Tomo aire, que acojo en mis pulmones como un bálsamo de sosiego y que exhalo acompañado de todos mis miedos.

—¿Qué hacemos aquí, Dau? —me atrevo a preguntarle mucho más calmada.

—Presento mi marca de whisky, que por primera vez llega a España. Valencia es la sede que he elegido para implantar mi segunda destilería y Cayetano es la imagen de la marca en el país.

—¿Eres dueño de una destilería?

—Pronto lo seré de dos.

—¿Tú has montado todo esto? —continúo.

—Concretamente, la empresa de eventos a la que he pagado.

—Creía que eras político.

—Eso sería lo último que haría en la vida.

—Y ¿qué sería lo primero?

—Follarte.

Trago saliva y lo miro sin saber bien qué decir. Me tiembla todo el cuerpo. Nuestras bocas enmudecen un instante para dejar que nuestras miradas llenen el silencio que ambos acabamos de crear. Unas miradas que se comunican a gritos, sin miedo, sin temor a ningún reproche, y con la certeza de que nos estamos

adentrando en un nuevo y desconocido camino, juntos y guiados por un irrefrenable deseo.

—Debemos volver a la fiesta. Soy el anfitrión —manifiesta tras un hondo suspiro. Sé que decirlo en voz alta es más bien por autoconvencimiento.

—Me temo que sí —susurro en un tono dulce sin poder apartar la vista de su maravilloso rostro.

—¡Joder, Dani! Me empalmo sólo con mirarte —brama cerrando con fuerza los ojos.

—Átate los cordones.

—¿Qué? —pregunta abriéndolos de golpe.

—Cuando un hombre se empalma y no quiere que lo pillen, se agacha para atarse los cordones de los zapatos. Disimula bastante.

—No voy a preguntarte dónde has aprendido eso. Pero hay un problema: no llevo zapatos de cordones.

—Pues haz como que te los limpias, porque no pienso dejar de mirarte como lo hago.

Dau clava furioso sus ojos en los míos antes de apresar mi boca con rabia. Siento la pasión y la fiereza con la que me besa, la misma con la que le respondo. El jardín está repleto de gente, cuyo bullicio llega hasta nuestros oídos acompañado de la música escocesa que suena de fondo. Aun así, ambos nos dejamos llevar por la intimidad que nos aporta la columna tras la que nos ocultamos, alejados de miradas curiosas y sin que ninguna de ellas pueda importunarnos en este instante robado, convertido de forma casi mágica en Nuestro Momento. Sólo cuando nuestros cuerpos reclaman con fuerza que nuestros labios no son suficientes para acallar nuestro deseo, Dau logra apartarse de mí. No tardo en verlo agacharse para pasarse los dedos por la punta del zapato. Exhausta y divertida, observo la escena durante un rato, el suficiente para que se reponga y pueda incorporarse sin que llame la atención.

—Tengo que confesarte algo —digo más seria de lo normal—. No me gusta el whisky. Soy más de ron.

—Eso es porque aún no has probado el whisky Daugherty —afirma cogiéndome de la mano y tirando de mí de vuelta al jardín, junto al resto de los invitados.

* * *

La fiesta resulta ser todo un acto social. Todas las autoridades de la ciudad están aquí, luciendo sus mejores galas. De haberlo sabido, tal vez me habría decantado por un vestido largo y no por uno hasta la rodilla, como el que llevo. Dau está pendiente de mí pese a que no deja de saludar a unos y a otros. Es el anfitrión y debe alternar con todo el mundo. Varios camareros, repartidos por todo el jardín, ofrecen sin descanso vasos de whisky que portan sobre sus bandejas. Para no hacer el feo, acepto un primer vaso, que pruebo no sin esfuerzo. El whisky de Dau puede ser muy bueno y él cantar misa, pero a mí no me gusta. Los primeros minutos me dedico a sonreír a cada persona que me va presentando, pero al cabo de un rato, harta de tanto paripé y de llevar en la mano una copa que no pienso beberme, me alejo con la excusa de ir al baño. Aunque mi verdadera intención es ir a la barra improvisada que han colocado al otro extremo del jardín. Al llegar, en un rápido vistazo compruebo que no hay nada más que el dichoso whisky. Resoplo molesta cuando el camarero, que está al otro lado, se vuelve hacia mí.

—¿Daniela? —Es el impresentable de Vic.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —pregunto sin disimular la rabia que me produce verlo.

—Yo podría decir lo mismo de ti, ¿no crees?

—No sabía que supieras lo que es trabajar —suelto con desdén.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Ni falta que me hace —mascullo entre dientes—. ¿Sólo tienes whisky?

—Es la presentación oficial. ¿Qué esperabas?

—Dame aunque sea un vaso de agua.

Vic busca en la nevera y acaba encontrando un botellín.

—Has tenido suerte —dice al entregármelo.

—Suerte tienes tú de que no te parta la cara aquí mismo.

—Ya te dije que lo sentía.

—¿Tú qué vas a sentir?

Tengo la boca tan seca que a punto estoy de beberme toda el agua de un solo trago.

—¿Hay novedades?

—Hemos dado con tu contacto.

—¿«Hemos»?

—Claudia ha venido a ayudarme.

—Ya veo.

—Sí, tío —digo furiosa—. Aunque te cueste creerlo, no todo el mundo es como tú. Para nosotras, la amistad y la lealtad van de la mano.

—Y ¿quién es? —pregunta para desviar el tema y evitar que me encienda más de lo que ya lo estoy.

—Mejor que no lo sepas. Que me hayas pedido ayuda no significa que hayas logrado que me fíe de ti. —Ni siquiera se me debería haber escapado que ha venido Claudia.

—Daniela, siento haberos metido en esto —añade tocándome el brazo—. Si hay algo que pueda hacer, no dudes en decírmelo. Quiero ayudar.

—¿Ayudar en qué? —inquire Dau, apareciendo de pronto a mi lado. Está bastante enfadado.

—En nada. ¿Nos vamos? —demando cogiéndolo de la mano para tirar de él.

—¿Tú eres? —pregunta entonces dirigiéndose a Vic, al tiempo que ignora por completo mis intenciones y sin moverse un ápice de donde está.

—Soy Vic —se presenta ofreciéndole la mano.

—Señor Daugherty —le responde, marcando claramente las distancias al estrecharle la mano.

—Es un placer conocerlo.

—¿En qué tienes tú que ayudarla? —insiste. No parece dispuesto a ceder, y mucho menos a marcharse sin una respuesta. Con la mirada le exijo a Vic que ni se le ocurra decir la verdad.

—Es algo entre ella y yo —afirma éste.

Pero su tono y sus palabras, lejos de apaciguar la situación, logran encender aún más a Dau. Vic no quiere desaprovechar la oportunidad y se divierte a su costa, sabiéndose conocedor de una información que el escocés ignora y, de paso, demostrarle que, por muy camarero que sea, es él quien está por encima de los dos.

—Vámonos —imploro de nuevo.

La situación es excesivamente tensa y me siento demasiado incómoda.

—Acaba de dejar de serlo —le responde Dau, captando a la perfección las

intenciones de Vic.

—Déjalo ya —insisto.

—Como ya le he dicho, se trata de un asunto privado —le contesta el ex de Vera para provocarlo aún más. Puedo ver en sus ojos lo mucho que está disfrutando.

—Holaaaaa... ¿Alguien me escucha? —murmuro intentando llamar la atención de alguno de los dos.

—Mira, tío, no quiero ser desagradable. Pero, hayáis tenido lo que hayáis tenido, ahora está conmigo —lo increpa Dau mostrándole su peor cara.

En contraposición, Vic sonríe.

—Por ese lado puede estar tranquilo: es toda suya. Aunque puede que tengamos que vernos más veces antes del martes.

De tener poderes en los ojos, Vic estaría ya muerto tirado en el suelo. Siento tanta rabia que hasta noto cómo las lágrimas me empañan la vista.

—¿Qué pasa el martes? —El escocés tampoco esconde ni pretende disimular la furia que está sintiendo. Tiene el puño cerrado y temo que pueda ir a parar a la cara de Vic.

—¡Basta! —Alzo la voz para impedir dar un espectáculo—. ¡O volvemos con los invitados o me largo a casa! —le exijo a Dau—. Tú decides.

Él, claramente disgustado por mi ultimátum, y sobre todo por no obtener lo que andaba buscando, me coge del brazo y me saca casi a rastras del jardín.

—¿No tienes que quedarte hasta el final de la fiesta?

—Tengo cosas más importantes que hacer —afirma sacando el móvil en cuanto llegamos a la puerta, donde le pide al aparcacoches que le acerque su vehículo. Su compañero debe de estar en alguna otra parte.

—Los negocios son importantes, y ni siquiera te has despedido de...

—Acabo de hacerlo —sentencia guardándose de nuevo el teléfono.

—¿Y adónde vamos?

—A donde podamos hablar.

—¿Eres consciente de que no puedes tratarme como si fuese una mascota? Me has sacado a la fuerza y dices que sólo quieres hablar. Eso podemos hacerlo ahí dentro.

—No todo lo que quiero puedo hacerlo ahí dentro. Y, no, no eres precisamente una mascota para mí.

—¿Qué soy entonces?

—¿Ahora mismo? Un puto misterio —suelta acorralándome contra la fachada del edificio, aprovechando que estamos a solas.

—No puedo decírtelo, Dau —confieso muy a mi pesar. Me derrite cada vez que se me acerca de este modo.

—Sé que lo que hay entre ese tío y tú no es nada relacionado con el sexo. Pero sé que es algo que te preocupa y quiero saberlo.

—¿Y eso lo has deducido por...?

—Dani, ¿cuántas veces tengo que decirte que eres como un libro abierto?

—Y ¿por qué página vas? —pregunto molesta. O no. Ya no sé ni lo que siento.

—Por donde ella le cuenta toda la verdad y él se la folla de forma salvaje —suelta a bocajarro justo antes de retroceder un paso, colocarse a mi lado como si nada, tirarse de la chaqueta y darle las gracias con una sonrisa al aparcacoches cuando éste llega hasta nosotros.

CAPÍTULO 10

No sé por qué pensaba que Dau me llevaría a un hotel, uno de cinco estrellas con *suites* de esas más grandes que mi apartamento. Pero, para mi sorpresa, me lleva a un chalet a las afueras de la ciudad. Uno amurallado con al menos dos hectáreas de terreno alrededor. Estoy a punto de decirle algo en cuanto sobrepasamos el portón de la parcela, aunque decido seguir guardando silencio como he hecho durante todo el trayecto. En ese espacio de tiempo he aprovechado para pensar que tal vez deba confesarle la verdad. Desde que nos conocimos, Dau no ha dejado de demostrarme que está verdaderamente interesado en mí, llegando incluso a estar dispuesto a presentarme en sociedad ante gente que para él es muy importante. Sin embargo, ¿de qué me serviría contarle la verdad? Él debe centrarse en lo suyo los días que esté aquí, y no creo que contarle lo de Vera ayude mucho a ninguna de las dos partes. Los rusos no se andan con remilgos, y puede que incluso acabe poniéndolo en peligro.

—Bienvenida a mi segunda casa —dice al abrirme la puerta del pasajero una vez aparcado el coche en la misma puerta.

—Es preciosa —murmuro asombrada contemplando la fachada.

Es una vivienda de estilo moderno, lo que me sorprende viniendo de él, pues suponía que sería de estilo rústico e incluso medieval, más propio de su tierra.

La decoración en el interior va acorde con el exterior. El salón, con muebles blancos y sofás oscuros, es de concepto abierto, y unos grandes ventanales dan a un porche y un jardín trasero con piscina privada.

—¿La compraste así o te la ha decorado una empresa?

—Las dos cosas.

—Ya decía yo.

—¿Quieres tomar algo antes de que nos traigan la cena?

A este hombre no se le escapa nada.

—Cualquier cosa fresca me vendría bien.

Dau se dirige a la cocina, de donde trae dos latas de Coca-Cola. La otra es para él.

—¿Por qué has dicho eso?

—Es el sueño de cualquier mujer, y tiene demasiados toques femeninos. ¿La compraste tú solo? —me atrevo a preguntar. Al menos sé que no lleva anillo, y presupongo que estamos solos.

—La compré hace cinco años, unos meses antes de que mi pareja muriera.

—Lo siento mucho —me apresuro a responder. Jamás habría imaginado que fuese viudo.

—Gracias. Aunque no tienes por qué sentirlo. No nos llevábamos muy bien.

—¿Murió aquí? —Miro a mi alrededor. No creo en fantasmas, pero nunca se sabe.

Dau curva los labios al verme.

—Falleció en un accidente de coche, así que no tienes de qué preocuparte.

—Y ¿desde entonces no has tenido nada serio?

—Si por serio entiendes tener novia, no, no he tenido nada serio desde entonces.

—Ya veo.

—Mi vida está entre Escocia y España. No tengo un lugar fijo donde quedarme, y mucho menos donde echar raíces.

—Comprendo. Eres un hombre maceta.

—¿Cómo dices?

—Las macetas tienen raíces pequeñas y se pueden transportar. Un árbol es algo más complicado.

—Buen símil.

—Gracias. Se me acaba de ocurrir.

—¿Podemos dejar ya de hablar de mí y centrarnos en ti?

—Yo soy más bien de árbol. De esos grandes, con raíces enormes y...

—¿Quién era ese tío, Dani? —me interrumpe para dejarse de rodeos e ir directo al grano.

Doy un trago a la bebida antes de dejarla sobre la mesa. Necesito tiempo para pensar qué hacer y me giro dándole la espalda. Detrás del ventanal que

tengo ante mí está el porche que da a la parte trasera, donde está la piscina con *jacuzzi*, y hacia allí me dirijo sabiéndome observada por él. Nada más abrir las puertas correderas, tomo aire y lo dejo escapar en un hondo suspiro. El olor a hierba recién cortada y a pinos logra calmarme un poco.

—Un lugar hermoso —murmuro contemplando todo cuanto me rodea. Pese a ser de noche, la iluminación artificial es bastante buena.

—Sí que lo es —responde detrás de mí.

—Siempre que estoy entre naturaleza, me enorgullezco de pertenecer a ella.

—Me alegra ver que alejarte de la ciudad saca tu parte más filosófica. Aunque me temo que no puedo unirme a ti en este momento. Tu mutismo ha despertado mi parte más fiera.

Su voz es tan varonil que me estremezco.

—¿Piensas atarme y fustigarme? —lo desafío picarona, volviéndome hacia él. La sola idea me pone como una moto.

—No me des ideas.

Vuelvo a sonreír.

—¿Vas a contarme ya de qué iba todo eso? —insiste. Su cabezonería le impide entrar en el juego.

—No —me atrevo a responder.

No estoy dispuesta a perder la oportunidad que se me ha brindado. Estoy en una increíble casa con el *highlander* de mis sueños, y llevo demasiado tiempo sin estar con un hombre.

—¿Ese tío te está obligando a algo que no quieras?

—¡No! —espeto alzando un poco la voz por no conseguir mi objetivo.

—Entonces dime qué ocurre.

—Para que luego digan que las marujas somos las mujeres —susurro volviendo al interior.

—¿Te importaría dejar de huir de mí?

—No huyo de ti —me defiendo—, es sólo que...

—Dani —dice agarrándome del brazo y obligándome a mirarlo—, sé que apenas te conozco, pero por una razón que ignoro, me interesa todo de ti. La sola idea de que alguien pudiera estar obligándote a hacer algo que tú no quieras me... —Cierra los ojos y enmudece incapaz de continuar.

—¿Piensas que me obliga a algo? ¿A prostituirme tal vez?

Su respuesta tarda en llegar, y yo me hundo a cada segundo que pasa.

—Sé que no, pero si es así, dímelo. Tal vez pueda ayudarte y...

—Si sabes que no soy puta, ¿por qué lo piensas siquiera? —increpo liberándome de su fuerte mano—. ¿Crees que soy una puta que espera que venga el caballero a salvarla?

—¡No entiendo qué hay de malo en...!

—El mero hecho de pensarlo te convierte en un cretino.

—¿Quieres dejarme hablar de una puta vez? —brama clavándome la mirada. Es tan intensa que sus ojos parecen puñales atravesándome el alma—. ¡Nunca he pensado que fueses prostituta, y mucho menos por tu propia decisión! Por casualidad, y arrastrado por mis amigos, fui a aquel local. Pero en cuanto te vi supe que no eras una de ellas. Por eso me acerqué a ti. Tu cara, tus gestos te delataban. Vi en ti a una mujer dulce. No sumisa, pero sí tierna. Desprendes una bondad que me llegó a lo más hondo. En aquel instante supe que quería hacerte mía, y no me he quitado la puta idea de la cabeza desde entonces. Al principio pensé que se me pasaría en cuanto me marchara de allí y volviera a centrarme en mi trabajo, pero el destino, o como cojones quieras llamarlo, volvió a hacer que me cruzara contigo en aquella sala de maquillaje. Ahí supe que estaba en lo cierto, y más aún cuando te he visto hablando con ese tío. No voy a negar que he querido follarte desde que te vi, pero no sólo deseo tu cuerpo. Quiero tu compañía, conocerte y tenerte a mi lado. Y me importa una mierda si lo entiendes o no, pero no quiero que nadie te haga daño ni te obligue a hacer algo que tú no quieras.

Su última palabra la ahogo abalanzándome sobre él. Lo beso ardiendo en deseo y orgullosa de la declaración que acaba de hacerme. El corazón me late con fuerza. La misma con la que mis labios apresan los suyos. Dau enloquece abrazándome y estrujándome contra su endurecido cuerpo. Su lengua hambrienta busca con ambición la mía, lamiéndola y acariciándola como si le fuese la vida en ello. Me estremezco. Las piernas me tiemblan y él me iza de un rápido gesto. Nuestras agitadas respiraciones acompañan a nuestro beso, intenso y empeñado en no pasar a formar parte de un recuerdo insignificante. Su personalidad arrolladora y su rudeza logran enloquecerme. Hambrientos de un contenido deseo, ambos nos rendimos a lo que hace tiempo llevamos anhelando.

Mientras me tumba sobre el sofá, se detiene un momento a contemplarme.

Pero yo no puedo ni quiero esperar más. Me abalanzo sobre él, lo agarro de la camisa y lo atraigo hacia mí, tomando de nuevo su boca. Abro las piernas y rodeo su cadera con la firme intención de hacerlo mío. Quiero hacérselo saber. Él entiende mi propuesta. Los besos delicados han quedado en el pasado. El presente es ahora salvaje, y el futuro promete ser brutal.

Dau empuja con fuerza su cadera, clavándome su dura entrepierna en mi parte íntima. Jadeo con tan sólo ese contacto. Me apresuro a despojarlo de la camisa. Ardo por verlo desnudo, y literalmente lo hago en cuanto diviso su pecho viril y seductor. Mis manos se recrean acariciándolo. Sus hombros prietos y redondeados me enloquecen. Los brazos musculosos de un hombre siempre han sido mi punto débil. El sonido de un desgarrar curva mis labios en una picarona sonrisa. Adiós a mi vestido rojo de Zara.

—Llevo queriendo hacerte esto desde que te conocí —afirma con voz ronca, una voz obscena y llena de deseo.

—¿Cargarte mi ropa? —pregunto guasona. Y nerviosa, muy muy nerviosa.

Pero Dau no quiere dejar cabida a las palabras. Toda conversación pendiente la relega a cualquier otro momento. Y yo acepto encantada. Este instante es sólo para nosotros, para permitir que nuestros cuerpos se digan lo que tanto tiempo llevan callando. Nuestras ropas caen desparramadas por el suelo del salón. No sé muy bien qué prenda ha quitado quién. Poco importa. Mi mente aún está procesando y dando las gracias al universo por lo que estoy viviendo.

Cuerpo con cuerpo, su lengua lame y dibuja una línea recta desde mi pecho hasta mi entrepierna. Jadeo desde lo más profundo de mi garganta. Mis dedos se entrelazan en su pelo, oscuro como la noche que ya reina fuera, alumbrado tan sólo por el reguero de luz que ilumina nuestra excitante desnudez.

—¿Tomas protección? —pregunta deteniendo lo que quiera que me esté haciendo ahí abajo.

Asiento con la cabeza.

—¿Estás sano? —pregunto a mi vez cuando la sangre logra llegarme al cerebro. Estoy a punto de perder el control.

—Sí. ¿Y tú?

—Yo también, *highlander*.

Nada más pronunciar la palabra, Dau vuelve a apresar mi parte íntima con la lengua. Parece dispuesto a demostrarme que es digno merecedor de dicho

gentilicio. Es rudo y directo, seguro y tosco. Enloquezco. Su densa barba me hace cosquillas, endulzando de forma suave cada movimiento. Mi corazón late orgulloso y feliz por la oportunidad que se me brinda. Solos él y yo; ése es mi mundo ahora, y doy gracias infinitas por ello.

Me arqueo reclamando más y él no tarda en introducirme un dedo. Tal vez dos. Estoy tan excitada que un asombroso orgasmo me alcanza antes incluso de lo esperado. Me convulsiono. Todo mi cuerpo lo hace, en realidad. Respiro de manera entrecortada, invadida por la agradable sensación que recorre cada poro de mi piel. Pero él aún no abandona su posición. Es la primera vez en mi vida que me ocurre tal cosa. Él sigue sediento de mí y no me da por satisfecha. Hasta ahora siempre había pensado que el cuerpo de la mujer necesitaba un tiempo para reponerse. Estaba completamente equivocada. Jadeo aferrándome al cuero que recubre el sofá. Si se puede estallar de placer, yo estoy a punto de hacerlo. Una vez más, Dau me demuestra que sabe leer mi rostro. Sabe que estoy al borde del más auténtico clímax al que jamás haya llegado. Y sé que disfruta con ello. El placer que siento es inmenso. Grito y chillo cuando lo consigo. Gotas de lujuria cubren mi blanca piel, como blanco es el techo al que miro exhausta y fuera de mí.

—Bésame. Aún no he acabado contigo —susurra con voz grave.

Obedezco su orden preguntándome si he hecho bien en provocarlo. Aún estoy intentando reponerme y amenaza con continuar martirizándome con esta lujuriosa tortura. Su boca guarda el sabor de la pasión, de la lascivia..., mi sabor.

—Ven aquí. Ahora me toca a mí —masculla tomándome por la cintura para colocarme de rodillas en el sofá, de espaldas a él.

Apoyada con los antebrazos en el respaldo, me separa las nalgas y, sin mediar palabra, me penetra de un fuerte empujón. Ambos jadeamos.

—Bésame —vuelve a ordenar, tomando mi barbilla y obligándome a girar el cuello hacia él.

Es tan autoritario que me hace perder la razón. Su miembro invade mi interior como un tornado arrasa una ciudad: salvaje y determinante. Sus manos juegan con mi cintura, mis pechos y todo cuanto está a su alcance para agarrarse y penetrarme con más fiereza. «Brutal» es la palabra que mejor define lo que estoy sintiendo. Ardo de placer. Un placer obsceno que nos invade a ambos y que sólo abandonamos cuando nuestras fuerzas agotan hasta el último suspiro,

tras alcanzar un impúdico y lujurioso orgasmo.

CAPÍTULO 11

Cuando amanece, y tras quedarnos dormidos a altas horas de la noche después de varios encuentros en su cama, el sonido de su móvil desde el salón logra despertarnos.

—Ahora vuelvo —dice levantándose de un salto.

Yo me incorporo para aprovechar el momentazo y deleitarme contemplándolo una vez más desnudo. Su redondo y depilado trasero es el encargado de darme los buenos días. Me relamo al verlo. Tal vez Claudia tenga razón y me esté volviendo un pendón verbenero a estas alturas de la vida.

Él ya no está cuando oigo el rugir de mis tripas. Con tanto ajetreo, apenas probé bocado en la cena de anoche. Fue comida china, de la que no soy muy devota. Me levanto y dudo si ir como mi madre me trajo al mundo o cubrirme con la sábana como hacen en las películas. Me decanto por la segunda opción. Aunque la casa es grande, llego sin problemas a la zona de estar, donde oigo a Dau hablar por teléfono. Camino descalza con sonrisa y mirada picaronas.

—Ahora no puedo hablar, estoy reunido. No, en el ayuntamiento. Iré a buscarte a mediodía. Ah, y ponte guapa, que pienso llevarte a tu sitio favorito.

Sus palabras me detienen en seco a unos metros de distancia. Está de espaldas y no sabe que lo escucho.

—Yo también te echo de menos —susurra mientras se pasa la mano por la cabeza—. Estoy deseando verte. Yo también te quiero. Adiós.

Con un intenso dolor en el estómago y el corazón latiéndome con una fuerza arrolladora, regreso al cuarto de puntillas rota y dolida como nunca. Siento cómo las lágrimas caen solas por mi rostro y me encierro en el baño del dormitorio para intentar reponerme. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¿Cómo he podido creer que entre él y yo había algo más que sexo? De nuevo, ser una romántica

empedernida me ha hecho crear castillos en el aire, pensar que podría importarle a un hombre como él, que, para ser sincera, podría tener a la mujer que quisiera con tan sólo chasquear los dedos. Abro el grifo del lavabo para que el sonido del agua mitigue mi desconsolado llanto. Estar molesta con una misma es mucho más duro que estarlo con otra persona. Y así es como me siento yo. Enfadada y disgustada por haber sido tan idiota de dejarme embaucar y creerme cada una de sus palabras.

Dau llama a la puerta preguntando si estoy bien. Con esfuerzo, le respondo que salgo enseguida, el mismo que uso para mirarme en el espejo y alentarme de que debo hacer lo correcto por una vez en la vida.

Tras lavarme la cara y reponerme todo lo que puedo, quito el pestillo y salgo a su encuentro. Tengo la firme intención de obtener respuestas, y sé cómo hacerlo. Dau ya lleva puesto un pantalón de punto cuando lo veo preparando el desayuno en la cocina. Mi ropa está tirada sobre el suelo del parquet del salón, que no tardo en recoger y ponerme. El vestido no logro abrochármelo, lo rompí anoche en nuestro primer encuentro.

—Espera. Te traeré algo —afirma marchándose hacia el cuarto, de donde me trae una camiseta suya, varias tallas más grande que las que llenan mi armario y de publicidad con el logo de Destilerías Daugherty. Al menos podría haberse estirado y prestarme algo de marca.

—Gracias —digo al cogerla, simulando que no he oído la conversación y que no ocurre nada entre nosotros.

Me la pongo por encima del destrozado vestido. Es tan grande que casi lo cubre por completo.

—El desayuno está listo —me informa tras un corto beso, invitándome a tomar asiento a la mesa de la cocina y adelantándose para ir poniendo sobre el tablero todo lo que ha preparado. No ha escatimado: café, tostadas, fruta, cereales, leche y zumo de naranja.

Los primeros minutos me es fácil disimular el silencio con lo que me voy tomando. El estómago lo tengo cerrado, pero me obligo a comer lo suficiente para encontrar las fuerzas que necesito.

—¿Quién te ha llamado? —me atrevo a preguntarle tras un par de frases banales que él me dirige.

—Era del trabajo —responde agachando la mirada.

Respiro hondo. Esto no me está resultando nada fácil.

—¿Algo importante?

—Lo cierto es que sí.

El corazón me late con tanta fuerza que temo que pueda oírlo.

—¿Qué planes tienes para hoy? ¿Te apetece que quedemos a comer?

—Me encantaría, pero me va a ser imposible. He quedado.

—Con alguien del trabajo, supongo.

—Sí —contesta apartando la mirada de nuevo.

—Está bien.

—Te llamaré cuando termine. ¿Te parece?

Noto cómo las manos me sudan y mi cuerpo arde de rabia. Mi único deseo es partírle la cara y gritarle lo dolida que me siento con él. Pero no es el único al que debería darle su merecido: es conmigo misma con quien estoy más enfadada.

El desayuno pone el broche final a nuestra cita. Al menos, para él, pues para mí lo ha sido esa maldita llamada, que me ha abierto los ojos. Como una actriz digna de un premio Goya, me invento una excusa y le pido que me lleve a recoger mi coche. Me ha pedido que me quede con él el resto de la mañana, pero mi insistencia ha logrado convencerlo. De camino al aparcamiento de mi trabajo, donde ayer lo dejé, caigo en la cuenta de que ni siquiera sabe dónde vivo. ¡Y ni falta que hace!

—Por cierto —dice de pronto, sacándose del bolsillo de la chaqueta un sobre, que me ofrece—, espero que esto pueda compensar lo que le hice anoche a tu vestido.

Desconcertada, abro el sobre y veo que en su interior hay al menos mil euros en billetes de cien. Si hace unas horas me acorralaba defendiéndose de no haberme tratado como a una puta, ahora acaba de hacerlo. Sin fuerzas para responderle, me limito a mirar hacia la ventanilla para ocultarle las lágrimas que comienzan a caer solas por mi rostro. El dolor que siento es tan grande que ni siquiera sollozo. Tan sólo las dejo resbalar y humedecerme la cara.

—Dime —responde Dau al teléfono. Ni me he dado cuenta de que le había sonado el móvil—. ¡¡¡¿Qué?!!! —grita fuera de sí. Con rapidez, me limpio y me giro para saber qué ocurre—. ¿Cuándo ha sido? —pregunta extremadamente nervioso—. ¿Dónde estás?... Voy para allá —afirma antes de colgar.

—¿Qué ha pasado?

Está tan asustado que no sé muy bien qué hacer ni qué decir. Está completamente pálido y a punto del infarto.

—Dani, tengo que irme. Es una emergencia. ¿Te importa que te deje en el siguiente cruce y coges un taxi?

—¿Que si me importa?! ¡Claro que me importa! —«¡Esto es el colmo!»—. ¿Qué ha pasado, Dau?

—No tengo tiempo para discutir.

—¿No tienes tiempo para discutir? ¡Qué bonito! —chillo cada vez más alucinada—. ¡No voy a permitirte que me dejes tirada!

Puede que haya sido una idiota, pero no pienso ser humillada de esta forma.

—¡No te dejo tirada, joder! Tengo que ir a la playa cuanto antes.

—Pues llévame contigo

Definitivamente, estoy chiflada.

—Dani, por favor...

—¿Para qué me pides el favor, Dau? ¿Para que te deje seguir mintiéndome o tratándome como a un perro?

—¡No te he mentado! —brama pasándose la mano por la cabeza. De nuevo ese gesto.

—¿Ah, no? ¿Crees que no sé que has quedado con una mujer a mediodía? Te he oído esta mañana. Y ¿sabes lo peor de todo qué es? Que si me hubieses dicho la verdad, me habría acostado contigo de todas formas.

—No sé lo que habrás oído, pero no estoy con otra, si es lo que quieres saber.

—¡No necesito saber más! ¡Tan sólo te pido que no me dejes tirada, que me lleves a mi coche y que dejes de tratarme como a una idiota o, peor, como a una puta!

—¡¡¡No te he tratado jamás como a una puta!!!

—¡¿Ah, no?! ¿Y qué me dices del dinero?

—¡Era lo mínimo que podía hacer para compensarte por habértelo roto! ¡No sé tu talla, maldita sea!

—¡Haberla preguntado! ¡Haberme llevado a una tienda y yo me habría comprado alguno! ¡Ah, claro! ¡No puede ser porque tu plan es dejarme tirada en un maldito cruce para irte a la playa!

—¡¡¡Es mi hija!!! —grita con los ojos anegados y rojos, deteniendo el coche

a un lado de la carretera—. ¡¡¡Ha sido ella quien me ha llamado esta mañana, y me acaban de decir que se ha perdido!!!

CAPÍTULO 12

¿Su hija? Dejo caer los hombros a causa de la impresión. Dau está roto y yo no he hecho otra cosa más que machacarlo. Nunca, ni en mil años que hubiese vivido, habría imaginado que la persona con la que ha hablado esta mañana fuese ella, y no una mujer como había sospechado.

—Lo siento. Lo siento mucho. Creí que me habías mentido y que...

—Te mentí cuando te dije que era por trabajo. Muy poca gente sabe que soy padre.

Verlo tan destrozado me rompe el corazón.

—Vamos a encontrarla —afirmo cogiéndole la cara entre las manos—. Te aseguro que, aunque sea un libro abierto, este libro ha vivido muchas historias, aún tiene muchas cosas que decir y no se amilana fácilmente. Así que, ¡arranca!

Él me mira desconcertado antes de reaccionar y apresar mis labios con urgencia. Su beso es su forma de darme las gracias. Lo acepto orgullosa, aunque pronto lo apremio para retomar la marcha y dirigirnos a la playa.

Por el camino me cuenta que la niña se llama Itziar y que su madre murió cuando ella tan sólo tenía un año. Se conocieron muy jóvenes y, por caprichos del destino, ella se quedó embarazada cuando la relación entre ambos ya no era buena. Los padres de ella, valencianos como la niña, quisieron que se casaran, pero Dau se negó; no quiso prometer unos votos que sabía que no iba a cumplir. De la niña, en cambio, se hizo responsable desde el principio, consiguiendo la custodia compartida. Fue entonces cuando decidió comprarse aquí la casa y, con el tiempo y una vez que todo estuviese listo, abrir la segunda destilería.

—Y ¿cómo es que la niña no ha ido al colegio hoy? —pregunto cuando apenas faltan un par de minutos para llegar a la zona que le ha indicado la abuela de la cría.

—Su clase tiene una excursión a la que ella no ha querido ir.

Supongo que ahora debe de lamentarse porque no haya ido con ellos.

—¿Te ha dicho qué ropa lleva?

—Y ¿eso qué más da?

—Oye, chato, si tengo que buscar a una niña que no conozco ni sé cómo es físicamente, al menos necesito saber qué lleva puesto.

Dau me mira con verdadero agradecimiento. Está comprobando por sí mismo que confesarme la verdad era lo mejor que podía hacer. Ambos lo sabemos. Cuando llegamos a la playa y bajamos del coche, ya sabemos cómo va vestida la niña.

El encuentro con la abuela es bastante apresurado. No hay tiempo para presentaciones. En apenas unos segundos, ella lo pone al corriente de que, en un rápido despiste y tras parar a saludar a una vieja amiga, ha perdido de vista a Itziar. No tiene la menor idea de dónde puede estar. Lleva más de diez minutos buscándola, ha preguntado a multitud de gente con la que se ha cruzado si la han visto, pero nadie sabe nada. Con un nudo en la garganta, observo la escena y lo preocupados que están. Sobre todo, Dau, que apenas puede respirar del susto y el temor que siente.

Pronto acordamos dividirnos y reencontrarnos en el mismo punto donde nos encontramos. La playa está bastante concurrida, pese a que aún no estamos oficialmente en verano. En mi mente me repito una y otra vez que Itziar tiene cinco años, es de pelo castaño, con un flequillo cubriéndole la frente, y lleva un vestido beige con florecitas bordadas en color plata. Camino en dirección contraria a la que ellos han seguido sin dejar de mirar a todos lados. Sombrillas, hamacas, gente en el agua, pero pocos niños, algo normal en horario escolar. La extensión de arena es muy grande en esta zona y, debido a la cantidad de gente que hay, no logro verla. A cada paso que doy, me pongo más nerviosa. No quiero ni pensar cómo debe de sentirse Dau; de ser mi hija, me entraría un ataque de pánico. El sol pega con demasiada fuerza y me cubro la cara con la mano en forma de visera. Entorno los ojos y de pronto creo verla. Parpadeo un par de veces para aclararme la vista; tal vez el deseo por encontrarla me esté jugando una mala pasada. Vuelvo a centrarme en ella. Es una niña preciosa con una carita dulce. Está sola, con la cabeza agachada y la mano en la boca. Acelero el paso para llegar cuanto antes hasta ella, cuando caigo en la cuenta de que no me

conoce y que, tal vez, pueda asustarse si me ve llegar de forma apresurada. Me detengo, tomo una buena bocanada de aire para intentar calmarme y, de paso, pensar unos segundos cómo hacerlo. Abro el bolso para sacar el móvil y llamar a Dau, pero recuerdo que no tengo su número. ¡Mierda! La única opción que tengo es hablar con ella y convencerla de que venga conmigo. Camino a paso lento hasta situarme a escasos metros de ella. Lo hago hasta detenerme junto a una palmera que hay contigua a la que ella está apoyada.

—¡Hola! —la saludo. Ella me mira, pero no dice nada. No habla con desconocidos. Buena chica—. Me llamo Daniela, aunque un amigo mío escocés que se llama Charles Daugherty me llama Dani. Yo le he dicho varias veces que no me llame así, pero él...

—¿Conoces a mi papá? —Su voz suena dulce.

—Sí, cariño —digo acercándome muy lentamente a ella. Está tan asustada que no deja de chuparse el dedo pulgar—. Estaba con él cuando tu abuela lo ha llamado. Te están buscando. Bueno, yo también.

—¿Dónde están?

—Hemos quedado allí —digo señalando el punto de partida—. Sé que no me conoces, y supongo que te habrán enseñado a no fiarte de desconocidos, pero me he ofrecido a ayudarlos. ¿Te parece bien que vayamos, Itziar?

—Y ¿cómo sé que es verdad?

Mi mente es un torbellino de ideas. No sé cuál de las dos está más nerviosa.

—Mira —digo cuando creo tener la idónea—, ¿conoces esta camiseta? —Le muestro el logo que llevo sobre el pecho izquierdo. Ahora agradezco que me haya prestado una con publicidad.

—Es de mi papá.

—Exacto. ¿Qué me dices, Itziar? ¿Me permites acompañarte hasta donde están tu papá y tu abuela?

La niña me mira dubitativa, debatiéndose entre si debe o no fiarse de mí.

—Hagamos una cosa —le propongo agotando un último cartucho—, iremos por la orilla de la playa. Hay mucha gente y podrán vernos mientras regresamos. No tienes que darme la mano si no quieres. Con ir juntas es suficiente. Así verás que digo la verdad. ¿Qué me dices? ¿Aceptas?

—Vale —susurra un poco más convencida.

Suspiro aliviada antes de encaminarme despacio hacia la orilla. Ella me sigue

un paso atrás, aún sin sacarse el dedo de la boca. La imagen me entenece. Tal vez no me haya ganado del todo su confianza, pero al menos he conseguido que haya aceptado venir conmigo.

Poco a poco logra relajarse y ponerse a mi altura. Con los zapatos y el bolso en una mano, paseamos sin decir nada. Lo hago en el lado más pegado al mar, dejando que las olas mojen mis pies. Ella, en cambio, esquivo el agua porque no va descalza.

—Me encanta mojarme los pies en la playa. ¿A ti no?

—Mi abuela no me deja. —Tiene la vista puesta en los míos. Imagino cuánto debe de desearlo.

—¡Anda! Y ¿por qué no?

—Dice que me puedo resfriar.

—Bueno, tal vez tenga razón. Pero supongo que lo dirá para los días que haga frío.

—Yo no tengo frío.

—Yo tampoco. Si quieres, puedo ponerme los zapatos para ir como tú, aunque creo que me hundiría —digo enseñándole los tacones.

—¡Qué grandes! —suelta asombrada.

Sonrío al ver su cara.

—Sí que lo son. Pero ¿sabes qué? Me gustan así —digo en tono cómplice, sobre todo al comprobar que ya no se chupa el dedo—. ¿Te gustaría jugar con ellos? No digo ahora, porque entonces te hundirías en la arena —añado haciendo una mueca.

—Vale —responde tímida, aunque feliz.

Sonrío orgullosa.

—¿De qué conoces a mi papá?

—Somos amigos.

—No sabía que tenía amigas.

—¿No has conocido a ninguna?

—No. Él sólo habla de sus amigos y del trabajo. Y de su casa en Escocia.

—¿Has ido alguna vez?

—Sí, muchas. A ver a mis abuelos y a jugar con mis amigos.

—Eso suena genial.

—¿Conoces también a mis abuelos?

—He conocido a tu abuela, aunque ha sido muy rápido porque nos hemos puesto a buscarte. Ella y tu padre están muy asustados.

—Yo también.

—Ya no tienes nada que temer. Verás qué alegría van a llevarse cuando te vean.

—¿No están enfadados?

—¡Por supuesto que no! —aseguro deteniéndome y poniéndome en cuclillas frente a ella.

—Pero me tienen dicho que no me aleje y me he ido detrás de una pelota. Me van a castigar.

—¡De eso nada! No pienso dejarles que hagan eso o me enfadaré yo con ellos.

—¿Tú también eres mi amiga?

—Sólo si tú quieres.

—Sí quiero.

—Entonces, asunto arreglado. A partir de ahora seremos amigas —afirmo incorporándome y reanudando la marcha.

Lo hago sonriendo y feliz, hasta que noto cómo me coge de la mano. Su gesto me resulta tan tierno que me encoge el corazón. Tengo que hacer un esfuerzo enorme por no ponerme a llorar como una magdalena. Su dulzura, su saber estar y lo preciosa que es han logrado conquistarme como nunca me había ocurrido con ningún niño. En apenas unos minutos... me he enamorado de ella.

—¿Tienes más zapatos como éstos? —pregunta mucho más animada.

Yo, en cambio, estoy hecha un flan.

—Uf, claro que sí —suelto al recordar mi enorme vestidor lleno de zapatos. Son mi pasión—. Si me guardas el secreto, te digo cuántos tengo.

—Vale.

—Tengo más de cuarenta pares.

—¿Eso son muchos?

Río al oírla. A ver cómo le explico que para mí no son suficientes.

—Sí, son muchos. Y puedes venir a mi casa a verlos cuando quieras.

—¿Podemos ir hoy?

«¡Ay, Dios, en qué berenjenal me estoy metiendo!»

—Tendremos que preguntárselo a tu padre antes, ¿no crees?

—Vale. Se lo preguntas tú.

Me da que la enana sabe más de lo que yo creía.

—Puede que hoy tu padre tenga otros planes.

—Va a llevarme al McDonald's. Es mi sitio favorito. Me lleva aunque la abuela lo riña.

—¿Lo riñe por llevarte?

—Antes sí, pero ahora vamos a escondidas. Es nuestro secreto.

¡Con esta capacidad que tiene la pobre para desvelar cosas, voy apañada!

La abuela de Itziar y Dau están en el lugar donde habíamos quedado. No dejan de mirar a todos lados claramente intranquilos y desesperados. Su gesto cambia en cuanto ella nos señala y él se gira para vernos. Dejando atrás a la mujer, Dau corre hacia nosotras. No tarda en alcanzarnos. Hincando las rodillas en la arena, se lanza hacia Itziar, abrazándola y colmándola de besos mientras repite su nombre una y otra vez.

—¿Estás bien, cariño? ¿Estás bien? —pregunta desesperado mirándola de arriba abajo, comprobando que no le falte nada ni tenga lesión alguna.

—¿Me perdonas? —le pregunta ella en un susurro. Apenas le sale la voz.

—¿Cómo puedes decir eso, hija mía? Claro que te perdono —responde volviendo a estrecharla entre sus brazos—. Sólo estoy asustado.

—Me ha encontrado Dani —confiesa ella mirándome.

Dau se incorpora sin dejar de acariciar a su hija en el hombro. Sus ojos pronto se encuentran con los míos. Están húmedos de la emoción, pero esta vez no quiero esconderme ni disimular lo que estoy sintiendo.

—Gracias —dice con voz ronca.

—¡Dios mío, Itziar, qué susto nos has dado! —interviene la abuela, interponiéndose entre él y la niña.

Su intromisión me ha impedido decirle a Dau que no tiene nada que agradecerme, que para mí ha sido un verdadero placer. La escena del reencuentro familiar me obliga a retroceder un par de pasos. No quiero entrometerme en algo tan personal. Durante un buen rato escucho cómo la abuela le dice a la niña lo mal que lo han pasado en su ausencia y le pide que no vuelva a darles un susto así. Ellas continúan su particular charla cuando vuelvo a encontrarme con los ojos del *highlander*. No he sido consciente hasta este instante de que tal vez lleve todo el rato observándome. Me sonrojo al pensarlo.

Acabada la charla, Itziar es la encargada de presentarme a su abuela. Es una mujer muy amable, cuya recompensa no se hace esperar en forma de invitación a comer. Por supuesto, rechazo su ofrecimiento, más que justificada por la pinta que llevo. La abuela, que a estas alturas ya debe de saber que el *look* de primavera no es precisamente vestir una camiseta de hombre sobre un vestido de noche, sonrío con complicidad y se despide de todos nosotros al llegar al aparcamiento donde aguardan los coches.

—¿Vienes con nosotros al McDonald's? —pregunta Itziar en cuanto cierro la puerta del pasajero. Ella va sentada sobre un alzador y bien sujeta en la parte trasera.

—No, cielo —respondo mirando a Dau.

—Ya no está la abuela, puedes venir con nosotros.

Su padre y yo sonreímos.

—Tengo cosas que hacer.

Mi frase debe de haberle molestado más de lo que esperaba, porque no tarda en intervenir:

—¿Qué tienes tan importante como para rechazar una invitación?

—He quedado con Claudia —digo tajante al no estar dispuesta a soportar chantaje emocional.

—¿Es otra amiga tuya? —pregunta la pequeña.

—Sí —contesto volviéndome hacia ella—. Ella y Vera son mis mejores amigas.

—¿Puedo conocerlas?

Siento cómo Dau me observa a la espera de lo que diga. Imposible ser sincera con la respuesta.

—Claro que sí. Un día podemos quedar y te las presento.

—Papá, ¿sabes que Dani tiene muchos zapatos grandes?

Sonrío mostrándole los tacones que aún llevo en la mano.

—Me imagino que sí, Itziar.

—Un día me los va a enseñar.

—¿Ah, sí? —pregunta mirándome a mí.

—Sí. Papá, Dani es mi amiga.

—Me alegro mucho, hija.

—Yo más —dice recostándose en el respaldo, verdaderamente cansada por

todo lo ocurrido.

Al cabo de un buen rato llegamos al parking de la cadena de televisión donde ayer dejé mi coche. Itziar duerme en el asiento trasero cuando me apeo del vehículo. Dau también baja, y ambos procuramos no dar ningún portazo para no despertarla. Sin mirarlo, saco la llave del bolso para poder marcharme cuanto antes, pero él no me lo permite. En apenas dos zancadas, llega hasta mí y me besa como nunca nadie me había besado. Es un beso cargado de una declaración de intenciones, de sentimientos apasionados y de pleno agradecimiento. Sumergida entre sus fuertes brazos, que me aferran a él como una tabla de salvación, me dejo arrastrar y llevar respondiendo a ese beso con la misma intensidad que lo haría una persona enamorada, tal y como yo lo estoy de él sin que nada ni nadie haya podido evitarlo.

CAPÍTULO 13

La Princess trastea en la cocina cuando llego a mi apartamento.

—¡Hombre, doña Telarañas se digna a dar señales de vida! Debe de haber sido apoteósico, porque menudas horas —suelta mirándose el reloj nada más verme.

El olor de lo que quiera que esté cocinando me recuerda el hambre que tengo.

—Pareces mi madre —me quejo soltando el bolso sobre la encimera y quitándome los tacones.

—¡Uy, por lo que veo, no soy la única que no tiene el cuerpo para farolillos!

—¿Qué quieres decir?

—Luego te lo cuento. ¿Qué ha pasado? No me gusta tu cara. Ni tu camiseta, por cierto.

—Me la ha dejado él.

—¿Y tu vestido?

Al estar ya en casa, me permito el lujo de quitármelo. La camiseta de Dau me la dejo puesta; todavía huele a él.

—En el mismo sitio que mi orgullo —digo tirando el vestido al cubo que hay bajo el fregadero—: En la basura.

—Uy, ¿qué ha pasado?

—Mejor pregúntame qué no va a pasar y acabamos antes.

—Sweet, que nos conocemos.

—¿Ves? Por eso mismo no debería haberte hecho caso. Sabía lo que iba a pasar, ¡lo sabía! Y, claro, como era de esperar, ha pasado.

—¿Te importaría dejar el misterio para otro momento y decirme ya qué coño pasa?

—Que me he *enamorado*, Princess, eso es lo que pasa —digo echándome las manos a la cabeza—. Que Dau es perfecto, es el hombre de mis sueños y mi príncipe azul.

—La única fórmula que hay para que un príncipe se vuelva azul es asfixiarlo —se mofa.

—¿Quieres centrarte, tía? Esto es serio.

Estoy tan destrozada que acabo dejándome caer sobre una de las sillas de la cocina.

—Sweet —Claudia se sienta frente a mí—, no te molestes por lo que voy a decirte, pero...

—Ya lo sé, Princess. La culpa es mía por construir castillos en el aire. Ya sabes que soy una romántica empedernida.

—Me alegra que al menos seas consciente y lo veas por ti misma.

—Pero es imposible no hacerlo. No sabes cómo es, tía. Es el hombre perfecto. Guapo, elegante, educado, *empotrador*, detallista... Y, por si no fuera suficiente, voy y me enamoro de su hija.

—¿Está casado?! —pregunta fuera de sí.

No tardo en sacarla de su error y en contarle todo lo que me ha ocurrido. Lo hago con pelos y señales, narrándole cada detalle y cómo he llegado hasta la situación en la que me encuentro. También incluso le cuento mi encuentro con Vic.

—Hablando de todo un poco..., mi madre me llamó anoche.

—Y ¿por qué no me avisaste?

—Lo que dijo no era motivo para estropear la cita.

—¿Le contaste lo de Conxa?

—Sí.

—Y ¿qué dijo?

—Nada.

—¿Nada?

Claudia me narra la llamada y me explica que la Mère enmudeció cuando le dijo quién era el contacto. Igualmente, me traslada su orden explícita de no volver a pisar La Mansión. Al principio me tomo a mal lo que me cuenta, pero ella pronto me aclara el motivo. Al parecer, Marlo ha oído que las chicas sospechan de nosotras y no quiere que nos exponamos aún más al peligro.

—Y ¿qué vamos a hacer entonces? ¿Esperar a que la maten? ¡No me lo puedo creer! ¡Desde luego, hay días que es mejor no despertarse! —me lamento hundiendo la cabeza entre los brazos sobre la mesa.

—Sweet...

—Con lo a gusto que se está en la cama, entre las sábanas —continúo.

—Sweet, tiene razón. Es mejor que no vayamos.

—¿Tú poniéndote de parte de tu madre? —pregunto asombrada, finalizando así mi momento avestruz.

—Esta vez, sí. Algo me dice que debemos confiar en ella. Además, tengo su teléfono, ella misma me lo ha dado.

—¿Un acercamiento?

—Puede.

—No sabes lo que me alegra oír eso —digo acariciándole la mano—. ¿Crees que lo conseguiremos? —Necesito ver la respuesta en sus ojos.

—Con su ayuda, estoy segura de que sí. Pudimos hacerlo una vez, y podremos lograrlo una vez más.

—Qué orgullosa me hace sentir tu seguridad.

—Yo de ti no apostararía.

—¿En qué quedamos?

—Tú misma has dicho que supiste capear el temporal y que no le contaste nada a Dau de la misión.

—Mis telarañas me salvaron de tener que contarle la verdad.

Claudia hace un mohín.

—Yo no he sido tan fuerte como tú.

—Habló la más fuerte del grupo. ¡Venga, hasta luego...!

—Lo digo en serio. No siempre he tenido la...

El timbre de la portería suena y ambas enmudecemos. Nos miramos preguntándonos quién podrá ser. Ella niega con la cabeza y yo levanto los hombros asegurándole que no tengo ni la menor idea. No espero a nadie, y menos a estas horas, que son casi las dos del mediodía. La cámara del telefonillo no capta a nadie.

—¿Quién es? —pregunto al descolgarlo.

Nadie contesta. Lo más seguro es que se trate de alguien que se ha equivocado o de algún gamberro con ganas de molestar. Cuelgo y me vuelvo

hacia la cocina cuando el timbre vuelve a sonar. Dispuesta a decirle cuatro cosas bien dichas al niño aburrido que no tiene mejores cosas que hacer, me paro en seco al ver de quién se trata. El corazón me late desbocado y no logro reaccionar hasta que la sangre me vuelve al cerebro. A toda prisa, regreso a la cocina en busca de Claudia.

—¡Es Logan! —digo con la lengua fuera, más a causa del impacto que por la carrera.

—¿Qué?!

Afirmo con la cabeza.

—¿Estás segura de que es él?

—¡Princess, no me jodas! —Tomo aire para poder defenderme—. A mí tampoco me gusta que me hagan esa pregunta, ¿vale? Además, te recuerdo que, a diferencia de alguien a quien no quiero mirar, yo sí me acuerdo de a quién me tiro.

—Eso pasó en otra época y forma parte del pasado.

—También es verdad.

—Y ¿cómo sabe dónde vives?

—¡Y yo qué coño sé! —me defiendo. Hasta donde alcanza mi memoria, no le di ningún dato. Me lo cepillé, cogí las pruebas y me largué.

El timbre vuelve a sonar, esta vez, con más insistencia. Logan empieza a impacientarse, y en mi mente me pregunto por qué Escocia se ha empeñado en declararme la guerra esta mañana.

—Déjame hablar con él —propone dirigiéndose hacia el recibidor.

Asiento de nuevo; su conocimiento del inglés es infinitamente mayor que el mío.

Camino tras ella pensando que lo que menos necesito en este momento es la visita de alguien que dejé atrás en el pasado. Desconozco cómo habrá conseguido dar conmigo, pero si le ha resultado tan fácil pese a no saber nada de mí desde aquella noche en Haddington, me pregunto qué no será capaz de lograr la mafia rusa que retiene a Vera.

Claudia descuelga el teléfono y comienza a hablar con él. Estoy tras ella y no logro ver su cara, aunque, a juzgar por su tono, sé que no le está diciendo nada agradable.

—¿Qué demonios haces? —pregunto cuando veo que le ha abierto la puerta

para que suba.

—No es Logan —se queja—. Es Arthur.

—¿Arthur? —Hoy no gano para sustos—. ¿Tu Arthur? ¿El Arthur de Houston?

—¡Que sí, coño! ¿Qué otro Arthur va a ser?

—Y ¿qué hace aquí?

—Era lo que estaba tratando de contarte antes de que llegase. Ayer, cuando te fuiste, lo llamé y no pude localizarlo; no contestaba ni daba señales de vida. Me preocupé muchísimo y hablé con Isabel. Ella no quiso decírmelo, pero la conozco lo suficiente como para saber cuándo me oculta algo. Sin llegar a contármelo directamente, deduje que Arthur estaba sumamente molesto y que venía hacia aquí. Ha sido por mi culpa. A diferencia de ti, en esta ocasión la fuerte has sido tú. Al principio de llegar aquí intenté disimular contándole lo que hacíamos sin dar muchos detalles y procurando no mentirle. Pero él me conoce como nadie; me hizo un tercer grado y, finalmente..., no tuve más remedio que contárselo todo.

—¿Se lo has contado todo, *todo*? —Ambas sabemos lo que significa esa última palabra por el tono con el que la pronuncio.

—Todo.

—¡Ay, Dios! ¡A ver cómo lo convences de que no has ejercido de puta mientras trabajabas en un puticlub!

—¡Así no ayudas, Sweet!

—Tienes razón, lo siento.

—Aunque, bueno, un poco golfas sí que somos —suelta de pronto para hacernos reír a ambas. Claudia y su particular forma de sacarnos del atolladero.

—Tranquila, puedes contar conmigo, yo te apoyaré.

El timbre de la puerta suena y mi amiga se apresura a abrirle. La mandíbula casi me golpea el suelo al verlo. En directo es aún más guapo, e idénticamente idéntico a Logan. He pasado de no ver a ningún tío guapo a no dar abasto últimamente.

La Princess le da un rápido beso y lo invita a pasar. Trae poco equipaje, tan sólo una maleta pequeña de tamaño cabina que deja a un lado del salón. Tras la obligada y pertinente presentación, me excuso con ellos para dejarlos a solas.

—¡Alto ahí, hermana! Tú no vas a ninguna parte.

—Tengo que darme una ducha y vestirme de forma decente —digo mirándome.

—Ya lo harás luego. Te necesito como testigo.

Cuando voy a contestar, Arthur ya está interrogando a Claudia. Ambos comienzan a discutir en un inglés tan cerrado que no logro entender qué dicen. «Idiota» y «estúpido» son algunas de las palabras sueltas que logro pillar. El ambiente se caldea a cada segundo que pasa. Yo intento disimular mientras tonto con el móvil en la mano y echo un vistazo a la comida que hay puesta en el fuego. Ya no sé qué hacer ni hacia dónde mirar.

—¿A que sí, Sweet? —me pregunta la Princess de pronto.

—Sí, sí —respondo simulando entender todo lo que hablan. No he pillado ni jota, pero si ella lo dice, así será.

La operación se repite un par de veces más, hasta que Arthur pone fin a la discusión abalanzándose sobre ella para besarla como si no hubiese un mañana. Lo hace con tal pasión y la escena es tan romántica y bonita que me parece estar viendo una película de esas que tanto me gustan y que no me canso nunca de ver. Eso sí, ésta no tiene subtítulos. Aunque tampoco es que hagan mucha falta; esta parte me la conozco y no necesita traducción.

Cuando ya me parece estar viendo el famoso *The End* delante de ellos, logro escabullirme sin que ninguno de los dos se percate. Por fin llego a mi cuarto, donde, sin demora ni preludios, me encierro en el baño para olvidarme de todo y zambullirme en la bañera. No obstante, mi relax dura menos de lo esperado. Un mensaje en el móvil logra ponerme nuevamente de los nervios. Es Dau. Quiere hablar conmigo y me invita a cenar a solas. Sin pensarlo dos veces, acepto la invitación y le mando ubicación.

CAPÍTULO 14

Arthur resulta ser todo lo contrario de Logan y exactamente igual que como la Princess nos lo había descrito. Es un hombre rústico, pero con una clase y un saber estar exquisitos, que se desvive de forma ciega por ella. El modo en que la mira logra estremecerme. Ambos desprenden un amor que impregna las cuatro paredes de mi salón, lugar en el que charlamos durante toda la tarde, hasta que llega la noche, momento en el que tiene lugar mi cita.

Dau aguarda junto a su coche cuando me despido de la parejita y bajo a su encuentro. Está increíblemente guapo. Lleva un pantalón y una camisa entallada, ambos de color negro. Sus enormes brazos, esos que tanto me enloquecen, asoman descarados en donde la bocamanga desaparece enrollada bajo el codo.

—Estás preciosa —anuncia cuando llego a su altura.

Espero que, esta vez, el vestido blanco que llevo no acabe en el mismo lugar que el rojo.

—Gracias. Lo mismo digo —respondo complaciente.

—Mis compromisos duermen ya plácidamente en casa de sus abuelos, así que espero que podamos tener una cena sin sobresaltos —comenta divertido abriéndome la puerta del pasajero.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Mejor de lo que esperaba. Aunque no ha dejado de hablar de cierta persona que conozco —afirma casi rozándome los labios.

—¿En serio? —digo en tono gozoso.

—No he sido el único que ha sabido ver cómo eres. —Su voz suena ronca y tan sexy que tengo que apoyarme en el coche.

—Puedes estar orgulloso. Has hecho un buen trabajo con ella.

—El trabajo que tengo en mente ahora mismo no es precisamente con ella —

dice comiéndome con los ojos. Trago saliva—. Esta vez no voy a permitir que te marches hasta que yo lo diga. Pienso amarrarte si es preciso.

—¿Serías capaz? —pregunto erizada. Me tiembla hasta el DNI sólo de pensarlo.

—Ni te imaginas de lo que soy capaz —asegura antes de besarme con auténtica lascivia.

Tardo en reponerme tras su apasionado beso. Lo hago al cabo de un rato, de camino a donde quiera que nos dirijamos.

—¿Adónde vamos? —pregunto curiosa. Si me dice que a su casa, me derrito aquí mismo.

—A un restaurante nuevo que me han recomendado. Espero que te guste.

—Seguro que sí —afirmo condescendiente.

El desenfreno y las esposas tendrán que esperar.

* * *

El *maître* nos recibe y nos hace de guía hacia el interior del restaurante. Es un local moderno y elegante, con un estilo y una decoración que, estoy segura, lleva implícitos el precio del menú. Pronto nos convertimos en objeto de muchas miradas. Y no es para menos. Dau es un hombre que llama la atención sin ni siquiera pretenderlo.

La mesa a la que nos sentamos se encuentra al fondo del comedor. En esta zona hay mayor intimidad, aportada por unos estéticos y bajos muros que separan unas mesas de otras.

—¿Te gusta la carne? —me pregunta él, sentado frente a mí, al abrir la carta.

—Si tú supieras... —murmuro mirando la mía.

—Deja de decir esas cosas o tendremos que irnos sin llegar a los postres —susurra inclinándose hacia mí.

Mis mejillas deben de parecer semáforos de lo que me arden. Ya van dos proposiciones indecentes y no sé cuántas más podré soportar. ¿Si me lo tiro encima de la mesa nos echarán?

—Mejor te dejo elegir, que tengo hambre —afirmo coqueta, dejando la carta sobre la mesa.

La comida resulta ser como el local: exquisita, rica..., pero minimalista.

Nunca entenderé la moda de servir un plato enorme con una pequeña cantidad en el centro. Me recuerda a cuando jugaba de pequeña con mi casa de muñecas. ¡Donde se ponga un buen plato de olla de mi madre...!

—Quiero darte las gracias por lo de Itziar —murmura cogiéndome la mano por encima de la mesa. Ya hemos acabado el segundo plato y aguardamos a que el camarero nos sirva el postre.

—No tienes que agradecerme nada. Cualquiera en mi situación habría hecho lo mismo.

—No me refiero a eso, sino al tacto que tuviste con ella y cómo te ganaste su confianza. No todo el mundo es capaz de hacerlo.

—Soy yo quien tendría que darte la enhorabuena por lo bien que lo has hecho con ella. No fue fácil convencerla.

—Me lo ha contado todo. ¿Lo de ir a probarse tus tacones salió de ti o de ella?

Sonrío al recordarlo.

—Creo que de ambas. —Los dos sonreímos.

Dau acaricia mi mano cuando me atrevo a preguntar:

—¿Por qué no me hablaste de ella?

—Es mi forma de protegerla.

—¿Crees que le haría algo? —No salgo de mi asombro.

—¡No! No me refiero a ti. Ella no recuerda a su madre, murió cuando apenas tenía un año. No conoce la figura de una madre, y no quiero que se haga ilusiones con las mujeres a las que yo pueda conocer.

—Eso puedo llegar a entenderlo.

—Además, no sería correcto por mi parte que sus abuelos me viesan con una mujer que no fuese importante para mí.

Ya tengo a mi parte romántica dando vueltas y bailando por medio restaurante.

—Hasta que he llegado yo y te he estropeado el plan.

—Yo no lo llamaría «estropear», sino más bien «cambiar».

—Y ¿en qué ha cambiado?

Dau se echa hacia atrás hasta apoyarse en el respaldo.

—Para empezar, he tenido que aguantar todo el día que mi hija tiene una nueva amiga que la va a dejar jugar con unos zapatos enormes. —Sonrío

picarona—. Por no hablar de la de veces que me ha insistido en que te pida que vengas a casa, que nos acompañes al McDonald's o que, incluso, te lleve a mi tierra a conocer a sus otros abuelos.

Su confesión me enorgullece y me emociona tanto que enmudezco un instante.

—No sé qué decir.

—Sólo tienes que decir que sí. Eso, o tendré que oír tu nombre durante varios días. Dani —dice inclinándose de nuevo hacia mí—; hacía muchos años que no me sentía así. Y mi hija lo único que ha hecho ha sido abrirme los ojos. Tal vez sea una locura, no lo voy a negar, pero me gustaría que ambos nos responsabilizáramos a partes iguales y que decidiéramos juntos adónde nos lleva esto.

—¿Me estás pidiendo más?

—Sí.

—Y ¿qué hay de tu marcha?

—Ya te dije que vivo a caballo entre Valencia y Braemar. Eso es algo que no puedo cambiar. Pero sí mi destino a mi vuelta.

Me siento tan emocionada que el nudo que tengo en la garganta no me permite contestarle. Mi parte romántica se me ha venido arriba y yo floto sobre una nube junto a ella.

—De nuevo, tu cara habla por ti. —Curvo los labios, tímida.

Con nuestras manos entrelazadas y acariciándose por encima de la mesa, nos miramos en silencio. Por suerte, soy un libro abierto, como Dau me ha dicho en más de una ocasión, y no tengo que confesarle que en realidad yo ya me veo teniendo hijos con él. Saldrían guapos a rabiar y yo sería la mujer más feliz de toda Valencia. ¡Qué digo Valencia...! ¡De Europa entera!

—Aunque aún necesito saber algo más —añade un poco más serio—. Dime quién era ese tío.

—¿Qué tío? —La pregunta me ha pillado por sorpresa.

—El camarero. Vic.

—¿No vas a dejarlo correr?

—Por mí, como si hace un triatlón.

—Es el ex de una de mis mejores amigas —respondo bebiendo de mi copa de vino.

—Y ¿en qué tiene que ayudarte?

—Tarda mucho el camarero, ¿no? —digo buscándolo con la mirada.

—No deberías evitarme como lo haces —masculla en voz baja.

—Y tú no deberías ser tan maruja —me defiendo mientras le sostengo la mirada.

Cómo ha cambiado la conversación. Si al menos entendiera que lo que intento es protegerlo...

—Si lo nuestro significa algo para ti, creo que deberías...

—Por eso mismo no puedo decirte nada.

—¿Qué quieres decir? —Veo la preocupación en su rostro.

—Aquí tienen —nos interrumpe el camarero para servirnos el postre—. ¿Desean algo más los señores?

—No, gracias.

Yo me limito a asentir.

—Dau, créeme, es mejor que no lo sepas.

—¿Cómo puedes decir eso y pretender que me quede como si nada? ¿Acaso aún no has entendido lo que significas para mí?

En ese instante, una risa estridente llama mi atención. Me es muy familiar y proviene de la mesa que está a mis espaldas. La reconocería en cualquier parte: es Anaís. Mi primer instinto es saludarla, y me preparo para volverme cuando me percató de que los hombres que la acompañan tienen un marcado acento ruso. ¡No puede ser! Volviendo de nuevo a mi posición, me echo el pelo hacia la cara para intentar cubrirme lo máximo posible y no ser descubierta. Por suerte, el restaurante elegido por Dau es uno de esos sitios en los que la gente no suele alzar mucho la voz, lo que me permite escuchar parte de la conversación. El alma se me cae al suelo cuando los oigo pronunciar el nombre de Vic. Tengo el corazón que se me va a salir del pecho. «¡Era Anaís!»

—¿Qué te pasa? —inquire Dau preocupado por mi repentino cambio de actitud.

—Dame un segundo —le pido mostrándole el dedo índice.

Con manos temblorosas, saco el móvil del bolso, le quito el sonido y el flash y comienzo a echar fotos simulando hacerme selfis.

—¿Qué haces?

—Por favor, sólo será un segundo —susurro entre foto y foto.

Son dos los hombres que están con Anaís. Ella se halla de espaldas a mí y, aunque sólo su cabellera es la que sale en las fotos, en todas capto a la perfección los rostros de los rusos. Aunque en la última la imagen sale movida. Acaban de levantarse y se dirigen hacia la salida.

—Tenemos que irnos —le anuncio de pronto a Dau—. Paga y vámonos, es urgente —lo apremio.

—Sólo por curiosidad... —comenta él mientras llama al camarero y con un manifiesto gesto le pide la cuenta—, no serás bipolar, ¿verdad?

Lo miro con sorpresa.

—No, que yo sepa.

—Eso me tranquiliza.

—Me alegro, porque necesito que uno de los dos mantenga la calma.

—Dani, ¿qué está pasando?

—Necesito que confíes en mí. Mírame. Soy un libro abierto, ¿no? Pues intenta leer entre líneas. Necesito que levantes ese precioso culo que tienes y que nos marchemos de aquí pitando.

Su respuesta no se hace esperar y, sacándose la cartera del bolsillo, deja sobre la mesa una gran cantidad de dinero que, estoy segura, cubre con creces lo poco que hemos comido.

La mafia abandona el local y yo tiro de Dau para salir tras ellos. En las películas siempre mantienen cierta distancia por seguridad, pero esto es la vida real y se trata de Vera.

—Sé que te debo una explicación —argumento mientras caminamos hacia el coche—, pero ahora sólo necesito que hagas cuanto te pida. ¿Podrás hacerlo?

Dau duda un instante, un breve instante que a mí me parece toda una vida.

—Está bien —claudica. Suspiro al oírlo—. ¿Qué necesitas?

—Arranca.

El coche de los rusos, un Mercedes negro último modelo, sale del aparcamiento y se une al tráfico.

—Gira a la derecha.

Vamos dos coches por detrás de ellos. Por suerte, el de Dau es un todoterreno y puedo verlos con claridad.

—Eres lo más desconcertante que he conocido jamás.

—Créeme, si me hubieses conocido hace tan sólo una semana ni siquiera

habrías reparado en mí. ¡A la izquierda!

—Si me dijeras adónde vamos sería más fácil, ¿no crees?

—Tienes toda la razón. Continúa recto hasta que te lo diga.

—Si es parte de una broma, te aseguro que...

—Por ahí —digo señalando la segunda salida en la rotonda.

—Un momento. ¿Estamos siguiendo a alguien?

—¿Me matarías si te dijese que sí?

—¿Me tienes por Valencia persiguiendo a un coche? —Su enfado va en aumento, al contrario que su velocidad. A este paso los voy a perder de vista.

—Por favor, Dau. Te lo explicaré, te lo prometo. Haré todo lo que me pidas. Pero ahora, por lo que más quieras, ¡sigue a ese coche!

—¡Haberlo dicho antes! —suelta pisando el acelerador para alcanzarlos.

Sorteando vehículos y con la adrenalina en todo lo alto, conseguimos seguirlos a las afueras, hasta una urbanización de lujo. Aquí el tráfico es menos denso, y la distancia que dejamos entre ambos vehículos es un poco mayor. Sin perder de vista en ningún momento el coche, lo vemos adentrarse en una de las parcelas. Dau detiene el suyo a unos metros del portón.

—¿Quiénes son éstos?

Me mira a la espera de una respuesta convincente. Sin embargo, aún no logro dársela, aún hay algo que debo hacer. De nuevo, saco el móvil del bolso y fotografío cuanto veo. Algo me dice que es aquí donde tienen retenida a Vera. Las manos me tiemblan y debo repetir las fotos en más de una ocasión.

—Daniela, ¿qué ocurre? No soporto verte así.

—Dau, por favor.

—¡Joder! —se queja, dándole un golpe al volante.

Sé que está molesto conmigo; no lo culpo por ello. También sé que le debo una explicación por mi extraña actitud. Imagino lo que debe de estar pensando. De ser él, quizá habría parado en la primera calle en la que giramos.

Haciendo caso omiso de su incertidumbre y su enfado, marco el número de Claudia. Comunica.

—¡Joder! —suelto sin pensar—. ¿Puedes llevarme a casa?

Con una paciencia infinita, Dau accede a mi petición. En absoluto silencio, hacemos el camino de vuelta hasta llegar a mi portal.

—Te dije que no estaba en mi mejor momento —susurro justo antes de

bajarme del coche.

Él para el motor y no tarda en alcanzarme.

—¿Adónde vas? —le pregunto al verlo a mi lado.

—Contigo.

—Charles, por favor.

—¿Ahora soy Charles?

—Mira, Dau, siento ser tan directa, pero ahora mismo no puedo...

—Sea lo que sea lo que te preocupa, no pienso dejarte sola en esto —susurra tomando mi rostro—. Y espero que lo entiendas, porque no pienso largarme a ninguna parte si no es contigo.

—Esos tíos tienen secuestrada a mi mejor amiga.

CAPÍTULO 15

Dau me abraza con fuerza en cuanto confieso, pese a lo asombrado que se ha quedado con la noticia. Puedo sentir sus latidos golpeando con nervio en un lado de mi cara. En cambio, yo siento cómo, por primera vez desde que comenzó esta locura, la inquietud me concede una tregua. Sólo a su lado me siento segura. Él es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, aunque a cada segundo me lamento por no haberlo conocido en otro momento, sin una misión que cumplir ni una maldita mafia que tenga secuestrada a mi amiga.

—Subamos —lo apremio al cabo de un rato, ya mucho más calmada.

Con su mano en la parte baja de la espalda, abro el portal y nos adentramos en el edificio.

—¡Claudia! —la llamo conforme entramos por la puerta.

Pero ella no contesta. Sus cosas están en el recibidor, lo que me extraña aún más.

—¿Claudia? —insisto al llegar al salón y asomarme también a la cocina.

No hay ni rastro de ella. Preocupada por si le ha podido ocurrir algo, miro a Dau, quien no duda en acompañarme a buscarla por el resto de la casa.

—¡Claudia! —grito abriendo la puerta del dormitorio.

—¡Sweet! —chilla ella también, desnuda y cabalgando sobre Arthur.

—¡Ay, Dios! ¡Lo siento! —digo desapareciendo por donde he venido.

Mi escocés fracasa al intentar reprimir la risa. Como premio, se gana un suave codazo en el costado de vuelta a la cocina.

—¿Por qué no te ha llamado por tu nombre? —pregunta a los pocos minutos, sentado a la mesa, mientras pongo en marcha la cafetera. La situación es bastante surrealista y necesito algo que la normalice.

—Mis amigas y yo tenemos motes —comienzo a relatarle ya más calmada

—. Ella —digo señalando hacia el dormitorio con una mueca de complicidad— es *la Princess*. Yo soy *la Sweet*, y Vera... Vera es *la Balay*.

—Claudia es también camarera, ¿no?

—Ella vive en Houston con su prometido, el que estaba... —Dau asiente—. La hice venir en cuanto me enteré de lo que le había ocurrido a nuestra amiga.

—Y ¿por qué...?

—Por culpa de Vic.

—¿El camarero? —Dau no sale de su asombro.

—Sí. Es el ex de Vera. Anda metido en apuestas ilegales y le debe mucho dinero a esa gente. Nuestra amiga es la moneda de cambio que han utilizado para cobrarse la deuda.

—¡Qué hijos de puta!

Pienso lo mismo.

—Y ¿cuánto debe? Tal vez yo...

—¡No! No voy a permitir que lo hagas —sentencio sentándome de lado sobre su regazo—. Dau, no se trata de dinero, sino de acabar con esa gentuza y que reciban su merecido.

—Y ¿qué dice la policía?

—No pueden decir nada porque no lo saben. La última vez nos dejaron tiradas y no nos fiamos de ellos.

—¿La última vez?

—Es un poco largo de explicar.

—Pero ¿yo de quién me he enamorado? ¿De una espía o qué?

Tal vez debería reírme, pero lo que acaba de confesarme me ha dejado de piedra.

La conversación es interrumpida por la Princess y Arthur, que llegan hasta nosotros con una sonrisa cómplice dibujada en el rostro. Esta vez soy yo la que actúa como una buena anfitriona y hace las debidas presentaciones antes de servir los cafés y sentarnos todos juntos a la mesa.

—Estábamos equivocadas —afirmo cuando dejamos de bromear sobre la gran pillada—. El topo es Anaís. Supo engañarme bien.

Mostrándoles los selfis que me he hecho en el restaurante, los informo de todo y del chalet donde creo que retienen a Vera.

—Tenemos que ir a La Mansión y avisar a tu madre —añado.

La cara con la que Dau me mira tardaré tiempo en olvidarla.

—No pienso ir a decirle nada. Iremos nosotras al chalet de los rusos y...

—¿Te has vuelto loca?

—Opino como ella —interviene Dau con semblante serio.

Arthur nos observa inquieto. Apenas está entendiendo nada de lo que estamos hablando, y mi *highlander* se ofrece a traducirle. Él también se une a nosotros en cuanto se pone al día.

—¡Eh, un momento! Los tres en contra mía, ni hablar.

—Princess, es peligroso, y tu madre se ofreció a ayudarnos a condición de que la informáramos de todo.

—¿Ah, sí? Y ¿en qué nos ha ayudado, si puede saberse? Además, te recuerdo que nos prohibió que volviésemos por allí.

—Claudia, mírame —le pido cogiéndole la mano—. Lo hizo para protegernos. Tenemos que hacerlo te guste o no. Nos comprometimos a tenerla al corriente y yo cumplo con mi palabra. Y sé que tú también, por mucho que te cueste reconocerlo. No sé cuál será el siguiente paso, pero te aseguro que el que toca ahora es ir allí.

Los tres observamos a mi amiga mientras guarda silencio y piensa la respuesta. Puede que esté equivocada y Vera no esté en aquella casa, lo cual nos llevaría de nuevo al punto de partida.

—Está bien. Iremos a La Mansión. Pero lo haremos tú y yo solas.

—No estoy de acuerdo —afirma Dau.

—Yo tampoco —añade Arthur. Esto parece haberlo entendido sin necesidad de traducción.

—¡Eh, otra vez no! —exclama Claudia levantándose para estar más alta que ellos y poder regañarlos a ambos—. Vale que no aprobéis que vayamos al chalet de la mafia, pero de ahí a permitirnos poner un pie en La Mansión va un abismo. Vosotros os quedáis aquí esperando mientras ella y yo vemos a la Mère. ¿Queda claro?

—Tú no volver a ese club —la increpa Arthur poniéndose de pie junto a ella. El modo en que chapurrea el español me arranca una leve sonrisa.

—¿Cómo que no? Eres tú el que no va a ir. —Claudia no se achanta, pese a que su hombre le saca una cabeza.

—Es peligroso —insiste él.

—Lo que es peligroso es que las chicas te vean, y eso no pienso consentirlo.
—Ahí la Princess lleva razón —afirmo ganándome las risas de los dos.
Mi amiga y yo acabamos uniéndonos a ellos.

* * *

Al cabo de pocos minutos, los cuatro llegamos a La Mansión. He insistido en venir en mi coche, pero Claudia los ha convencido para hacerlo en el de Dau y que fuera él quien condujese. A estas alturas debe de pensar que soy una agente del FBI por lo menos. Los chicos se quedan dentro del coche como finalmente hemos acordado. Han aceptado no entrar y nosotras hemos accedido a que nos acompañen, al menos, hasta el aparcamiento. Hay bastante silencio y pocos vehículos; nos vendrá bien que no haya muchos clientes.

Marlo nos abre la puerta y nos acompaña hasta el despacho de la Mère. Ella nos aguarda seria tras la mesa.

—Sentaos —nos exige. Estoy viviendo un *déjà vu*.

El semblante de mi amiga vuelve a ser taciturno, como cada vez que se enfrenta a su madre. La cojo de la mano.

—Os advertí que no volvierais por aquí.

—Te aseguro que no estamos aquí por ti —la increpa la Princess.

Ambas mujeres se miran desafiantes. De nuevo, una gran tensión que logra ponerme incómoda. Me revuelvo en la silla.

—Cuando os pedí que no vinierais, no fue por gusto.

—El mismo que tengo yo por venir —masculla Claudia.

—¡No vuelvas a interrumpirme o...!

—¿O qué? —la provoca.

—¡¡¡Os han descubierto!!! —brama su madre fuera de sí.

Mi amiga enmudece y yo me quedo petrificada. Todo es culpa mía por haber hecho aquellas fotos. O tal vez lo hayan descubierto cuando Dau y yo los perseguíamos con el coche. El corazón me late con la misma fuerza con la que mentalmente me machaco por haber sido tan estúpida y no haber sabido guardar las distancias.

—Las chicas han venido a contármelo en cuanto se han enterado.

—¿Las chicas? —pregunto incrédula. Cada vez entiendo menos.

—Os dije que trabajaba con profesionales. Todas lo son, pero hay tres en las que confío plenamente: Conxa, Olga y Alicia. —La mandíbula casi se me desencaja—. Ellas siempre han recelado de la principiante Anaís y de su extrema dulzura. Fiándome de su criterio, les pedí que no le quitaran el ojo de encima mientras durara vuestro corto período de prueba. Hace unos minutos se han presentado en mi despacho para contarme que han oído a Anaís hablando con unos hombres sobre vosotras. Al parecer, el apartamento de vuestra amiga estaba lleno de fotografías vuestras, imágenes que ellos pudieron ver cuando la raptaron. Vuestra repentina llegada aquí levantó sus sospechas, y Anaís sólo tuvo que echaros unas fotos que más tarde les enseñó, con lo que confirmó que estaba en lo cierto.

—¡Dios mío! —digo llevándome las manos a la cara—. Y yo pensando que era Conxa... La oí hablando sobre una entrega de dinero y...

—Conxa es madre soltera y envía dinero a su madre, que es quien cuida del niño. Está a la espera de que le concedan el visado para traerlos a ambos, algo que, según me ha asegurado, ocurrirá de un momento a otro. Me avisó de que oíste la conversación. Pensó que dudarías de ella, y veo que estaba en lo cierto.

—Y ¿por qué no dijiste nada? —pregunta Claudia.

—No podía intervenir más de lo necesario. Créeme, la sala de cámaras no da abasto de cuanto sucede aquí. Hemos estado vigilando sin descanso a Anaís, pero ella ha llevado mucho cuidado de que no pudiéramos captar nada que pudiese servirnos de prueba.

—Tal vez esto te ayude. Es lo que veníamos a decirte. He coincidido con Anaís en un restaurante. Estaba con dos rusos. Los seguí y me llevaron hasta un chalet a las afueras de la ciudad.

—¿Tienes la dirección?

—Tengo algo más que eso.

Inclinándome hacia su mesa, le enseño las fotografías que he hecho de mi particular persecución. La mujer, en silencio, observa una a una las imágenes, hasta que me pide que se las envíe. Adelantándose a mi pregunta, me entrega un papel con su número de teléfono, que añado a mi agenda y al que, en pocos segundos, envío las imágenes vía WhatsApp.

—De acuerdo. Haré un par de llamadas. Dejadlo en mis manos. En cuanto a vosotras, esperad a que os llame.

—¿Piensas que vamos a quedarnos de brazos cruzados en casa de Daniela mientras tú te llevas una medallita? —inquire Claudia.

—No se trata de ningún premio —se defiende la Mère—. Esa gente es peligrosa y no pienso exponeros a nada.

—Somos más fuertes de lo que crees.

—Lo sé. Estoy al tanto de lo que conseguisteis con la muerte de tu padre. De no ser por eso, jamás os habría permitido trabajar aquí.

Supongo que la ira de mi amiga le impide ver el cariño que su madre le demuestra en cada palabra. Su intención ha sido siempre la de protegernos, aunque ella sea incapaz de verlo por sí misma.

—Tu madre tiene razón —intervengo aun a riesgo de convertirme en su próxima víctima.

Claudia aprieta los labios, dejándolos en una fina línea. Su orgullo está siendo mermado por una madre que la abandonó, pero que ahora puede ayudarnos a salvar a nuestra mejor amiga. Molesta por la situación y por tener que rendirse ante la cruel realidad, finalmente acaba cediendo.

—Y ¿qué se supone que debemos hacer?

—Necesito que me deis vuestra palabra de que no haréis nada ni iréis a ningún sitio.

—Eres consciente de que lo que nos pides no es fácil, ¿verdad?

—Lo soy. Pero también de que es lo mejor. ¿Puedo confiar en vosotras?

Claudia y yo nos miramos antes de responderle que sí y prometerle que cumpliremos lo que nos ha pedido. Lo hacemos antes de despedirnos de ella y de reunirnos con los chicos, que aguardan en el interior del coche.

—¿Cómo ha ido todo? —demanda Dau en cuanto entramos.

—Bien. Nos ha pedido que no hagamos nada hasta nueva orden.

—Arthur y yo queremos deciros algo.

—Dau y yo os daremos el dinero —asegura el de Houston. Debe de haberlo ensayado, porque le ha salido redondo.

—*I love you, Trunkman* —le susurra la Princess, totalmente enamorada.

—Hemos estado hablando y entre los dos podemos reunir lo suficiente —añade mi *highlander* favorito.

—Os lo agradecemos, pero no hará falta —respondo no sin esfuerzo por la emoción—. La madre de Claudia se encargará de todo.

—Esperemos que sea cierto —comenta mi amiga desde el asiento trasero. Ojalá tuviese una pequeña parte de la fe que yo tengo puesta en su madre.

—Vámonos a casa —le pido a Dau, abrochándome el cinturón y rezando para que así sea.

—Como quieras. Pero si para mañana no sabemos nada, Arthur y yo actuaremos —remata arrancando el coche.

Las horas que tenemos por delante serán extremadamente angustiosas. Los minutos serán interminables. Pero, al menos, en esta ocasión, no estaremos solas. Los tenemos a ellos, que, sin habérselo pedido, se han convertido en nuestro mayor apoyo.

CAPÍTULO 16

Vera

¡Cuando coja a Vic, pienso matarlo con mis propias manos! No necesito ni guantes. Ni siquiera me importa ir a la cárcel; al menos allí hay televisión y gente con la que hablar. He perdido la cuenta de los días que llevo aquí; tal vez haya pasado una semana, o quizá dos. Es difícil saberlo cuando estás encerrado en una habitación de seis metros cuadrados sin ventana que dé al exterior. Las paredes están forradas en madera, y digo forradas porque al otro lado sólo hay hormigón. Mis uñas pueden corroborarlo. He intentado por todos los medios salir de este claustrofóbico cuarto, si se lo puede llamar así. Es imposible. Apenas puedo caminar; la vieja cama con somier de muelles, el váter y el pequeño lavabo ocupan casi todo el espacio.

La puerta es la única vía de escape. Sólo se abre cada vez que el hombre encapuchado me trae algo de comida. No es muy hablador, de hecho, no lo he oído decir ni una sola palabra. He intentado hablar con él cada vez que ha venido, y que conste que he puesto empeño. Una de dos: o es mudo o no entiende mi idioma.

¡Dios, voy a perder la cabeza! Echo de menos los rayos del sol, echo de menos a mis amigas, mi móvil, y hasta mi trabajo; esto último jamás pensé que lo diría.

—¡Te odio, Víctor! —grito a sabiendas de que nadie me oye.

En mi mente aún guardo las imágenes de cómo sucedió todo. Estaba en la cama. Daniela y yo habíamos salido de juerga. Al principio pensé que se trataba de una pesadilla, pero pronto descubrí, por desgracia, que no lo era. Dos hombres encapuchados me maniataron, me taparon la boca con cinta y me

secuestraron en plena madrugada. Lo primero que vi fueron sus ojos, los mismos que veo cada vez que se abre la puerta. Con el dedo me indicó que no chillara, pese a que ya llevaba la cinta pegada en la boca. Iban vestidos de negro, el mismo color que los pasamontañas que cubrían sus rostros. He visto demasiadas series y películas de intriga como para saber que, si no se descubren, es buena señal. Y, mientras siga sin saber quiénes son, sé que estaré a salvo.

Recuerdo cuando Vic vino a verme. Yo salía del trabajo y él estaba en la puerta esperándome. A punto estuve de abalanzarme sobre él para partirle la cara. Vale, tal vez habría sido yo la más perjudicada dada mi escasa estatura y constitución, pero a mala leche ni él ni diez como él me ganan. Tuvo suerte de que hubiese clientes en ese momento en el parking.

Vic estaba asustado. Y ahora entiendo por qué. Me contó que necesitaba el dinero de Claudia para pagarle a esta gente. Al principio pensé que era una treta más de las suyas y me limité a mandarlo a la mierda. Por desgracia, estaba equivocada. Jamás imaginé que se pudiera odiar tanto a alguien como yo lo odio a él. El daño que nos ha hecho a mis amigas y a mí es imperdonable.

¡Mis amigas...! ¡Oh, Dios mío, cómo las echo de menos! Con mi familia la relación es casi nula y, aunque también los echo de menos, nada comparado con ellas. Me lamento a cada segundo por sentirme responsable de haber metido a Vic en nuestras vidas. Me pregunto cómo estarán y lo que andarán haciendo. Claudia estará en Houston con su Arthur, rodeada de caballos y con sus nuevas amigas Isabel, Mati y Carmina. Daniela Daniela debe de estar tremendamente preocupada. Siempre está pendiente de mí, y sé que tuvo que ser la primera en percatarse de mi ausencia. Sólo espero que haya ido a la policía. ¿Me estarán buscando? Camino y camino por el cuarto albergando esa pequeña esperanza. Pero ¿cómo darán conmigo? Ni siquiera yo sé dónde estoy. Los hombres me taparon la cabeza con una especie de saco para que no viera adónde me traían. Si por lo menos pudiese mirar al exterior y oír algo de tráfico o voces

Oigo la cerradura.

Me siento a un lado de la cama y aguardo a que entre el mismo hombre que me sobresaltó y me sacó de mi casa. Sé que es él por sus ojos y por un tatuaje que lleva en la muñeca izquierda: un reloj antiguo con números romanos que marca las doce y veinte.

La bandeja trae de nuevo comida. Toca espaguetis con atún y tomate. Un

panecillo, un vaso de agua y una manzana completan el menú. ¡Vaya, se han estirado!

El hombre, que desde que me trajo aquí nunca se ha sobrepasado conmigo ni me ha hecho el más mínimo daño, deja la bandeja a mi lado, sobre la cama.

—Gracias —susurro mirándolo a los ojos.

Él me devuelve la mirada. El pasamontañas que lleva le aporta el secretismo y el anonimato suficientes para permitirse esa licencia. Iluminados por la luz que aporta la única bombilla encendida que cuelga del techo, ambos nos miramos en silencio. El instante dura apenas unos segundos, los suficientes para memorizar esos ojos pardos una vez más. Los reconocería en cualquier parte del mundo. Puede que esté ante el mayor mafioso del país, pero a estas alturas sé que no es ningún asesino, o al menos hacerme daño no entra de momento en sus planes.

Él, misterioso y mudo, para no variar, da media vuelta y se marcha por donde ha venido. De nuevo sola, de nuevo sin saber nada del exterior y sin saber si algún día lograré salir de aquí.

* * *

Mi pijama ya comienza a oler, pese a que me lavo de forma asidua como buenamente puedo. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? He contado más de diez comidas, aunque no sé si me están dando una o tres raciones diarias.

Mi cabeza es un torbellino de pensamientos. Entre estas cuatro paredes he tenido tiempo de pensar cosas que jamás creí que llegaría a plantearme. ¿Lograrán encontrarme? ¿Saldré viva de aquí o acabaré muerta en una cuneta? Y, si salgo con vida, ¿seguiré teniendo empleo cuando lo haga? ¿Me dejarán al menos una cuchilla para quitarme estos pelos que me asoman en las piernas? ¿Habrá conseguido la Vecina Rubia ligarse al Kortajarena?

Oigo de nuevo el cerrojo.

Como viene siendo habitual en mi escasa y patética rutina, me siento a un lado de la cama a la espera de una nueva bandeja. Agacho la vista aguardando el instante en que voy a agradecerle que me traiga la ración de comida.

—Tus amigas son demasiado estúpidas —dice con acento ruso el tipo enorme que tengo ante mí.

Pese al temor de que no lleve la cara cubierta, alzo la vista para mirarlo. Por

fortuna, lleva pasamontañas. ¿Dónde está mi carcelero? ¡Espera! ¿Amigas? ¿Mis niñas? ¿Las dos?

—¡Ni se os ocurra tocarles un pelo! —bramo incorporándome para enfrentarme a él. Me saca casi dos cabezas, pero su entrepierna la tengo a tiro.

—No lo *harremos* si no es *nesesarrio* —afirma de modo contundente.

—A ellas dejadlas en paz. Ya me tenéis a mí.

El hombre suelta una risotada que me eriza la piel.

—Tú no nos *imporrtas*. Lo único que querremos es *recuperrar* nuestro *dinerro*.

—¿Qué les vais a hacer?

—Aún está por *verr*. Perro como vuelvan a *entrrrometerrse*, *tomarremos carrtas* en el asunto.

La cabeza me da vueltas. Mil ideas se me pasan por la mente. ¿Qué habrán hecho? Al menos, sé que me están buscando. En el fondo sabía que no se quedarían de brazos cruzados. Pero esta gente va en serio. El temor se apodera de mí con la sola idea de que puedan hacerles algo. Ellas no tienen nada que ver en todo esto. Fui yo quien se lio con el cabrón de Vic.

—Haré todo lo que me digáis —le imploro.

—Tú ya estás *hasiendo* tu *parrte*. Aunque, si *quierres ayudarr*, *empiesa* a *resarr parra* que tu amiguito nos devuelva lo que nos debe.

Unos golpes y unos gritos a lo lejos nos sobresaltan. El hombre sale corriendo cerrando la puerta tras de sí.

—¡No! ¡Sacadme de aquí! —grito desesperada, apoyada en la única barrera que me retiene y me separa de la libertad.

El corazón me late desbocado. Las lágrimas salen a borbotones al tiempo que con todas mis fuerzas aporreo la puerta. Los gritos y los golpes que provienen del exterior se entremezclan con los míos, hasta que me parece oír las tres mejores palabras sobre la faz de la Tierra:

—¡Alto! ¡Guardia Civil!

Temblando, pego la oreja para corroborar que estoy en lo cierto y que no ha sido fruto de mi imaginación.

—¡Guardia Civil! ¡Alto! —Son varias voces las que se oyen.

Con las palmas apoyadas en la puerta, lloro y río a la vez. ¡Me han encontrado! ¡A mí! Río, lloro y vuelvo a reír sin dejar de pensar lo que mi alma

más que nunca dice a gritos: «¡¡¡Viva el Cuerpo!!!».

Las piernas ya no me sostienen y me dejo caer sobre el viejo y mugriento colchón. El cerrojo se abre y lo primero que veo a través de la humedad de mis ojos es una metralleta. No viene sola; la acompaña un uniforme verde. La risa deja paso a una única cosa: mi llanto.

—Tranquila, estás a salvo —susurra con la voz más cálida que he oído jamás.

De fondo se oyen golpes y un murmullo que no logro entender. Todo es un caos, aunque mi mundo se centra en el hombre que ha venido a salvarme. Está agachado frente a mí, acariciándome el cabello. Su dulzura logra sobrecogerme. Pese a que lleva pasamontañas, quiero verle la cara, necesito saber cómo es. Las lágrimas me impiden verlo con claridad, y me limpio con el reverso de la mano. Pero cuando mis ojos se encuentran con los suyos, comienzo a gritar. El hombre me tapa la boca con rapidez y cierra la puerta de una patada. Reconocería esos ojos pardos en cualquier parte del mundo. Busco con la mirada el tatuaje en su muñeca izquierda, la misma con la que me impide pedir ayuda, y ahí está.

—Has sido muy valiente todo este tiempo. —Las lágrimas cargadas de impotencia vuelven a invadirme la vista—. No has cometido ni un solo error y has sido una buena chica.

Siento que voy a desfallecer de un momento a otro, rendirme es la única alternativa posible.

—¡Capitán, aquí fuera está todo despejado! —le comunica a voz en grito un hombre desde el otro lado de la puerta.

—¡Gracias, cabo! ¡Enseguida salimos!

Me revuelvo para escapar y pedir ayuda, pero mi raptor ve mis intenciones y logra impedírmelo por la fuerza.

—¿Quieres estarte quieta? Déjame que

La puerta se abre y yo aprovecho que él se gira para morderle con todas mis fuerzas.

—¡Joder! —brama sacudiéndose la mano—. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado? ¿Con lo bien que lo has hecho tienes que cagarla ahora?

Aprovechando mi repentina libertad, voy a levantarme cuando una voz femenina irrumpe en el cuarto:

—Cuida ese lenguaje, Enzo.

—Te tengo dicho que no me llames así.

—Así te llamé al nacer y así te llamaré siempre.

Mientras ellos discuten, yo intento de nuevo limpiarme las lágrimas. La mujer lleva el rostro descubierto. Tal vez no sea seguro verle la cara. Estoy tan nerviosa que no sé muy bien qué hacer. Inclino la cabeza hacia el suelo, quizá así pueda salvar la vida. Pero, de pronto, ella me saca de dudas cuando la oigo decirme:

—Vera, estás a salvo. Hace años que no nos vemos y sé que estarás muy confusa, pero supongo que te acuerdas de mí. Soy Paqui, la madre de Claudia.

CAPÍTULO 17

Es la primera vez en mucho tiempo que veo llorar a Claudia. Arthur la consuela en el sofá mientras Dau y yo permanecemos en la cocina. Llevamos horas en silencio, apenas roto por algunas frases y por los numerosos suspiros que dejamos escapar. El ambiente que se respira está cargado de ansiedad; una ansiedad que nuestros respectivos hombres ya no saben cómo paliar y que aumenta conforme pasan los minutos. Lo que peor llevamos es tener que quedarnos encerradas sin poder hacer nada.

—Quiero darte las gracias por lo que habéis hecho —susurro sin poder beberme el té que tengo entre las manos y que Dau me ha preparado.

—Tiene gracia, vosotras estáis agradecidas y nosotros molestos. —Por su tono y su mirada, puedo ver que está siendo sincero.

—¿Vosotros? ¿Por qué?

—Porque no hemos podido ayudaros antes.

—Somos unas yonquis del riesgo —digo para paliar su culpabilidad.

—Arthur me ha puesto al corriente —confiesa con un mohín—. En el coche me ha hablado de vosotras. Claudia le cuenta a menudo vuestras batallas. Todo cuanto me ha dicho no era nuevo para mí, supe cómo eras en el instante en que te vi tras aquella barra. Pero si he de ser sincero conmigo mismo, ése ha sido el instante en el que más seguro he estado de lo que quiero. No pienso dejarte sola hasta que vuestra amiga esté a salvo. Y, por supuesto, pienso quedarme aquí hasta el día que tenga que regresar a Escocia.

—Nadie ha hecho por mí todo lo que tú estás haciendo.

—No sabes lo que me alegra oír eso.

—¿Perdona?

—Ven aquí —dice tirando de mí para sentarme sobre su regazo—. ¿Quieres

saber lo que más me gusta de ti?

—Dime.

—Tu dulce ingenuidad exterior, que esconde a una mujer hecha y derecha.

Sus palabras son música para mis oídos, y con ella resonando en mi interior, le doy un beso tierno. Mi estómago inquieto me confirma que lo que estoy viviendo con él es real. Y doy gracias por ello, por tenerlo a mi lado y por...

—¿Te confieso algo?

—¿Que te mueres por mis huesos? —expone con una socarrona sonrisa.

—Aparte de eso. No puedo evitar sentirme culpable.

—¿De qué? —pregunta frunciendo el ceño.

—Sé que si no hubiese sido por lo de Vera no te habría conocido. Y no puedo evitar alegrarme en el fondo por ello. Soy la peor persona del mundo, ¿verdad?

—No, eres humana.

Dau me besa con pasión, dejándome claro que cree firmemente cada una de las palabras que me ha dicho. Estrechándome aún más contra sí, consigue aportarme por un instante la fuerza que tanto necesito. Tengo sentimientos encontrados, y sé que no descansarán hasta que Vera esté de vuelta con nosotros.

El timbre suena. De un salto, me incorporo y corro hacia el salón. Claudia viene a mi encuentro y, juntas, nos dirigimos hacia la entrada. Nuestros hombres cubren nuestras espaldas. La pantalla del telefonillo sólo muestra a Paqui. Noto el corazón en la garganta impidiéndome coger aire. Sin mediar palabra, pulso el botón para dejarla entrar.

—Sabía que no lo lograría —suelta Claudia molesta.

—Esperemos a que suba, no adelantemos acontecimientos —comenta Dau.

—Tiene razón —afirmo esperanzada—. Princess, por favor, déjala hablar antes de hacer un juicio previo.

Ella mira a Arthur antes de asentir con un leve parpadeo.

Secundadas por ellos, aguardamos a que llame a la puerta de casa. La espera se hace interminable. Los cuatro nos miramos unos a otros, incapaces de romper el silencio. Lo hace el timbre.

Temblorosa, y con Dau sujetándome firme de la mano, abro la puerta. En el semblante de la madre de Claudia no vemos ningún resquicio de esperanza, nada que pueda indicarnos que haya logrado salvarla.

—¿Qué pasa? ¿Es que no hay nadie aquí? —La menuda Vera, nuestra

querida y añorada Balay, aparece de pronto frente a nosotras dando un salto.

La Princess y yo corremos hacia ella sin dejar de llorar. La abrazamos sin dar crédito y soltando gritos de alegría por tenerla de nuevo de vuelta sana y salva. Por un instante nos olvidamos de todos los ojos que nos observan. Todo ha acabado, y lo ha hecho con un final feliz.

—¡Coño, que me estáis aplastando! —Por si había alguna duda de que no fuese ella, esta frase lo corrobora.

La Princess y yo nos separamos un poco para dejarla respirar, pero de nuevo nos abalanzamos para apretujarla. Seguimos chillando cuando un sonido extraño llama mi atención. Abro los ojos y, del susto que me llevo, me separo de ellas. En mi puerta hay un guardia civil de pie, tenso y con un pasamontañas. Vera se percata de mi gesto y se apresura a responder.

—Es mi héroe —susurra.

—¿Os parece bien que sigamos todos aquí dentro? —propone Dau, invitándonos a pasar.

—Yo tengo que marcharme —se excusa el guardia civil—. Mi trabajo aquí ha terminado y debo rellenar el informe. Su amiga los pondrá al corriente de todo. En cuanto a sus secuestradores, deben saber que están detenidos y a disposición judicial. La avisarán cuando deba ir a declarar. Buenas noches.

Todos enmudecemos, excepto la Balay, que corre tras él.

—Gracias —susurra al llegar a su lado.

La acústica del rellano es digna de cualquier auditorio que se precie, pero aun así nos asomamos para no perder detalle.

—Es mi trabajo —responde él.

—Lo sé.

—No olvides...

—Lo sé.

—Adiós, Vera.

—Hasta luego, Enzo.

—Capitán —masculla él volviéndose hacia ella.

—Si llamarte así hace que vuelvas, te llamaré Enzo el resto de mi vida.

—No creo que volvamos a encontrarnos, así que...

—Eso ya lo veremos.

—Adiós —remata marchándose definitivamente bajando la escalera.

Ella lo observa irse y, cuando el hombre ya ha descendido al menos un par de pisos, grita a pleno pulmón:

—¡¡¡Viva el Cuerpo!!!

La Princess y yo reímos ante la salida de nuestra amiga. Era de extrañar que no lo hubiese soltado antes. Viendo la relación que existe entre ambos, tengo claro que, además de todo lo que le ha ocurrido estos días, tiene algo más que contarnos.

—Yo también debo marcharme —anuncia Paqui, manifestándose por primera vez desde que ha llegado.

—No sé cómo agradecerte lo que has hecho por nosotras —digo acercándome a ella para abrazarla.

—No hay nada que agradecer —afirma la mujer—. Lo haría una y mil veces si fuese necesario.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, ya sabes dónde nos tienes.

—Habla por ti —interviene Claudia, que hasta ahora ha permanecido callada observando la escena sin moverse de donde está.

—No deberías hablarle así a tu madre —la riñe Vera, colocándose entre ambas.

—Hay muchas cosas que tú no sabes.

—Tal vez yo pueda decir lo mismo —responde plantándole cara.

—Bueno, un placer conoceros —se despide de todos la mujer, dándose media vuelta.

La Balay y yo miramos a la Princess y la apremiamos para que reaccione y no la deje marcharse sin más. Las puertas del ascensor se abren y su madre desaparece en él.

—¡Espera! —dice al fin corriendo tras ella.

Paqui pulsa el botón para impedir que las puertas se cierren. Madre e hija se miran durante unos segundos a la espera de que alguna diga algo.

—Gracias, mamá.

La mujer vuelve a salir del ascensor, esta vez para abrazar a su hija, quien, con lágrimas en los ojos, acaba cediendo y comportándose como es debido. Vera y yo nos abrazamos emocionadas al ser testigo de tan tierna escena.

—Tienen mucho de que hablar —susurra la morena tan bajo que me cuesta oírla.

—Tú sabes algo, ¿verdad?

—Sí, pero no debo ser yo quien se lo diga. Guárdame el secreto o te mato, Sweet.

—Sabes que conmigo no tienes problema.

—Pues suelta el que me estás guardando y dime quién coño es ese maromo. El otro doy por sentado que es Arthur.

—Es mi...

—¿Te ha comido la lengua el gato?

—No, es que no sé cómo llamarlo. Aunque, cuando te cuente cómo nos conocimos, te caes de espaldas.

—Se dice de culo, Sweet.

—Veo que no has cambiado.

—¡Ni Rusia entera podría conmigo!

—Brindo por eso —digo abrazándola de nuevo.

—Por cierto..., está muy bueno.

—Lo sé. —Río por lo bajini.

Cuando Claudia y su madre se separan, las oímos hablar acerca de la conversación que tienen pendiente.

—Sé que te lo prometí —afirma Paqui—, pero he de coger un vuelo dentro de apenas dos horas.

—Y ¿qué es más importante que contarle a tu hija diez años de ausencia?

—Le prometí a Conxa que la ayudaría. Al parecer, hay un problema con el visado y debo ir cuanto antes. Tengo un contacto allí que tal vez pueda ayudarme.

—Y ¿qué hay de mí? Yo también te necesito —confiesa Claudia con lágrimas en los ojos.

—Lo sé, hija mía. Pero tú no estás sola —afirma ella dirigiendo la vista hacia nosotras—. Tienes a tus incondicionales amigas y a un hombre que, por la forma en que te mira, sé que daría la vida por ti.

—Me lo prometiste.

—Y cumpliré mi promesa... a la vuelta.

—Tal vez no esté aquí para cuando llegue ese momento.

—Lamento oír eso, pero... —Paqui mira el reloj—. Debo irme. Te prometo que te lo contaré todo y te compensaré por ello.

—La confianza es como el tiempo: una vez perdida ya no se recupera — afirma la Princess con todo el dolor de su corazón.

—Adiós, Claudia. Te quiero —confiesa Paqui mientras entra de nuevo en el ascensor y desaparece ante las lágrimas de su hija.

Vera y yo corremos hacia nuestra amiga para consolarla, aunque, para nuestro asombro, sus ojos sólo buscan a una sola persona de cuantos estamos allí: Arthur.

EPÍLOGO

—Se construyó en 1872, y desde entonces ha ido pasando de generación en generación —me comenta Dau de camino a las Destilerías Daugherty.

Itziar nos acompaña en el asiento de atrás. Ella fue de los dos la que más insistió en que viniera a Escocia a conocer a sus otros abuelos y a sus amigos.

—Solemos hacer catas para los visitantes; el sabor de nuestro whisky es único y sólo para unos pocos afortunados.

—O para los que les guste —señalo con una sonrisa para no herir su orgullo.

—Acabará gustándote.

—A mí tampoco me gusta —dice de pronto la niña.

Risueña, me giro para mirarla, mientras que su padre le pregunta molesto por el espejo retrovisor:

—¿Se puede saber cuándo lo has probado?

—La abuela Beth me dejó, pero me dijo que no te dijera nada. Es un secreto. Itziar y su capacidad de confidencialidad.

—¿Ves? Tenemos razón. No nos gusta —digo guiñándole el ojo.

Ella ríe picarona.

—¡Mujeres! —comenta Dau al tiempo que sacude la cabeza.

Las destilerías no son ni mucho menos como las esperaba. Lo que me encuentro al llegar es una especie de casa grande con fachada blanca y puertas rojas; nada que ver con una nave de estilo industrial como me había imaginado. En la puerta principal, para dar la bienvenida, se puede leer la palabra «Welcome» escrita en las tapas de siete barriles tumbados sobre una pequeña parcela de césped, junto a un cartel de madera con el nombre de las destilerías.

Ya en el interior, Dau me explica que, para la fabricación de su famosa marca de whisky, utilizan cebada malteada, con un proceso de secado especial para su

fermentación, así como el uso de alambiques para separar el agua de las impurezas del alcohol. Alcohol que guardan en barricas de roble especialmente seleccionadas para que la malta respire. El reposo y la maduración del whisky dura diez años, tiempo que, según me explica, es necesario para alcanzar todo su sabor y carácter. Todo lo que me cuenta me suena a chino, aunque lo escucho embobada al ver la pasión que pone en cada palabra y lo orgulloso que se siente. Al terminar la mañana, y tras ultimar un par de cosas con sus empleados, regresamos al pueblo para continuar nuestra visita. Braemar es un pueblo precioso. Con poco más de ochocientos habitantes, y situado en un valle rodeado de montañas, es el lugar más frío de todo Reino Unido. Según me cuenta Dau, en invierno suelen rondar los veinte grados bajo cero.

—Recuérdame que vengamos sólo en verano —comento tiritando sólo de imaginármelo.

—No sabes lo que reconforta una buena chimenea en los días de nieve —argumenta con mirada incitadora antes de besarme.

—¡Bien! —oímos a Itziar al tiempo que nos aplaude.

Su padre y yo nos separamos sonriendo.

La primera vez que nos pilló casi me muero de vergüenza. No sólo no se sorprendió, sino que casi hizo una fiesta al ver que su padre y yo éramos novios, como ella misma canturreaba sin parar. Al cabo de varios días, todas sus amigas, su familia, y tal vez medio barrio suyo allí en Valencia, sabía que una amiga suya era la novia de su papá. A todos tuvo que aclararles lo que aquello significaba, sobre todo después de ver sus caras y de que la sometieran a un tercer grado por las sospechas de que su padre fuera un asaltacunas.

Braemar, además de ser un bonito pueblo, es titular de los juegos anuales de las Tierras Altas, conocidos coloquialmente como «Los Juegos». Sus competiciones son famosas en todo el Reino Unido, hasta tal punto que incluso el primer sábado de septiembre cuentan con la tradicional asistencia de la familia real británica. Según me cuenta Dau, en ellos se combinan deporte, ocio y cultura con competiciones entre clanes de juegos y deportes típicos de aquí. Por supuesto, los hombres acuden ataviados con el *kilt* de cada clan.

En muchas ocasiones me he acordado de las chicas, pero lo hago aún más en cuanto Dau me nombra el famoso *kilt* y me viene a la memoria lo que Vera le hizo al chulo de Logan. ¡Ay, mi Balay! Dudé en venirme por no dejarla sola tras

lo sucedido. Pero cambié de idea en cuanto ella se empeñó en que me fuera, y más aún cuando me amenazó con tirarle los trastos a Dau si me quedaba. Vera había vuelto y con más fuerza que nunca. Han pasado semanas desde que acabó la pesadilla. Los días posteriores a su liberación, Claudia y yo no nos separamos de ella. Estábamos tan pendientes de sus movimientos y de no dejarla sola que hasta bromeó con que nosotras la teníamos más secuestrada que los propios rusos. A partir de esa tarde, regresamos a casa; nuestra Vera estaba bien y necesitaba retomar su normalidad. La despedida de la Princess y de Arthur fue como la anterior. Aún me cuesta asimilar que vivimos a miles de kilómetros, pero ella eligió su destino, al igual que yo escogí el mío el día que me di cuenta de que lo mío con Dau no sería un simple amor de verano. Con la marcha de Claudia, Vera me confesó lo que había descubierto sobre su madre. No podía creer lo que me contaba. La reñí porque no se lo hubiese dicho a ella, pese a que me aseguró que había dado su palabra de guardar el secreto. Claudiqué en cuanto me puse en su lugar y entendí que su posición no debía de ser nada fácil.

—Prométeme que me traerás a ver los juegos —le susurro a Dau mientras nos tomamos un té caliente en una terraza tras pasar por un par de tiendas, una de ellas, de chuches para Itziar.

—Sólo si reconoces que mi whisky es el mejor —responde jugueteando.

—¡Es el mejor del mundo!

—Pero no te gusta.

—A mí quien me gusta eres tú. ¿No te vale con eso?

—No es lo mismo.

—Pues tendrás que conformarte, porque es lo que hay.

—¿Conque ésas tenemos? Me temo que tendrás que atenerte a las consecuencias.

—¿Piensas meterme en un barril hasta que me acabe gustando? —me mofo.

—No me des ideas —remata picarón.

Cuando acaba el día y dejamos a Itziar con sus abuelos paternos, un matrimonio muy amable y encantador que me ha acogido con cariño y al que Dau me presentó al llegar como una persona especial, y la niña como a su novia, el *highlander* y yo nos marchamos a su casa. Ésta, a diferencia de la que tiene en España, es mucho más pequeña y rústica. De fachada gris y techos con gran inclinación para las duras nevadas de invierno, su interior es muy acogedor y

cálido.

—Esta noche los dos nos encargaremos de la cena —me comunica poniéndose el delantal. Me encanta verlo de esa guisa.

—Me parece bien —digo buscando en el cajón otro igual que el suyo para ponerme.

—Yo me ocupo de esto —indica impidiéndome coger uno—. El postre corre de tu cuenta —susurra en tono obsceno—. Date una ducha mientras preparo la cena. Te quiero en ropa interior a la vuelta, ¿entendido?

—Entendido —respondo excitada sólo de pensarlo. Cuando saca su parte ruda me vuelvo loca.

Mientras el agua caliente corre por mi cuerpo pienso en lo afortunada que soy al haber conocido a Dau. Nuestra relación se afianza cada día. En estas semanas se ha convertido en la persona más importante de mi vida, junto con mis amigas, claro. Ha sabido conquistarme como nunca nadie lo había hecho. Estuvo a mi lado en el peor momento de mi vida y no se separó de mí ni un instante. Me dio su incondicional apoyo sin ni siquiera pedírselo. No hizo falta. Siempre ha sabido lo que necesito o lo que quiero en cada ocasión. Y no puedo negar que Itziar ha tenido mucho que ver también. Ella es su ojito derecho, su mayor debilidad, y la artífice de que yo hoy esté aquí.

Dau me aguarda en el salón con la mesa puesta y la cena servida en los platos. Debe de haberse sacado un «Masterchef» o algo así, porque la velocidad a la que lo ha preparado todo no es normal.

—Esa ropa te sienta de maravilla —murmura cogiéndome por la cintura cuando aparezco vestida únicamente con un conjunto de ropa interior negro.

—Más bien la ausencia de ella, ¿no crees?

—Eso tiene remedio —declara sellando su propuesta con un intenso beso.

La camiseta entallada que viste y marca cada músculo de sus anchos brazos me distrae durante la cena. Es difícil concentrarse cuando tienes ante ti a un hombre como él. Con menos barba que cuando lo vi por primera vez, Dau es el tío más atractivo que he conocido nunca. Mucho más que Logan, que era el que ocupaba el primer puesto hasta que fue desbancado. Desde que la Balay volvió a casa y todo regresó a la normalidad, mi *highlander* y yo no hemos parado de intimar. A la menor ocasión, ya lo tenía a mi lado acariciándome o, como ahora, provocándome con la mirada. Imposible resistirme a él con ese cuerpo indecente

que se gasta.

—Si sigues masticando de esa forma me veré obligado a adelantar el postre —declara devorándome con los ojos.

—No es que no quiera que ocurra tal cosa, pero... ¿puedo saber cómo mastico? —pregunto con tono inocente, a sabiendas de que cada movimiento que hago está estudiado única y exclusivamente para provocarlo.

—No te rías de mí, jovencita —me advierte inclinándose hacia mí—. Sé muy bien que lames el cubierto para incitarme.

—No sé de qué me hablas —declaro metiéndome el tenedor en la boca de forma pausada, dejando que mis labios recorran de punta a punta los dientes del mismo mientras lo miro descarada.

Puedo sentir su tensión. Lo estoy llevando al límite y eso me pone aún más cachonda.

—Espero que hayas comido lo suficiente, porque aquí acaba la cena —suelta de pronto, levantándose de la silla y tirando del mantel.

Toda la cristalería, la vajilla y la cubertería que hasta hace escasos segundos descansaba sobre la mesa yace ahora rota en el suelo. Lejos de asustarme o de molestarme, me río incitándolo. Sé lo que viene cada vez que se pone así. Me muerdo el labio inferior para dejarle bien claro que estoy tan excitada como él y que apruebo su repentina locura.

Acercándose a mí, introduce la mano en uno de los bolsillos de su desgastado vaquero, del que saca un pañuelo negro.

—No te muevas —exige con voz grave a escasos centímetros de mi oído mientras me cubre los ojos con el mismo y me quita el sujetador.

Extasiada como nunca, me dejo hacer hasta que noto cómo me coge en brazos para tumbarme sobre la mesa. Sin mediar palabra, me agarra las muñecas por encima de la cabeza para después atármelas.

—Te he dicho que no te muevas —masculla cuando me ve revolverme. Su tono severo me estimula hasta el alma.

Del mismo modo que me agarra por las muñecas, lo hace en los tobillos, dejando bastante separación entre ambos. Completamente a oscuras, noto que se aleja unos pasos. Oigo música de fondo; debe de haber encendido el equipo. Con el corazón latiéndome con fuerza, aguardo su próximo movimiento.

—Vamos a entretenernos con un juego —propone con voz ronca. A estas

alturas sé que precisamente al parchís no va a ser—. Se llama «tortura escocesa».

—¿La tortura no está abolida en este país? —me mofo.

Su respuesta viene dada por algo muy caliente que me humedece un pezón. El vello se me eriza, en contraste con la alta temperatura que acaricia mi pecho.

—Jugaré contigo hasta que consiga mi objetivo.

—¿Quemarme entera?

—Prometo aliviar tu tortura si dices lo que quiero oír.

Me imagino cuál es su propósito, pero quiero comprobar hasta dónde quiere llegar.

—Piensa bien lo que vas a decir, porque, por cada fallo —afirma embadurnándome el otro pezón—, voy a hacértelo pagar.

Trago saliva ante su impúdica amenaza.

—¿Quieres jugar, Dani?

—Quiero —afirmo sin que sepa realmente quién juega con quién.

Noto cómo se aleja. Mi agitada respiración hace que el líquido bañe casi por completo cada pecho, mojándome incluso el costado. A continuación oigo cómo algo golpea sobre la mesa. Lo siento a mi lado. Tengo el corazón laténdome a mil por hora. De pronto, sus labios acarician los míos y de su boca sale un líquido con sabor fuerte. ¡Whisky!

—¿Te gusta, Sweet? —Es la primera vez que me llama así.

—No —contesto, aun a sabiendas de que me toca recibir un castigo.

Dau lame uno de mis pezones y yo me arqueo con su suave tacto. Estoy tan excitada que podría correrme sin que me penetrara. Su lengua asalta la mía y no puedo evitar sonreír cuando noto el gusto a chocolate. La mezcla de ambos sabores hace que me relama.

—¿Te gustaría cambiar tu respuesta?

—No —vuelvo a decir. Me niego a que acabe esta maravillosa tortura.

Mi *highlander* no replica. Inquieta, aguardo un movimiento suyo. Noto su respiración. «¿A qué espera para...?»

—¡Dios! —grito en cuanto noto cómo me muerde el pezón.

—Tal vez deberías replanteártela —anuncia en tono severo.

—Refréscame la memoria, igual así puedo...

Mi frase es acallada de nuevo con un beso suyo impregnado de whisky

Daugherty. Su sabor ya no me es tan desagradable. Puede que sea debido a la mezcla, o simplemente a la adrenalina que me está haciendo sentir.

—No está mal —digo finalmente.

Dau se apresura a calmarme lamiéndome el pezón con la lengua muy muy fría. Este hombre está en todo.

—Te vas acercando —susurra en mi oído—. Sigue —propone tras repetir la operación, lamiéndome el otro pezón y posteriormente ofreciéndome de nuevo a probar su whisky.

—Tal vez con un poco de Coca-Cola, igual —me mofo partiéndome de risa.

—¡Jamás un whisky que se precie debe mezclarse! —brama dándome un segundo bocado, aún con más fuerza, en el otro pezón.

—¡Con hielo, con hielo! —farfullo dolorida e impaciente por su lengüetazo.

No tarda en llegar, aliviando el lascivo dolor. Jamás me he sentido tan excitada como lo estoy ahora. Su fría lengua vuelve a acariciar y a calmar mi piel. Adoro el martirio con el que me está provocando.

—Tal vez esto te haga afinar aún más —afirma separándome las rodillas y embadurnando con el abrasador líquido mi parte íntima.

El calor es mucho mayor en esta zona. Junto las rodillas para impedir que continúe, pero él no tarda en obligarme a abrirlas. Jadeo revolviéndome sobre la sólida madera.

—No te haces una idea de cómo me tienes —masculla justo antes de besarme.

Mi alma sonrío de felicidad al tiempo que respondo a su inquietante beso.

—Llevo deseando hacerte esto desde que te vi —confiesa recordando la noche que nos conocimos—. Del mismo modo que sé que tú también lo deseabas —añade.

—Soy un libro abierto, ¿no?

—Si te hubieses visto la cara..., lo entenderías.

Sonrío picarona y rendida ante la evidencia.

Mi parte masoquista quiere seguir con este juego, y vuelvo a fallar en la respuesta. Sus dientes no tardan en convertir mi clítoris en una presa fácil. Gimo agitándome. Necesito calmar la zona o entraré en combustión espontánea.

—¡Está buenísimo! —grito cuando llego al límite.

Dau vuelve a aliviar el fuego que siento, esta vez con mayor pretensión. De

nuevo, la baja temperatura de su lengua mitiga mi quemazón. Agarrado a la parte interna de mis muslos, mi hombre me lame con intensidad la entrepierna. El frío comienza a tornarse cálido con el roce. Sus movimientos son cada vez más raudos, más potentes. El placer me alcanza. Grito desde el fondo de mi alma y acabo corriéndome rendida. En un rápido gesto, me despoja del pañuelo que cubre mis ojos y casi me echo a llorar cuando compruebo que está semidesnudo, tan sólo cubierto por un *kilt*. Mi felicidad es tan grande que sonrío desde lo más hondo de mi corazón. Su capacidad de aguante está al límite, y regresa a mi parte íntima para acoger durante unos breves segundos el deseo que emana de mi interior, momentos antes de penetrarme de un rápido empujón. Chillo de placer.

—¡Eso es, nena! Grita —masculla penetrándome con mayor rapidez y potencia—. Grita cuanto quieras porque... esto es lo que te espera... cada día que esté a tu lado. Te quiero, Dani —confiesa en una exhalación, dejándose ir inclinado sobre mí.

* * *

Como era de esperar, las vacaciones en Escocia se nos hacen demasiado cortas. Estamos en pleno mes de agosto y la ciudad parece dormida. Dau estará aquí sólo un par de semanas; la sucursal que ha abierto en Valencia está en marcha y lo mantendrá bastante ocupado antes de regresar de nuevo a Braemar. Mi buzón está repleto de cartas cuando entro en el edificio tras despedirme de mi *highlander* y de Itziar. Ambos me han pedido que me quede a pasar la noche con ellos en su chalet de las afueras, pero he creído conveniente que, al menos, dispongan de algo de intimidad después de tantos días juntos en su pueblo natal. Además, echo de menos a Vera y estoy deseando verla. Entre todas las cartas, encuentro una que me arranca una enorme sonrisa. Con prisa por abrirla, llego a mi apartamento dejando a un lado la maleta y el bolso. Me dirijo a la cocina, donde cojo un cuchillo para abrirla; quiero estropearla lo menos posible. Sentándome a la mesa del salón, y con una felicidad recorriéndome el cuerpo, abro el sobre y comienzo a leer las letras doradas impresas en un papel arrugado de color marfil.

Acto seguido, suspiro dichosa, me llevo la invitación al pecho y grito a todo pulmón:

—¡Nos vamos a Houston!

AGRADECIMIENTOS

Como viene siendo habitual en mí, quiero dar las gracias en primer lugar a mi familia, y en especial a mi marido y a mi madre, por su incondicional apoyo, por sus certeros consejos y por aguantar el follón que pueda ocasionarles con cada capítulo que escribo. Gracias por ser mis lectores cero. ¡Os quiero con locura!

También quiero hacer especial mención a las personas que me han inspirado para escribir esta divertida historia: Mariola García, Mari Carmen González e Itziar Marco. Gracias por aportarme tanto y por acompañarme en esta maravillosa aventura. ¡Os *I love you una jartá!*

Gracias igualmente a Conxa Sanz, Olga Capitán, Alicia Molina y Luisa Martínez por vuestro apoyo y por participar en cada uno de mis sorteos. ¡Sois muy grandes!

Un millón de gracias a vosotros, mis lectores. Y, cómo no, a las chicas de mi grupo de Facebook, mis Gamberras. Gracias por estar ahí, a mi lado, y por vuestras palabras de cariño. ¡Sois la caña y os llevo en el corazón!

Y, por último, y para no variar, dejo este espacio para mi editora, Esther Escoriza, que siempre sabe aportarme sus sabios consejos y su inestimable experiencia. Gracias de nuevo por confiar en mí y por darme la oportunidad de hacer realidad mis sueños. ¡Te quiero, pequeña!

BIOGRAFÍA



García de Saura es el nombre artístico de Carmen María García, que, tras varios años de intentos, consiguió escribir su primera novela, *La culpa es de D.I.S.N.E.I.*, en la primavera de 2015, a la que han seguido *Lo que el alcohol ha unido que no lo separe la resaca*, *Aquí le echamos muchos huevos la tortilla*, *Soñando a lo grande*, *pensando a lo «chico»*, esta última en coautoría con Alissa Brontë, y *Houston, tenemos más de un problema*. Natural de Molina de Segura (Murcia), cursó sus estudios de Bachiller y COU en la rama de letras puras. Posteriormente se graduó en Técnico Especialista en Administración. Tras el nacimiento de su hijo, le surgió la vocación por la pintura, donde con el paso de los años ha pintado más de cuatrocientas obras y ha expuesto en más de dieciocho ocasiones, tanto de forma colectiva como individual. Algunas de sus obras se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires. Su interés por avanzar y aprender la llevó también a asistir a cursos de informática, bisutería y tatuajes.

Facebook: GARCÍA DE SAURA

Twitter: @GarciadeSaura

Instagram: @garciadesaura

YouTube: GarciadeSaura

Houston, tenemos una misión inn-posible
García de Saura

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Yuganov Konstantin / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Ester Palacios

© García de Saura, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-08-18199-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdellibre.com